ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

CRUZ Y RAYA

(c) Ministerio de Cultura 2006

Este número ha sido visado por la Censura.

S. AGUIRRE, IMPRESOR. — TELÉFONO 30366. — MADRID

(c) Ministerio de Cultura 2006

CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION

ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

MADRID, NOVIEMBRE DE 1934

(c) Ministerio de Cultura 2006

CRUZ Y RAYA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

LA FUNDARON

Miguel Artigas. – Manuel Abril. – José Bergamín. José M.ª Cossío. – Manuel de Falla. – Alfonso García Valdecasas. – Emilio García Gómez. – Antonio Garrigues. – Carlos Jiménez Díaz. – Antonio de Luna. Juan Lladó. – Alfredo Mendizábal. – Eusebio Oliver. José M.ª Pardo. – José R. Manent. – F. Romero Otazo. – Eduardo Rodrigáñez. – José M.ª Semprún. Manuel Torres.

Director:

JOSÉ BERGAMÍN

Secretario:

EUGENIO IMAZ

Suscripción a doce números:

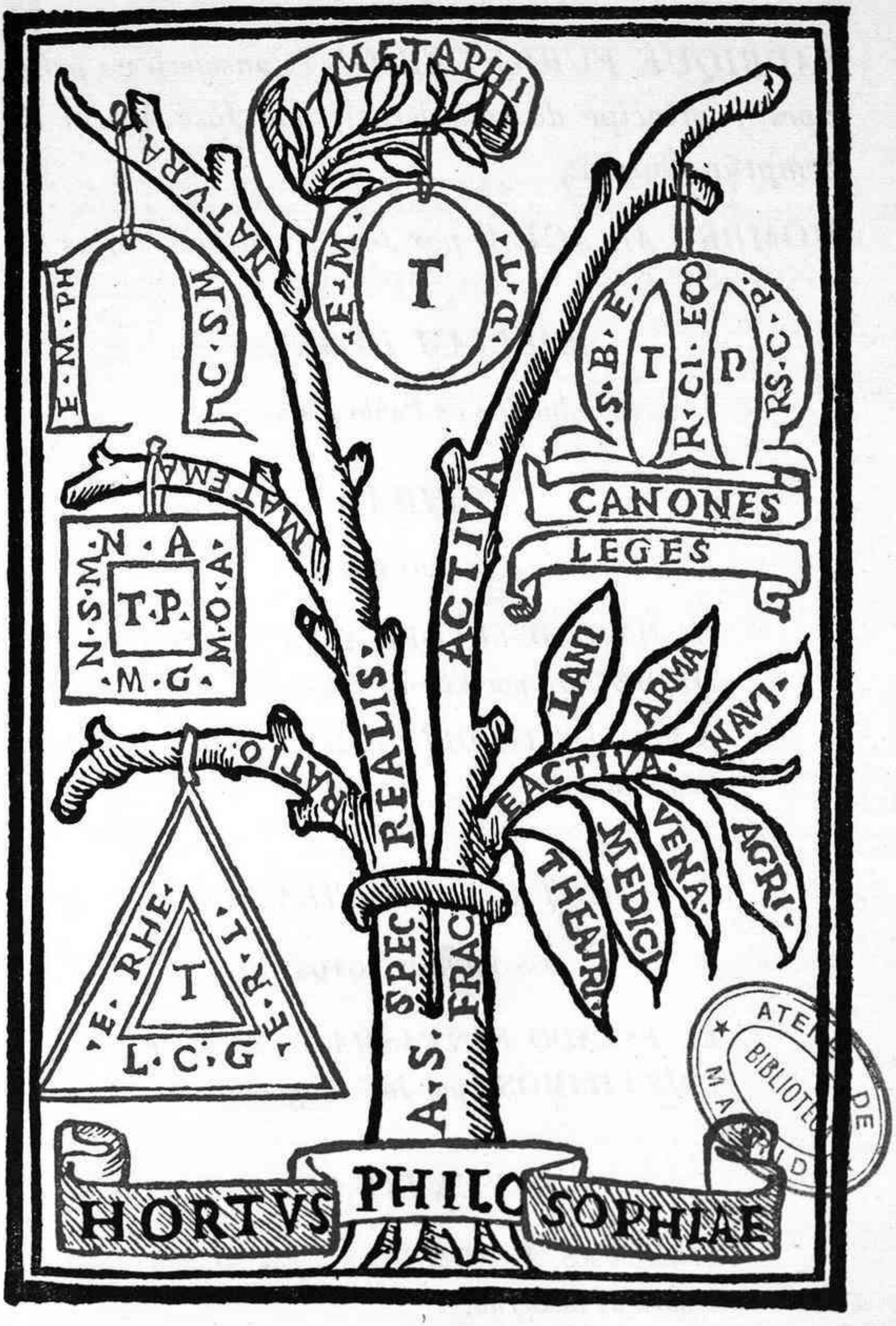
España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío certificado), 42.

Ejemplar:

España, 3 pesetas; Extranjero, 4.

MADRID
GENERAL MITRE, 5
TELÉFONO 17573

(c) Ministerio de Cultura 2006



(c) Ministerio de Cultura 2006

Sumario

FADRIQUE FURIÓ CERIOL (Consejero de príncipes y príncipe de consejeros), por José María de Semprún Gurrea.

HOMBRE AL AGUA, por José A. Muñoz Rojas.

WILLIAM BLAKE

(Traducción de Pablo Neruda.)

CRIBA

EL ESPEJO ROTO

LA UNIDAD EUROPA Y LA MÚSICA MEDIEVAL, por Vicente Salas Víu.

A PROPÓSITO DEL HOMBRE, por Julián Marías.

CRISTAL DEL TIEMPO

LOS VIDRIOS ROTOS

EL ESTADO FANTASMA Y ¿EN QUÉ PAÍS VIVIMOS?, por José Bergamín.

INVENTIVAS

SILUETAS Y SOMBRAS, por Ramón Gómez de la Serna.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Fadrique Furió Ceriol

Consejero de príncipes y príncipe de consejeros

ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

Genio y figura.

El consejo del consejero valenciano y el consejo del secretario florentino.

Ser y debe ser.

Sálvese el que pueda.

(c) Ministerio de Cultura 2006

SI declaraba que había cumplido cincuenta y cuatro años el 24 de mayo de 1581, no necesitaremos cavilar mucho para estar ciertos de que nació el 24 de mayo de 1527, a menos, claro está, de que se equivocase cuando fijó en aquella fecha su mencionado cumpleaños al hacer manifestación de edad en el documento que el 7 de octubre de 1581 elevara a la S. C. R. Majestad de Felipe II solicitando la plaza de Vicecanciller en el Consejo de Aragón.

Raro y precioso documento; todo de puño y letra del autor; al pie, su firma. Una escritura nimia, humilde, separada, sincera, transparente. Pero no es por esos atajos matuteros de la grafología por donde nos será preciso meternos—ni a nosotros posible—para dar con el genio y la figura de Furió, que están patentes en el contexto de todos sus escritos. Y, sin ir más lejos, en el de éste (1). Si otros, por conseguir un puesto, corren precipitados, en

(c) Ministerio de Cultura 2006

derechura a las larguezas del favor, pretendiendo captarle con alarde de méritos presuntos o abultados, envueltos en azúcar de lisonjas, él no. El ha nacido para hacer las cosas de otro modo: para hacer las cosas seriamente, fundadamente. En este caso, sobre todo fundadamente. Sin que pueda decirse fuera anciano decrépito, había rebasado con holgura la línea de la plenitud vital, pues ya tenía tantos años. No se les pasó en flores: ajetreo de viajes fatigosos en el servicio de la cesárea majestad de Carlos V y luego en la de su hijo, el cauto Don Felipe; ocupación continua en el estudio diligente y prolijo de cuestiones de Estado—de razones de Estado—, ya especulativas y teóricas, ya candentes y prácticas (estudio y más estudio, pues no se podría decir del saber que fuera regalado por lo gratuito, sino por lo sabroso); zapatiestas polémicas con estos y los otros, como aquella que tuvo con el agrio eclesiástico Bononia (2), porque a Furió no le cabía en la cabeza que fuese tan peligroso sacar del recato de los latines, para derramarles en las anchuras francas de los idiomas vernáculos, los sacros textos; desempeño de funciones comprometidas o engorrosas; achaques de salud, no en balde puestas tantas veces, y tan largamente, al desgaste de esos consuntivos ejercicios...

(c) Ministerio de Cultura 2006

¿Había más que tomar esto, entresacar de ello lo más apropiado, ordenarlo de modo que resultase llamativo y atrayente, aderezarlo con su tanto de zalemas, y endilgarlo en la consabida instancia derechamente a la vacante, sin mayores preámbulos ni requilorios? Pero lo entendía Furió de otra manera. Principio quieren las cosas. Principio y fundamento, como en los ejercicios espirituales de su contemporáneo Iñigo de Loyola. Por eso se detiene y complace en un largo y trabajado proemio especulativo donde afina distingos y acicala definiciones, morosamente absorto en doctrinas generales, postergando el ocuparse de su caso, como si la cosa no fuera con él, aunque hondamente preocupado de afianzarle desde el principio en la sólida base de una cumplida justificación moral. Pedir; muy bien. Pero definamos antes lo que es una petición y cómo se distingue de esa actitud grosera y contraria al bien público que se llama ambición. Larga doctrina, entonces, acerca de estos puntos y de sus concomitantes. La petición concreta vendrá luego; pero antes, por el puro placer intelectual de esclarecer conceptos, por el noble prurito de darse a sí mismo y dar a los demás la seguridad moral de su conducta, Furió Ceriol se detendrá en el amplio compás de unas sapientes y desinteresadas disquisiciones, que

(c) Ministerio de Cultura 2006

con seguridad no leerán siquiera los señores del Consejo. Este es el hombre...

Razonador impertérrito, que para pretender el cordobán gastado de un sitial burocrático se pierde abstractamente en doctos razonamientos generales; inflexible moralista que no sufre, aún agobiado de trabajos y servicios, pedir una colocación modesta, sin que quede cumplidamente justificada la licitud moral de su demanda; político para quien la idea del bien proyectada sobre la muchedumbre de los hombres—la idea del bien común—es criterio supremo de conducta, así es Furió Ceriol, en Valencia nacido en 1527, cuando, poco más o menos, moría en Flandes su paisano Luis Vives, de cuyo hermoso espíritu parece prolongar algunos claros y serenos esplendores.

El bien común... Si hay alguien que al discurrir sobre la cosa pública haya sabido despojar su pensamiento de toda consideración para los bajos apetitos y los intereses egoístas, es Furió Ceriol. Si alguna vez el bien por el bien, el bien de las gentes por su altísimo y propio valor ha guiado, pero de una manera exclusiva, sin reservas ni subrepticias coparticipaciones, la pluma de un escritor político, es cuando Furió la manejaba. *La novena calidad*

(c) Ministerio de Cultura 2006

que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que no solamente ame el bien público, pero que en procurale se olvide de su propio provecho y reputación; de tal manera que do se pueda aprovechar al bien común, el consejero se deje emplear en ello con todas sus fuerzas y diligencias, aunque de allí se le haya de recrescer daño propio en fama, vida y bienes (3). Al dedo con que certeramente apunta esta doctrina le vienen como precioso anillo estos dos ejemplos que aduce Furió y aplica con notable tino: Calicrátidas, en la guerra del Peloponeso, con el fin de no pasar por cobarde, en vez de rehuir el encuentro con los atenienses, como pudo haber hecho fácilmente, aceptó la batalla, a sabiendas de perderla, y resultó espantosamente derrotado. Quinto Fabio soportó indiferente vejámenes y burlas de cartagineses y romanos, porque, huyendo cuando era menester, eludía el encuentro con Aníbal, cuyas fuerzas, mediante esa desairada táctica de esquive, acabó por desgastar, prestando de este modo un gran servicio a Roma. Y concluye muy bien Furió: *Calicrátidas más quiso pelear con desventaja suya que retirarse con sospecha de su honra; Fabio más quiso huir con infamia (hablo según la opinión de inorantes) que pelear con peligro del bien público. Calicrátidas dió la batalla, perdióla, y con ella su*

(c) Ministerio de Cultura 2006

república y su vida y honra. Fabio rehusó siempre la batalla, conservó su república, y con ella su vida y honra, ganando renombre de máximo (4). También dice Furió: ... *el buen consejero se debe despojar de todos los intereses de amistad, parentesco, parcialidad, bandos y otros cualesquier respetos, y se vista de una recta y prudente bondad, la cual ni sabe, ni puede, ni quiere favorescer sino a la justicia y virtud. A ésta toma por su sangre, por su parentesco, por su bando e interese; a ésta tiene respeto, y fuera della a nadie; de manera que el consejero ha de ser de todos, oír a todos, favorescer a todos, sin diferencia alguna, pero con tal que a aquellos más que más se acostaren a razón y virtud.* Y por no citar más que algún otro de los lugares entre los muchos que en su obra política dedica a señalar, con el ahinco y el fervor que se están viendo, la obligación de entregarse sin reservas al servicio del bien público, véanse estas palabras: *La oncena calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero es que sea justo y bueno... El hombre justo es leal, que es el fundamento del consejo; y así vemos que un tal hombre es amado en todo el pueblo por todos los estados de grandes y pequeños, ricos y pobres, hombres y mujeres; tanto, que comúnmente se cree que el que fuere justo, ese mismo es consuma-*

(c) Ministerio de Cultura 2006

damente perfeto; al tal encomendamos descansadamente los bienes, las mujeres, los hijos, la honra, la vida y muerte; finalmente, es la justicia, entre todas las otras virtudes, de tal calidad, que todas ellas sin ésta valen poco, y ésta, sin las otras, vale por sí mucho (5).

Nadie—ni el propio Quevedo en su *Marco Bruto* o en su *Política de Dios*—ha proclamado más claramente, más terminantemente, más fervorosamente, el imperio del bien y de la razón, de la verdad y de la justicia. Nadie ha impelido al gobernante con más apremio hacia el servicio del bien común. Bien y bien común; razón y virtud; justicia y lealtad, puros, inmaculados, límpidamente exentos aun de la más leve contaminación, aun de la más ligera condescendencia con alicientes de menor cuantía (intereses, conveniencias, enriquecimientos, ambiciones; pero ¿qué es eso?), imperan, sin contubernios ignobles con afectos egoístas y sensuales, en el pensamiento de Furió Ceriol, y desde él irradian, inflexibles, implacables, sus exigencias sobre el orden político. Meta suprema de éste es el bien; pero el de todos, como se ha notado. El de todos y cada uno. Porque tampoco era el Maestro de los que se dejaban embaucar como un papanatas—como uno cualquiera de los papanatas que, desde comien-

(c) Ministerio de Cultura 2006

zos de la postguerra, andan tan a gusto, moviéndose al mismo paso de otros, accionados todos con la manivela que maneja un despabilado–, por el fantasma de un supuesto ente colectivo que tuviese en sí mismo propia e independiente substantividad, que fuese no sé qué monstruo estatal capaz de ponerse no sólo por encima de todos, sino en contra de todos, como alguien ha declarado posible (6). Furió Ceriol, lo mismo que otros coetáneos y antecesores suyos, veía el bosque; pero veía también, y muy distintamente, los árboles del bosque. Lo que no hacía era andarse por las ramas. Sabía esta verdad tan evidente al entendimiento del más sencillo campesino, pero tan esquiva a las mentes soberbias de muchos poderosos, que el bosque es imposible sin los árboles y que si éstos se quemasen, el bosque quedaría también abrasado por ese mero hecho.

El servicio del puro bien, pero entendiéndole en el sentido del que se presta a la colectividad de los hombres, constituye el tema obsesionante para Furió a lo largo de sus meditaciones políticas. Y porque este punto nos parece singularmente interesante, insistimos: cuando Furió habla del bien público, o, como él dice con linajuda y plástica metáfora cancilleresca, de *todo el cuerpo del principado*, no hay motivo para suponer tenga en la mente la represen-

(c) Ministerio de Cultura 2006

tación imprecisa de un algo irreal, seductor y poético, vagamente glorioso, que induce en el espíritu el entusiasmo hacia posibles empresas marciales, o el emocionado rendimiento ante un inaprensible ente imaginario que acaba por no ser más que un vocablo cargado de lirismos sin motivo, sino que lo que tiene concretamente en la cabeza y le mueve prácticamente el corazón es el bien, y el interés, y la suerte, y el destino, no de éste o de aquél, aisladamente tomados, pero sí de todos éstos y de todos aquéllos; es decir, de la variada multitud de los hombres agrupados en eso que magníficamente llama *todo el cuerpo del principado*. Así, cuando habla de que la décima calidad del consejero es que sepa curar todo ese cuerpo, al determinar en qué ha de consistir tal cura o tal cuidado, entre otras cosas, declara: *De manera que el consejero ha de ser de todos, oír a todos, favorecer a todos sin diferencia alguna*. Y cuando pondera lo que es el consejero justo, dice, como se ha visto: *Es amado en todo el pueblo por todos los estados de grandes y pequeños, ricos y pobres, hombres y mujeres... al tal encomendamos descansadamente los bienes, las mujeres, los hijos, la honra, la vida y muerte*. De lo cual, uniendo ambos textos (y otros podrían aducirse), se desprende que la actividad del gobernante, adonde tiene que diri-

(c) Ministerio de Cultura 2006

girse, es al servicio y cuidado de todos los hombres –en lo que se comprende, según la segunda acotación, varones y mujeres, ricos y menesterosos, jóvenes y viejos– y de los intereses esenciales humanos de esos hombres – honra, hacienda, muerte, vida – o, como diríamos ahora, de los derechos esenciales a la persona humana, pero no mirada en su irreal abstracción, sino en la realísima manifestación de todas las concreciones en que se verifica.

Es cierto que existe un pensamiento político español. Si fuera menester, debiéramos echarnos de bruces para beberle a borbollones en las bocas mismas de los manantiales – Furió es uno de ellos – donde originariamente brota, captándole antes de que le mixtificara la hermenéutica y le corrompiesen y ensuciasen ciertas corrientes advenedizas a que tan complacidos le condenan hoy quienes más debieran cuidar de su pureza primitiva. Fáciles tentaciones de la hora presente. Estuviésemos bien saturados en la substancia que decimos tomar de la corriente llegada de los pasados siglos, y ella nos fuera antídoto y remedio. Aprenderíamos la verdad vital y fecundante: no alucinados y fascinados por los fantasmas que se suscitan en la vanidad aparatosa de las palabras, sino abrazados a la realidad humilde ¡y tan entrañable! de las figuras vivas, en

(c) Ministerio de Cultura 2006

cuyos contornos apasionados tan bien puede engastarse y hallar su nido nuestro corazón. Amáramos, como dice Chesterton que hacía San Francisco de Asís, no a la humanidad, sino a los hombres (7). Y frente al monstruo incoercible que vive en el sonido de la palabra y en las cédulas del Fisco, y, ahora, en los ademanes arrogantes de algunos dominadores, estaríamos dispuestos a reconocer la sencilla verdad de los que están ahí, junto a nosotros, y ensayaríamos darles su porción de bien, a cambio de la que nosotros también necesitamos.

Esta es una de las claras enseñanzas que Furió nos deja, y al lado de ella, como complemento, la de que el poder público, ni aun representado y encarnado en quien, para nuestro escritor y en aquel tiempo, le levanta a su máximo valor, puede conculcar indiferente el derecho de los que van y vienen con sus fatigas por los caminos anchos y las angostas veredas del principado. Y así dice: *Esta es regla certísima y sin excepción, que todo hipócrita y todo avariento es enemigo del bien público, y también aquellos que dicen que todo es del rey, y que el rey puede hacer a su voluntad, y que el rey puede poner cuantos pechos quisiere y aún que el rey no puede errar.*

Posiblemente algunos enemigos del bien público

(c) Ministerio de Cultura 2006

habrá que no estén comprendidos en las dos grandes categorías del párrafo copiado: hipócritas y avarientos, de una parte; adeptos al tiránico poder real y aduladores suyos, de otra. Pero es indiscutible que ninguno de los incluídos en ellas está mál incluído. Hipócritas y avariciosos, enemigos del bien público. Evidente. Y además, notable coincidencia, los mayores enemigos del Cristo—que es nuestro bien, el verdadero bien común, sin cuya comunicación no llegaremos a la Vida. Cuando la cólera se justifica divinizada en el Cristo, recae magnífica y espléndida—don de Dios—precisamente sobre los fariseos *hipócritas* y sobre los ricos *avariciosos*. Enemigos ciertos del bien común. Pero los divinos apóstrofes airados han pasado por el fino tamiz de algunos exégetas, y ahora resulta que no importa ser castos, sino cautos, y que el atesorar avariciosamente es una saludable medida de previsión, mayormente en los tiempos azarosos que corremos. Hipócritas y avariciosos, enemigos comunes, porque lo son de la comunidad y la comunicación del pensamiento y de la riqueza. Andan por esos mundos parsimoniosos y compuestos; son gentes *bien*, aunque no de bien, y menos del bien público; pero se han erigido en sus mejores defensores, que para algo ha de servirles su hipocresía. ¡Oh, feliz estratagema, poner las llaves

(c) Ministerio de Cultura 2006

del castillo en las manos del adversario! Los peores enemigos del bien público, encargados en tantas partes de su custodia. Hipócritas y avariciosos: ralea flagelada por la palabra del Cristo –por la palabra de la Palabra– aún más ásperamente que con los azotes con que los arrojó del templo. Vilísima ralea; no sólo ira de Dios, sino escarnio y desprecio para el alma de España. Esta habla por la boca de Furió cuando les arroja al rostro el vejamen de enemigos del bien común.

Y todavía faltan los otros: *los que dicen que todo es del rey, y que el rey puede hacer a su voluntad... y aún que el rey no puede errar.* Estos no son simplemente aduladores cobardes; comitentes, a mansalva, de tiranos; frágiles sostenidos en la tiranía que sostienen, sino además, y porque todo eso lo son en detrimento del bien común, enemigos de éste. Uno de los más floridos y audaces coronados que conoció la historia, cierto día exclamó que el Estado era él; y tenía razón. Ha producido luego algunos farisaicos aspavientos el que lo dijese, cuando lo que debiera escandalizarnos es que lo pudiese decir. Y entonces lo podía. Pero viniendo a lo nuestro, si el rey es el Estado –del mismo modo que, convirtiendo *simpliciter*, diríamos: el Estado es siempre rey–, y si es enemigo del bien público quien dice que el rey no

(c) Ministerio de Cultura 2006

puede errar o puede hacerlo todo a su talante, también será enemigo del bien público quien diga que el Estado no puede errar y puede hacerlo todo a su talante. Y lo que vale para cercenar los desmanes del rey, vale lo mismo para cercenar los del Estado. Porque además el Estado es quien le manda: uno, tres, trescientos o trescientos mil. Y si Furió, bebiendo por su raíz de España el pensamiento humanista y humanísimo del respeto genuino del hombre—lo mejor con que en el esplendor del Renacimiento floreció lo mejor del medievalismo—, se planta altivo frente al desmán del príncipe, de la misma manera se hubiera plantado y nos debiéramos plantar frente al desmán del estadista. ¡Ah Furió, pensamiento de España! ¡Quién te pudiera tener prendido y aprendido; quién te pudiera prender en el pensamiento de quienes quieren hacer tradiciones traicionándolas!

Conforme vamos adentrándonos en la lectura de Furió, suscítase en nuestro espíritu la comezón irresistible de cotejar y aparear su nombre con otro nombre, ¡y qué magníficamente escandaloso éste!: el de Maquiavelo. ¿Cómo sabríamos decir la relación en que les encontramos? Ese genial amoralista, cuya indiferencia con respecto a la virtud en el príncipe le lleva no ya a disuadirle de que la emplee cuando sea

(c) Ministerio de Cultura 2006

inconveniente, sino a recomendarle que la use cuando le sea útil, convirtiéndola así en instrumento de la conveniencia, ¿qué tiene que ver con nuestro candoroso (8) valenciano, para quien el supremo criterio de gobierno es la virtud, el servicio del bien público, y para quien el único modo de tratar a las gentes es la lealtad acrisolada y el ejercicio de la justicia? Furió es justamente lo contrario de Maquiavelo, pero, ¡los dos tan parecidos! Son extraordinariamente parecidos, y sin embargo de ello ¡tan contrarios! Acaso ambos, como aquellos relojes conservados en las salas de cierto monumento nacional, *coincidían en ser distintos*, según la estupenda observación que nos hacía el cicerone. Más aún: coincidían en la distinción y se distinguían en la coincidencia. Ambos son intensamente y sagacísimamente políticos, teniendo ese singular ademán, esa alerta prestancia de los ánimos que al mismo tiempo se sienten aquijados y se encuentran sobriamente ceñidos por el interés de los negocios que afectan a los hombres viviendo en sociedad; ambos se recrean con morosa delectación en imaginar, ordenar, corregir, adaptar el instrumento del gobierno; y ambos son capaces de concebir el orden político, tanto en la limpidez de lo especulativo cuanto en la tosquedad de lo práctico, como algo propio y separado, como algo que se pue-

(c) Ministerio de Cultura 2006

de deslindar fácilmente de otras humanas realidades, con las que, a primera vista, le confunden. En la conciencia de estas distinciones; en la agudeza para percibir y la destreza para señalar entre la mórbida y agitada masa donde se mezlan tantas manifestaciones del vivir, las imperceptibles líneas divisorias que circuyen lo político, ha llegado Furió Ceriol donde llegara Maquiavelo y adonde pudiese llegar el más pintado: *La institución del príncipe en cuanto príncipe es darle regla, precetos o avisos tales con que sepa y pueda ser buen príncipe; estas palabras buen príncipe son de muy pocos entendidas y así vemos sobre ello que muchos hombres dicen razones en apariencia buenas, pero en efeto vanas y fuera de propósito, porque ellos piensan que buen príncipe es un hombre que sea bueno y este mesmo que sea príncipe, y así concluyen que el tal es buen príncipe; yo digo que la mejor pieza del arnés en el príncipe, la más señalada y aquella en que más ha de poner toda su esperanza es la bondad; pero no se habla entre hombres de grande espíritu y de singular gobierno desa manera, sino como de un buen músico, el cual aunque sea gran bellaco, por saber perfectamente su profesión de música es nombrado muy buen músico; conforme a esta regla decimos también buen diamante, buen caballo, buen pintor, buen piloto, buen médi-*

(c) Ministerio de Cultura 2006

co; y esto quiso sinificar el sotil Sanazaro cuando hablando de un papa de sus tiempos, dijo que era muy buen príncipe, pero muy ruin hombre (9). Hasta aquí ha llegado Furió, que no es poco, empleando expresiones cuyo contenido y cuyo estilo intelectual –¡esa sagaz desenvoltura y ese atrevido deslindamiento de posiciones!–podrían pasar como de Maquiavelo, sin esfuerzo.

Ambos se ponen en el mismo punto de vista para mirar, ávidos y certeros, el mismo panorama. Irresistible vocación política; en ella, penetrante sagacidad, gesto agilísimo para desentenderse de intromisiones, desdén por el tópico vulgar y liberación de torpes condescendencias respecto a los prejuicios comúnmente recibidos, un igual sesgo en el estilo enjuto del pensar, una gran capacidad de ideación unida a la más dispuesta receptividad para las cosas reales, una sed insaciable de información que remonta por la Historia las edades del mundo, y busca, por la geografía política, los secretos de todos los pueblos, un inmenso interés (aunque en Maquiavelo un ningún entusiasmo) por el hombre. Sería un pobre artificio retórico utilizar el fondo de esta semejanza para que mejor resaltasen sobre el mismo las líneas acusadas de tantas diferencias. La verdad está todavía más adentro en esta

(c) Ministerio de Cultura 2006

relación. La verdad es que de la tierra viva de esas semejanzas surgen, animadísimas y sugestivas, sus tan notorias diferencias. Porque es por el camino común de ese parecido por donde se adelantan con la misma y firmísima decisión hacia el retablo de sus oposiciones. Arquitectos de fervorosa y encendida vocación, ingeniosos y diestros, atrevidos y agudos, hay en sus construcciones, aun cuando afecten figuras que sean en lo material muy diferentes, un mismo estilo sapientísimo, cargado de experiencia, insuperablemente ágil (aunque en Furió no es esta agilidad, ni mucho menos, de palabra), avisado y cauto, cerebral y seguro. Complácense a veces en idénticos motivos arquitectónicos; así, el utilizar como clave y ornamento central la figura del príncipe, pero de tal manera que resulta mitad objeto definido, mitad símbolo sugerente; el acudir con insistencia a ciertas viñetas de un mismo saber clásico: Alejandro, Calicrátidas, Rómulo, Fabio... En lo esquemático, también la figuración del consejero—o del secretario.

Hasta aquí llega el perímetro de su parecido. Pero en adelante se hacen patentes sus ejemplares contraposiciones. Mas no es porque son en todo desiguales por lo que se diferencian, sino porque la semejanza de sus maneras finalmente va a dar en

(c) Ministerio de Cultura 2006

actitudes desiguales del todo. Por eso tenemos derecho a decir que en esa, precisamente en esa coincidencia, se distinguen. Más aún: que si por ella se parecen, por ella se desigualan; porque ella—su vocación, su sagacidad, su estilo político—, con ser tan grande, es la que utilizan para una contraposición que es mayor todavía. Arquitectos los dos, levanta Maquiavelo sus ardidas y peregrinas construcciones (10) por el placer intelectual de su eficacia arquitectónica, por la complacencia de lograr la correspondencia y armónica composición de las partes, y porque sirvan, expeditas y seguras, el designio señorial del dueño; mientras que el otro no se contenta con menos que con poner sus edificios al servicio de la honestidad. Les volaría si supiese que la traicionaban. Se emplea el uno en procurar la ejecución perfecta, la expeditiva eficacia de la obra, cuidando luego de circunvalarla en muros inexpugnables, coronados de adarves almenados; en los flancos, las torres poderosas, donde por las rendijas de las saetías un ojo avizor vigila cauteloso los accesos. El ánimo permanece ajeno a toda teleología extrínseca y extraña a la consistencia y artificio de la obra. La rigen ingenio y eficacia; la basta una consecución cerrada sobre sí misma. Política para lo político; acierto para lo que se busca... No así el

(c) Ministerio de Cultura 2006

otro, que, deleitándose también en afinar las precisiones de lo ejecutivo, y en disponer la eficaz concordancia del compuesto, se lanza luego ansiosamente fuera, buscando que la obra sirva, ante todo, para el cumplimiento de lo bueno; su fin es ese: y el fin, su justificación única. En *El Príncipe* todos aquellos párrafos del capítulo III (11) dedicados a describir lo que aconteció con la entrada del rey Luis de Francia en tierras italianas, y la suerte que corrió esa ocupación, son un primor de perspicacia política, de sensibilidad histórica, de tino para apreciar el juego de cada actitud; y un ejemplo precioso de inhibición moral. Culmina esta actitud en aquellas palabras cuya elegante sencillez y exterior inocente apenas dejan traslucir el alma insondable del florentino: *Io non voglio biasimare questo partito preso dal re; perché, volendo cominciare a mettere uno pie in Italia, e non avendo in questa provincia amici, anci sendoli, per li portamenti del re Carlo, serrate tutte le porte, fu forzato prendere quelle amizicie che poteva: e sarebbeli riuscito el partito ben preso, quando nelli altri maneggi non avessi fatto errore alcuno*. No se trata de juzgar una conducta; se trata de examinar inteligentemente el funcionamiento de un mecanismo. En tal sentido, es imposible mayor sagacidad, ni más desenvoltura, ni una

(c) Ministerio de Cultura 2006

malicia más certera, ni mayor lucidez en un aprecio que a fuerza de justeza acaba en ironía. Puesto que el rey francés buscaba afianzarse en Italia, hizo admirablemente en tomar aquellas amistades que coadyuvasen a su intento, faltándole otras: *fu forzato prendere quelle amicizie che poteva*. Por esto no se le puede censurar *io non voglio biasimare questo partito*. Estuvo su mal en los errores cometidos en los otros manejos: *Sarebbeli riuscito el partito ben preso, quando nelli altre maneggi non avessi fatto errore alcuno*. No; Maquiavelo, perito estrictamente en la mecánica política, no puede censurar—o no se pone a censurar—, que quien pretende un fin tome los medios que estén a su alcance. No se mete siquiera a juzgar ese fin, como dirán paladinamente otras palabras suyas que acotaremos luego. Lo que vitupera—o, para ponernos más a tono con la desprendida elegancia de su pensamiento, lo que nota y advierte—es que faltase acierto o decisión para tomarles todos; que se cometiesen luego errores, pero errores en algo que en el texto se denomina con una palabra insustituíble, porque está en ella todo el maquiavélico sentido de hábil tejemaneje que se pretende dar al juego sagaz de lo político: errores en los otros *manejos* = *maneggi*. Todo lo cual se confirma leyendo estas otras palabras: *É cosa vera-*

(c) Ministerio de Cultura 2006

mente molto naturale et ordinaria desiderare di acquistare; e sempre, quando li uomini lo fanno che possano, saranno laudati, o non biasimati; ma, quando non possono, e vogliono farlo in ogni modo, qui é l'errore et il biasimo No censuran las gentes—tan cauto es Maquiavelo que se limita a registrar el hecho, aunque en un modo que parece adoptar la opinión implicada en el mismo—la ambición, sino la impotencia; no que se quiera conquistar, sino que uno se ponga a ello sin tener en la mano todos los resortes. Es la moral del éxito, o, por mejor decir, la preterición de lo que sea ajeno a la medida y al aprecio de los resultados apetecidos. Y al ver cómo la mente avezadísima del florentino, tras de la faz que imaginamos profundamente hundida en un ambiguo gesto de cautela y de sorna, apunta como causa del fracaso *los errores en los otros manejos*, o sea el que faltasen valor y perspicacia para llevar el juego a sus últimos lances, se viene al pensamiento un sabor de refinada ironía, como el que dejan las palabras del romancillo de la hija del rey de Francia, cuando, volviéndose al más burlado galán que haya pasado por semejante trance, deja caer, cruelmente risueña, de sus labios sabrosos, inaccesibles para siempre al caballero, estas dos frases:

(c) Ministerio de Cultura 2006

tener la niña en el campo,
y catarle cortesía...

¡Querer, el rey de Francia, dominar en Italia y dejarse seducir por el Papa Alejandro –*dando auiti a papa Alejandro*– consintiendo en fortalecer el poder temporal de la Iglesia y en compartir el propio con España! Tener en la mano el triunfo y dejársele ir por impericia. ¡Con qué fría finura se encarniza la pluma afiladísima del florentino, perfilando morosamente los errores del *ré Luigi!* Ni un solo juicio moral sobre su conducta, ¡pero qué despiadado análisis de su torpeza!

Cotéjense con tales actitudes críticas cualesquiera de las tomadas por nuestro Furió en materia de gobierno –de buen gobierno–, como dirá habitualmente, haciendo inseparable el instrumento de la norma. Así, por ejemplo, aquellos *Remedios dados por Fadrique Furió Ceriol a su Majestad para el sosiego de las alteraciones de los Países Bajos de los Estados de Flandes,* surgen en el ánimo del bondadoso consejero por lo mucho que debe al real servicio de S. M. y por el amor que tiene a la quietud pública. Es, pues, un estímulo doblemente amoroso, un doble deber de amor, el que profesa hacia su soberano, y el que siente por la pública quietud (término que,

(c) Ministerio de Cultura 2006

sabiendo cómo entiende Furió el bien común, fácilmente se aproxima a éste), lo que constituye el fin de sus advertencias. No para en esto la clara servidumbre ética de las mismas: Supuesto que el rey de España debe mantener sujetos a los Países Bajos de Flandes, por muchos respetos y consideraciones políticos, en cuyo examen emula airosamente el valenciano la fina percepción realista del florentino, se impone en el espíritu de aquel, sobre los medios violentos y destructores de las armas, la preferencia de los racionales y pacíficos, de los administrativos y humanos; o—para decirlo con una expresión inmejorable e insustituíble, como que en ella está la clave de la política en todo tiempo y ella es el preventivo y el tratamiento único eficaz de cualquier agitación colectiva—de los medios de *buen gobierno*, acerca de los cuales escribe, en sus mismos avisos, con la efusiva caridad y la humanísima inteligencia que se han de ver más adelante. Baste, ahora, para servir el parangón que estamos bosquejando, anticipar algunas frases como las siguientes: *Esta tal reducción*—de los países flamencos—*en dos modos se puede hacer tan solamente; es, a saber: o por armas, o por buen gobierno. Las armas ha probado V. M. hasta ahora valerosísimamente, y con ellas atajado dos mil males y efectuado memorables cosas* (note-

(c) Ministerio de Cultura 2006

mos que Furió moralista, jurista, pacifista, universalista... no es derrotista, ni tiene el prejuicio del antimilitarismo; precisamente por eso es mucho más elocuente y eficaz su testimonio), *pero los gastos han sido grandes, muchos los muertos y la pretendida reducción y obediencia no solamente no se ha conseguido, mas a mi parecer queda muy dudosa. Suplico por amor de Dios a V. M. sea servido de volverse a la otra parte de las dos sobredichas, y probar dicha reducción por el camino del buen gobierno*. El discreto sabrá sacar todo su jugo al párrafo acotado. El buen gobierno es lo contrario de la violencia de las armas. A ese buen gobierno hay que acudir, no sólo porque las armas, ¡quién lo dijera!, se mostraron inútiles en el empeño de la sujeción, sin duda porque una sujeción de hombres a hombres no se afianza nunca por la fuerza, sino porque es mejor, moralmente, humanamente mejor, el buen gobierno, según se comprueba por el fervoroso patetismo con que se le reclama, y poniendo la angustia de esta súplica a la luz de los pensamientos que Furió sustenta en estos *Remedios* y a lo largo de sus obras políticas todas.

Y puesto que nos hemos metido tan adentro en ese parangón que contrapone las actitudes mentales de estos dos ingenios, véanse algunas otras muestras de la oposición en que las mismas se presentan.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Maquiavelo: *Nasce da questo una disputa: s'elli è meglio essere amato que temuto o e converso. Respóndesi, che si vorrebbe essere l'uno e l'altro; ma, perché elli è difficile accozzarli insieme, è molto più sicuro essere temuto che amato, quando si abbia a mancare dell'uno de dua. Perché delli uomini si può dire questo generalmente: che sieno ingrati, volubili, simulatori, fuggitori de'pericoli, cupidi di guadagno; e mentre fai loro bene, sono tutti tua, offeronti el sangue, la roba, la vita, e'figliuoli, come di sopra dissi quando el bisogno é discosto; ma, quando ti si appressa, e'si revoltano...*

Es *más seguro* ser temido que amado; no mejor: más seguro. Al construir la ciudad del príncipe, hemos de cuidar su consistencia. El temor, no el amor, es uno de sus más firmes trabazones. Y esto porque los hombres son unos miserables, que os quitarán y negarán un día todo lo que efusivamente os ofrecieron otro: la sangre, la vida, los hijos, los bienes.

Y ahora, Furió Ceriol: *Al consejero justo y bueno encomendamos descansadamente los bienes, las mujeres, los hijos, la honra, la vida y muerte.* La tercera calidad que muestra su suficiencia es que sea benéfico; *digo, amigo de hacer el bien.*

Esta virtud es la que en latín se llama beneficen-

(c) Ministerio de Cultura 2006

cia, y no se refiere a dar dinero o algo de la hacienda, como lo da la liberalidad, sino en ayudar a la república, digo, al bien común (¡qué seductor es este empeñarse de Furió en no dejar que pase una ocasión sin identificarles!) *y a todos sus miembros particulares* (otra vez el bosque... y los árboles; la comunidad, vista en la colectividad de sus miembros; esto es lo exacto), *aconsejando, amonestando, loando, vituperando, reprehendiendo, consolando, procurando y favoresciendo con su autoridad y amparo, no sólo a aquellos que le piden favor y ayuda, sino también a todos aquellos que lo merescen sin que lo pidan.* Poco más adelante dice: *La cuatorcena calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sea manso y afable; porque el tal da audiencia a grandes y pequeños, a ricos y pobres, recógelos con clara y suave frente, oye sus razones atenta y diligentemente, responde con amor, promete con gravedad, niega y quita sin pesadumbre, reprehende sin injurias, despide con respeto y sin altivez.* Estamos en los antípodas de aquel maquiavélico: es mejor ser temido que ser amado. ¡Cómo se aleja de ello la efusión cordialísima de Furió, rompiendo hervorosa en expresiones como aquellas de tanta ternura: *responde con amor... niega y quita sin pesadumbre!* Pero no estamos simplemente en

(c) Ministerio de Cultura 2006

los antípodas de Maquiavelo porque éste, tan fino y tan humano, desconozca o menosprecie los valores de amor entre los hombres, sino por algo más sutil a que hemos venido haciendo referencias en este ensayo. Estamos, con Maquiavelo, en el extremo opuesto y a la mayor distancia de toda sumisión a los requerimientos imperativos de la bondad absoluta, de la misericordia generosa, del perdón y la benevolencia, de la condescendencia liberal con los subordinados, lisa, llanamente, porque Maquiavelo, deliberadamente, no se pone a ello, sino a otra cosa, cuando en sus tratados *hace política,* como se dice. Se pone, colocado en la fría neutralidad de un propósito meramente operativo, a idear y a procurar consecuciones prácticas, efectividades en el gobierno del príncipe; no en el *buen gobierno,* sino en el gobierno a secas; ¡y tan a secas! En el gobierno más secamente, mecánicamente y desnudamente instrumental que haya podido concebir ingenio tan agudo y despiadadamente lógico como el del florentino. En un gobierno, todo él trabazón de máquinas, que con la menor pérdida posible de energía van eficaces a lo suyo. Con un gobierno que es todo mando; lo cual de ninguna manera quiere decir que sea todo tiranía y despotismo, como tampoco todo es presión y tirantez, ajuste y apretura,

(c) Ministerio de Cultura 2006

en una maquinaria. Pero entendiéndose que las laxitudes y condescendencias no se tienen en obediencia a principios morales, o por el interés de aquellos a quienes benefician, sino por el interés del instrumento mismo o del dueño a quien sirve. En los capítulos XV al XIX de *El Príncipe* sobran comprobaciones de esto que aquí decimos.

Aguza insuperablemente su ingenio Maquiavelo para ajustar, con precisiones primorosas, medios y medidas de gobierno, a fin de conseguir la eficacia, la soltura, la grandeza, el resultado en el instrumento gobernante. Nunca se puso—hablamos singularmente de su obra representativa, *El Príncipe*—a discutir sobre el valor moral de los fines políticos. Reglas de juego, adiestramiento en el excitante deporte político, estratagemas y destrezas, gastando y consumiendo su empeño en la finalidad concreta del ejercicio mismo, de esto está hecho el sistema canónico de Maquiavelo. Juicios hipotéticos, no imperativos categóricos. El Príncipe que quiera conservar sus estados o aumentarles; el que quiera mantener a sus súbditos en obediencia; el rey de Francia si pretende dominar Italia... tienen que hacer esto y lo otro, y evitar aquello y lo de más allá. Nunca se dice: como el príncipe absolutamente tiene que hacer esto o aquello (no porque esa conduc-

(c) Ministerio de Cultura 2006

ta sea útil y conveniente al interés del gobierno, como cuando se recomienda ahorrar la crueldad para que la templanza excite el rendimiento y la adhesión, sino porque su propia exigencia moral la hace exigible), nunca se dice, repetimos: como absolutamente debe hacerse esto o aquello, hay una consiguente obligación de poner tales y tales medios a ello conducentes. Ejemplo típico de esa teleología práctica, de esa ordenación instrumental de la consecución, que no exigen el menosprecio, sino la inhibición respecto de las valoraciones morales, le tenemos, por ejemplo, en aquel insustituíble parrafito con que comienza el capítulo XVIII de *El Príncipe: Cuán laudable sea en un príncipe mantener la fe viviendo con integridad y no con astucia* (¡qué insuperable precisión!), *lo sabe todo el mundo. Sin embargo, se ve por experiencia en nuestros tiempos haber hecho grandes cosas aquellos príncipes que tuvieron poca cuenta de la fe prometida y que han sabido con astucia engañar los cerebros de los hombres, y al fin han superado a aquellos que se apoyaron en sola lealtad.* O sea: la fe guardada, la lealtad debida, son mucho más laudables; son mejores que la astucia y el perjurio. Pero la política es la política, y los hechos son los hechos: y son hechos flagrantes de la política que los astutos y los perjuros han hecho

(c) Ministerio de Cultura 2006

muchas más cosas que los otros. *Hacer cosas*, lograr resultados, conseguir efectos. Esto es lo que se subraya, porque por lo visto de eso es de lo que en política se trata. Y esto es lo que confirma el estricto carácter instrumental de todas las ingeniosas y maliciosas construcciones de Maquiavelo.

Frente a lo cual, Furió Ceriol, en una actitud estoica y de las más acusadamente antimaquiavélicas, entre las suyas, dirá: *La fortaleza de que yo hablo es de aquellos hombres que son amigos de verdad, entienden en ella, defiéndenla a pie y a caballo, sin respeto de personas, y por defenderla y mantenerla no tienen en nada lo que todos los otros precian mucho; conviene, a saber: ser privado o desprivado, tener favor o desfavor, riqueza o pobreza, mandar o ser mandado, reposo o trabajo, vida o muerte; antes están contentos con lo que viniere, ora les sea próspera, ora contraria la fortuna.*

ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

Pero si queremos ver uno de los más exactos y preciosos ejemplos de contraposición surgida en la propia similitud, tomemos éste: En el capítulo XVIII de su *Príncipe*, que es uno de los más aviesamente intencionados de esta obra, declara Maquiavelo que hay dos maneras de combatir: con las leyes y con la fuerza. Se recordará que exactamente lo mismo decía Furió en aquellos remedios para el sosiego de

(c) Ministerio de Cultura 2006

los Países Bajos: *esta reducción en dos modos se puede hacer tan solamente o por armas* (fuerza) *o por buen gobierno* (leyes: una ley es instrumento de buen gobierno, o no es ley). Empezamos, pues, estando dentro de la más perfecta similitud. La cual prosigue cuando Maquiavelo, a quien no se le escapa una, y cuya actitud desenvueltísima no nace de ignorar los datos y premisas, o, por mejor decir, los precedentes morales del tema político, a todos los cuales alcanza su despierta e infinita elasticidad mental, añade con la más sincera convicción estas palabras: *El primero* (de aquellos dos modos, o sea la ley) *es el propio de los hombres; el segundo* (fuerza) *es propio de las bestias*. No puede ser más paladino y sin seservas este reconocimiento, que, además de advertirnos lo al cabo de la calle que está Maquiavelo en punto a humanas valoraciones y dignidades, sirve para que continúe, según acabamos de decir, la semejanza con Furió; porque éste ha dicho exactamente lo mismo, acudiendo por cierto a la evocación de una clásica imagen, que tiene la oportunidad y la escultural prestancia del más ornamental altorrelieve renacentista. En los remedios para el sosiego de Flandes, defendiendo la preferencia de los medios pacíficos y de buen gobierno, dice: *los poetas figuraron antiguamente el principado en la*

(c) Ministerio de Cultura 2006

efigie de Minotauro, de medio arriba hombre, que es el buen gobierno, que ha de ser superior y primero, y de medio abajo bestia, que es la potencia con las armas, que ha de ser la inferior y postrera, y un buen gobernador nunca viene a éstas si no es forzado. Es curiso notar que la semejanza se presenta no sólo en el fondo del pensamiento, es decir, *excelencia indiscutible de los medios pacíficos sobre los materialmente agresivos,* sino también y con la misma precisión en el artificio simbólico al que se acude por ambos escritores para expresarle. En efecto: Maquiavelo utiliza el mito heleno de Quirón, el centauro, criando a Aquiles y otros príncipes, como si la singular dualidad del monstruo, mitad hombre, mitad corcel, les representase y enseñara la doble clase de medios: humanos = leyes; bestiales = fuerza, a que tendrían que acudir.

(Esta coincidencia de medios expresivos hace irresistible, pasando ya a la manera literaria de Furió, la sospecha de una influencia directa, tal vez consciente y reflexiva, sobre él de los maquiavélicos textos. Sería la retórica coincidencia que nos ocupa afortunado ejemplo de aquel verosímil influjo literario, y éste, por su parte, la ocasión y el efecto del que más generalmente, en el giro del pensamiento político, en el estilo de su discurrir

(c) Ministerio de Cultura 2006

sobre esos temas, hubiera ejercido Maquiavelo sobre Furió, y del que serían manifestación las semejanzas que en anteriores párrafos hemos venido sugiriendo.)

Vueltos a nuestro parangón, subrayaremos cómo el punto de vista el aprecio humano de los datos, la jerárquica valoración de éstos, hasta la ilustración por viñetas iguales de la tesis inicial, son en el caso que examinamos tan parecidos que más no lo pueden ser; hay sólo dos maneras—dicen ambos—de dominar a los hombres: la fuerza y la ley, o buen gobierno; la fuerza es propia de las bestias; sólo la ley y el buen gobierno son dignos de los hombres. Armonía perfecta. Pero aquí mismo surge patente la contradicción. Furió, fiando honradamente su intelecto al vuelo del discurso, sigue llevado en alas de éste hasta las consecuencias últimas. Probada la inferioridad y la ineficacia de las armas, conocida su desventaja moral respecto de los medios humanos del buen gobierno y de la ley, implora con la vehemencia más angustiada que prevalezcan éstos. Pero en el alma de Maquiavelo, entre el cuadro inicial de los aprecios humanos y morales y el resultado teóricamente lógico del mismo, se cruza sesgo y clorótico su escepticismo desolado, y entra en acción su ceñimiento estricto a la pura mecánica

(c) Ministerio de Cultura 2006

del juego, que pretende no el resultado lógico del moral pensamiento, sino el resultado práctico de la mecánica actividad. Y así declara, pero a renglón seguido de haber con tal crudeza proclamado la bestialidad de la fuerza y la humanidad de la ley: *Non può, per tanto, uno signore prudente né debbe osservare la fede quando tale osservanzia li torni contro e che sono spente le cagioni che la feciono promettere. E, se li uomini fussino tutti buoni, questo precetto non sarebbe buono; ma, perché sono tristi e non la osservarebbano a té, tu ancora non l'hai ad osservare a loro.*

La ley, la fe, la paz... ¡Qué admirables y hermosas!... Pero las pobres, ¡tan inútiles a veces! Los hombres son malos—aquella cruda afirmación en que asentaba su doctrina y su política Federico II—, y por eso, en definitiva, es la astucia, la fuerza y el perjurio quienes tienen que prevalecer, como que son los que prevalecen. La ley, la fe, la paz. ¡Qué santas y qué justas!, dirá Furió. Y por esto ¡qué inexcusables! No es que ignore la desalentadora y lamentable frecuencia con que se muestran impotentes y quedan escarnecidas por la feroz astucia de cualquier tirano; lo que sucede es que a Furió no le interesa vencer a cualquier costa. Lo que le interesa es la verdad; lo que le importa es el bien. Y

(c) Ministerio de Cultura 2006

sabe que ellos significan de continuo la derrota y la muerte. Pero como entiende deben ser amados y defendidos aun a costa de la derrota y de la muerte, aun a costa de los goces más lícitos, de los afectos más entrañables, no repara en que éstos y la vida y el éxito se sacrifiquen para que aquéllos prevalezcan; es decir, para que nosotros hagamos lo que sería necesario al fin de que prevaleciesen, y así suceda a lo menos en lo íntimo de nuestro espíritu. Con palabras que encandelarían de entusiasmo los ojos de Don Quijote elogia los varones fuertes que defienden la verdad *a pie y a caballo, sin respeto de personas, y por defenderla y mantenerla no tienen en nada lo que todos los otros precian mucho.*

A pie y a caballo, caballerescamente contra todos. Este es el canon español, cristiano y español, para la flor de la caballería. Este es el nobilísimo cartel de desafío que lanza la virtud al viento; el gesto airoso y el terminante imperativo de nobleza que nos llega desde la hondura del pasado, si no para servirnos como ejemplo, cuando la evidencia de nuestra cobardía miserable le está notando de imposible, a lo menos para que nos castigue con la vergüenza de que no le sabemos imitar... ¡Morir por la verdad! ya nos contentaríamos con que ella no muriese cien veces cada día por nosotros... ¡Morir por la verdad!

(c) Ministerio de Cultura 2006

más bien morimos de miedo a ella, y no hallar muros bastante gruesos con que encerrarla ni mordazas bastante herméticas con que tenerla muda. Respetémosla siquiera confesando humildemente, cuando procedemos de tal modo, que somos discípulos, no de la presteza intelectual ni de la sutilísima destreza del florentino, sino (traducidas a lo más tosco y primario del instinto) de su moral despreocupación: discípulos de ésta; no de las enseñanzas de fortaleza moral, de libertad de espíritu y de amor a la virtud que nos dejaron, como Furió, los mejores de nuestros antepasados.

Algunos juristas contemporáneos, con terminología meramente aproximativa, pero que usada *grosso modo* resulta bastante manejable, distinguen entre el orden de *ser* y el orden del *deber ser*. En el primero, hay que atenerse a lo que es, y describirlo; en el segundo, hay que ponerse sobre lo que es, y regularlo; es decir, hay que intentar que sobre lo que es, o contra ello, se haga efectivo lo que tiene que ser. No es esto sólo, claro está. Pero basta tal reducción esquemática y grosera para que podamos usarla al efecto de seguir esclareciendo nuestro parangón entre estos dos maestros de política. Y así diremos que mientras Maquiavelo se halla situado

(c) Ministerio de Cultura 2006

en el orden del ser, donde se mueve con el más gentil desembarazo que pueda apetecerse, Furió Ceriol tiene en el deber ser su ámbito propio y en él acciona con escrupulosa y segurísima pericia. A lo que añadiremos que ninguno desconoce el campo donde el otro se mueve, ni, si ello fuese su deseo, sería incapaz de maniobrar airosamente en él. Pero aquí está la clave del distingo. No en lo que saben, ni acaso en cómo saben (ya hemos reiterado la semejanza de sus puntos de vista y de su estilo político), sino en lo que quieren, y, más profundamente, en lo que creen que se debe querer, se encuentra su irreductible diferencia. ¡Qué amarga y despectiva la sonrisa de Maquiavelo si alguien pretendiese brindarle el aforismo de que el fin justifica los medios!... El fin, maquiavélicamente, no justifica nada, entre otras razones, por la sencilla de que nunca hay nada que justificar. El fin no justifica los medios: simplemente los determina y los requiere. Justificación. Doctrina de la Justificación. Eso es Teología moral, y estamos en política, ese *arte supremo de realidades*... Orden turbio del ser, donde una mente lúcida de Italia es la Ariana que desenreda las madejas de los más embrollados laberintos. Aceptar que el fin justifica los medios es ya ponerse en una actitud moral, y si el principio, tan romo y limitado, es sus-

(c) Ministerio de Cultura 2006

ceptible de una interpretación decorosa, será la que Furió pudiere darle. No puede haber ninguna interpretación maquiavélica de este aforismo; tomado en toda su extensión, ni siquiera una interpretación racional. Pero si alguna pudiese dignificarle, habría de ser buscada en un pensamiento tan puro y elevado como el de nuestro tratadista. Si la política, que es medio e instrumento, actuación y proceso, puede justificarse, es cuando se pone decididamente al servicio del bien. Este es el fin único que la puede justificar. Pero, a su vez, para quedar justificada no tiene ella que ser injustificable. Para que una conducta pueda despertarse y levantarse a las alturas de la justicia, es menester que esté a lo sumo dormida en los recatos de la indiferencia; nunca en los escoriales de la deshonestidad, de la deslealtad o de la ambigua hipocresía. Furió Ceriol y Maquiavelo se separan cuando se plantean el problema de un destino que trascienda la mera destreza técnica de la organización y del buen funcionamiento. En el ejercicio del poder, tan ricamente dotado y diversificado como se quiera, encuentra el italiano motivo suficiente para emplear y consumir toda la gracia del gobernante. Para Furió Ceriol no hay un solo paso de éste al cual no esté llamado por un alto estímulo moral, en

(c) Ministerio de Cultura 2006

cuyo cumplimiento encuentra su motivo de justificación.

De no entenderse que andábamos jugando con el ruido de las palabras, diríamos que si el español está regido y dominado por la Ética, el italiano seducido se encuentra por la Estética, por el deleite plástico que se disfruta intelectualmente coordinando las piezas del mecanismo formalmente destinado a una fuerte efectividad operativa, a la consecución de una gran riqueza de resultados que, por de pronto, son mecánicos.

Se nos hace un poco desconcertante percatarnos de que si en la destreza de la gimnasia intelectual, en la inventiva y en el ingenio con que se idea el mecanismo y su función, pudiera aventajarse el florentino, la mayor valía de lo preconizado por el valenciano no consiste, precisamente, en su polarización moral, extraña a la obra del primero de ellos, sino en su más segura y sólida eficacia... En Maquiavelo, en fin de cuentas, el derroche de sutileza, de cautela, de inventiva, de soltura y desaprensión, no son más que un brillante e inútil despilfarro. Contra las apariencias todas y contra la corriente de las opiniones recibidas, no es el sistema de Maquiavelo, sino el de Furió, el que se comprueba verdaderamente operativo. Y esto acontece por una causa que no

(c) Ministerio de Cultura 2006

afecta tan sólo a los dos grandes escritores. Sucede en ellos porque sucede también en los géneros a que respectivamente pertenecen: género virtuoso y género astuto... Pero la astucia, la violencia, la máxima desaprensión, son, en definitiva, las cosas más inútiles. O, por mejor decir, son tan inútiles como todas las cosas de este mundo, en el cual, a la larga, nada sirve de nada. En este punto, como en tantos otros, la verdad no está de parte de los maquiavélicos, sino de los estoicos. Disimulada forma de ingenuidad, pero ingenuidad genuina al fin y al cabo, es en el florentino esa fe suya en la eficacia de la astucia, en la virtud operativa de las marrullerías bien pensadas. Momentáneamente, tal vez, sí. Después, ¡quién sabe!... ¿Quién sabe qué resorte encantado, qué mágica influencia de la astucia, o del poder, o de la habilidad traidora, o—por el contrario—del heroísmo, del valor, de la virtud inmaculada, van decidiendo en el pasar de los sucesos, el resultado de los acontecimientos colectivos y particulares? También, como Furió y como Maquiavelo, podemos acudir a ese confuso libro de la Historia, erizado de cepos tendidos a nuestra credulidad. Y si hay algo que verdaderamente se desprende del mismo es lo imposible de decidir cómo, cuándo y por qué el principio de causalidad se pone en juego. Un día, la virtud, don-

(c) Ministerio de Cultura 2006

cella inerme, triunfa de los más desaforados capitanes; otro, la inesperada delación de un despechado desbarata el plan mejor urdido por la astucia; mueren en el olvido o en el desprecio—cuando no asesinados—quienes un tiempo fueron dueños absolutos de su país y le colmaron de conquistas. Por otra parte, ¿dónde trazar la línea divisoria entre los grupos y los partidos? Buenos y malos, astutos e inocentes, amigos y enemigos, adversarios y afines, valientes y cobardes, derechas e izquierdas, civiles y ladrones, como en el juego de los niños... Y aun dentro de cada uno de nosotros en una interminable metamorfosis se va desenvolviendo el ser, tornasolándose diversamente, según el aire y el influjo recóndito de cada hora. Desde el fondo de nuestro subconciente ¿qué extrañas fuerzas vendrán en un momento dado para apoyar a la virtud vacilante o acometer furiosas a la triunfadora?... La finísima y vívida malla de la historia está tejida por millones sin cuento de actitudes individuales, cuya característica consiste en ser, generalmente, actitudes pasivas. No conductas y actitudes de masa, sino más bien masas semi-inertes de actitudes y conductas es lo que arroja el examen de la mecánica social. Y ante ese formidable alud de fuerzas desconocidas, incognoscibles, contradictorias, variabilísimas, ¿qué

(c) Ministerio de Cultura 2006

significa la flébil y diminuta armadija de argucias, ratonera ingeniosa para cazar leones, con la que el secretario de una republiquita medieval quiere regir, aunque tan sólo sea en algunos de sus potentes órganos, el destino del mundo?

Entre la angustia de la marejada procelosa, un solo grito humano tiene sentido pleno: ¡Sálvese quien pueda! ¡Sálvese lo que se pueda! Lo único que se salva, que salva y que nos salva es la virtud y la verdad. He aquí cómo, frente a la impotencia de las más sutiles y desaprensivas astucias, queda probada la eficacia, la capacidad operativa de la doctrina moral pura. Una doctrina del éxito y del resultado es siempre un fracaso, porque el éxito y el resultado son imposibles o transitorios. Una política del bien, una ascética de la verdad a toda costa, triunfan siempre, precisamente porque no tienen que triunfar; porque les basta ser queridas en el fondo del alma, cuando el mundo circunstancial les es adverso, para haber conseguido *su* resultado, para haber logrado divinamente *aquella mejor parte que por nadie les será arrebatada*. Una verdad que cuenta con la muerte y dispone de la de quien está dispuesto a arrostrarla para que ella viva, no puede morir. Si de la prodigiosa radiación de enseñanzas divinas que brotan del Calvario hay una

(c) Ministerio de Cultura 2006

más visible, nos atrevemos a decir que es ésta. La doctrina que lo entrega todo, menos aquello que precisamente al sacrificarse todo es lo que permanece, ¿con cuál podrá ser comparada en eficacia? ¿Qué artilugio de la listeza se atreverá a disputarle su insuperable capacidad operativa?...

Y esta superioridad de la eficacia de la virtud descuella en tal medida, que no sólo el triunfo de la verdad y el bien son ciertos del modo y por las razones que se vienen indicando, sino que si hay algo en el mundo dotado de eficacia real para actuar efectiva, positivamente no sólo sobre el espíritu de tales o cuales hombres, en su fuero interno, sino sobre el comportamiento exterior de muchedumbres de gentes más o menos desperdigadas a lo largo de la historia, es la docencia desinteresada de lo verdadero y de lo bueno, y la ejemplaridad de la santidad y el heroísmo. A la acción inerme, efectiva y difusiva que estas espirituales fuerzas poseen y ejercitan, no se pueden aproximar, ni comparar siquiera, el empuje de las mayores violencias materiales ni el poder de captación de las más astutas y desenfadadas combinaciones. A una fuerza, otra fuerza u otra astucia; a una astucia, otra astucia u otra fuerza. A las unas y las otras, el desgaste del tiempo, y las resultantes imprevistas de las infinitas va-

(c) Ministerio de Cultura 2006

riables desconocidas actuando en las conciencias de cada individuo y amasándose compactas e incoercibles en las humanas comunidades históricas. Pero a lo que tiene la gracia, heroica y gentilísima, de vencer no sólo sin fuerza y sin astucia, sino dejándose vencer y triturar por éstas, ¿quién lo vencerá? Y cuando, camino adelante de los siglos, el sayal franciscano todavía reviste—en realidad o en símbolo—, y moldea, más o menos totalmente, millones de conductas, la imagen audaz y desalmada de César Borgia es máscara marchita de la guardarropía trasnochada.

Maquiavelo será siempre una tentación intelectual peligrosísima, sobre todo para los poco intelectuales; Furió Ceriol, la más noble ejemplaridad de una accesión vedada a quien no tenga temple de héroe. El primero, pasándose de listo, apura las cautelas, ardides y paradas, consumiéndolas en la ciencia del hábil juego, cuya ineficacia prueba la historia cuando él traspasa los propósitos limitados de una gimnasia propedéutica. El segundo pasándose de bueno, regenera y fecunda en la fuerza inmarcesible y sanísima de la verdad y el bien, los instrumentos humanos de gobierno que con desembarazada soltura sabe también idear. Ambos, con sus mentes extraordinariamente lúcidas, sagaces, infor-

(c) Ministerio de Cultura 2006

madas, hubieran podido dialogar largamente sobre la depuración del mecanismo; pero entendiéndose los dos (que inteligencia les sobraba para ello), acerca de los fines, no hubieran logrado ponerse de acuerdo al emprender la tarea de servirles. Entre tanto, mientras suena apacible, llena de una resignada confianza, a las puertas mismas de la vejez, la voz del consejero valenciano, solicitada por los apremios de su personal destino, honroso siempre y nunca regalado, la palabra melancólica del florentino, comprobando ejemplarmente en su propia persona la inanidad de todas las finas sutilezas, desmaya humana, amarga y ensombrecida, al transponer la ingeniosa dedicatoria con la que ofrece su *Príncipe* al magnífico Lorenzo de Médicis, diciendo: *io indegnamente sopporti una grande e continua malignità di fortuna*... Contra el terrestre señorío de esa malignidad de la fortuna son impotentes la bondad y el ingenio, mientras pasa el tropel zafio y triunfante, pisoteando los frutos más sabrosos y las flores más bellas.

JOSÉ M.ª DE SEMPRÚN GURREA

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

NOTAS

(1) Ha de agradecerse que se publique, seguramente por primera vez, este importante e interesantísimo documento, a la bondadosa concesión del Patronato que rige el *Instituto de Valencia de Don Juan*, debiendo por su parte el autor de este estudio su acceso al manuscrito a la culta diligencia del erudito bibliotecario y archivero —que lo es de aquella entidad—D. Pedro Longás, quien, conocedor de los trabajos que veníamos haciendo sobre Furió Ceriol, más de una vez nos había favorecido con preciosas indicaciones bibliográficas. El documento dice:

«Los grandes filósofos i theólogos, de commún consentimiento afirman que entre la ambición i la petición hai esta diferencia: que la ambición, sin respecto del bien público, dessea, pide i procura para sí misma, para sus apetitos e interesses, hora los meresca, hora no los meresca; i por esta causa aplica los favores i los coechos, trabajando por todas las vías de salir con sus pretenciones, sin querer someterse al juicio ni a la determinación de la prudente i justa censura de a quien le pertenesce hazerla; i si por caso no sale con su intento, queda corrida, furibunda i desesperada. Pero la petición dessea, pide i procura para su ultimado fin, que es el bien público, estribando en virtud, suficiencia i merescimiento, i assí se aborresce con los coechos, ni admitte los favores sino en quanto le dan lugar los quatro sobredichos, es de saber, bien público, virtud, suficientia i merescimiento; i en todo se somete al juizio i determinación de a quien pertenesce el nombramiento i election de sus pretenciones, quedándose pacífica, alegre, i contenta igualmente con lo que fuere, hora las alcance, hora las dexe de alcan-

(c) Ministerio de Cultura 2006

çar. De aquí se infiere que la ambición es mala, perniciosa i detestable; i por el contrario, que la petición es buena, es provechosa i digna de ser amada i favorescida. Porque como de la ambición salen las passiones, las dissensiones i la destruction del bien público, assí de la petición mana todo lo contrario desto. I entre otros muchos provechos se siguen quatro muy señalados. El primero dellos es que por medio della tiene aparejo la virtud para conseguir su justo i debido premio; el segundo, que los malos i los inhábiles son excluídos de los cargos i oficios públicos; el tercero, que aquel a quien toca la nominación i election tiene más luz i claridad para poder con descanço de su consciencia mejor i más fácilmente hazer su election; el quarto, que muchas más personas se animan a trabajar i trabajan de noche i día en las artes i disciplinas i exercicios uirtuosos i en viuir loablemente para poder ser declarados por idóneos i suficientes para los cargos i oficios públicos; i desta manera queda hecho como un plantero de hombres buenos i suficientes para trasponerlos a su tiempo en todas las plaças bacuas que se ofrescieren. Para concluir todo esto en pocas palabras, digo que la petición no haze más de ofrescer al bien público sus dones naturales i los adquisitos, su trabajo corporal i espiritual, su fidelidad i su diligencia, sometiéndose en todo i por todo al juizio i determinación de a quien incumbe juzgar i determinar si ella fuere hallada idónea o no lo fuere. De todo lo susodicho se concluie que es bien i aun necessario que haia hombres tales que puedan pedir i que pidan oficios i cargos por los medios i modos sobredichos. Siguiendo io esta verdadera i sancta doctrina de la petición, vengo ofresciendo, como por la presente ofresco a V. Mag.d i al bien público para la va-

(c) Ministerio de Cultura 2006

cante plaça de Vicecanceller en el Supremo Consejo de vuestra Corona de Aragón, digo que ofresco mi persona i con ella todo lo siguiente:

Primeramente, ofresco cinquenta i quatro años de mi edad, que los hize i cumplí a veinte i quatro días del próximo pasado mes de maio.

Más ofresco quarenta i siete años continuos que los he empleado en varias lenguas, en diversas artes i diversos géneros de sciencias, i, al parescer de los más eminentes letrados de Europa, he trabajado con algún fruto i me he aventajado algún tanto en ellas; i para adquirirlas he peregrinado fuera de España por diversas provincias i naciones bien lexos de mi patria, con grandes gastos de mi tenue patrimonio, i trabajos infinitos, i peligros de mi cuerpo i vida.

Más ofresco cinco años (comprehendidos debaxo del susodicho tiempo) en los quales he estudiado en Theología, i soi graduado de licenciado en ella.

Más ofresco siete años que he estudiado en leies Canónicas i Ciuiles, i soi graduado de doctor en ambos derechos.

Más ofresco un mui trabajoso estudio que por espacio de mui largos años tengo hecho en Filosofía natural i moral, en la Política i Historia, en las quales está verdaderamente el manantial de las leies, para hazerlas de nuevo, juzgar de las que están hechas, i aprobarlas o restriñirlas o ampliarlas o deshazerlas del todo. Los que carescen destas susodichas doctrinas podrán ser leguleios, como dice el latín, mas nunca podrán ser jurisconsultos, ni podrán juzgar ni sentenciar conforme a equidad, ni bondad, sino que se andarán a ciegas, buscando paresceres de hombres en su facultad menos que tribiales i comunes.

Más ofresco veinte i dos años (contenidos debaxo del so-

(c) Ministerio de Cultura 2006

bredicho tiempo) en los quales mui de propósito he estudiado interpoladamente en materia de Estado i de Guerra con alguna esperiencia i grande obserbancia de su exercicio, i por esto me hallé en la jornada de Metz en Lorena i en todas las demás que después desta sobrebinieron en los Estados baxos hasta que se hizieron las pazes con Francia en el año de cinquenta i nuebe; i agora últimamente por espacio de tres años continuos me hallé personalmente en los más peligrosos trances de guerra de aquellos mismos Estados, de donde salí i vine a Italia con el exército de V. Mag.d, sin dexarle ni un solo día.

Más ofresco diez i ocho años continuos en los quales he peregrinado fuera de España de una sola vez (no contando algunas otras), sin boluer en el dicho tiempo a ella; digo peregrinado por Francia, Flandres, Inglaterra, Alemaña, Dinamarca, Austria i Italia, por sólo obserbar i entender (allende de mi estudio de letras) los humores de los hombres, su gobierno, leies i costumbres.

Más ofresco la obseruación, esperiencia i plática de diez i siete años i medio que resido en uuestra real Corte, de la qual no he hecho ninguna ausencia, sino es de los tres años que más arriba dixe, quando salí de Flandres con buestro exército.

Más ofresco lo que entiendo i sé por ventura más que medianamente cerca del humor, desseos i pretenciones de la dicha Corona de Aragón, en la qual no hai quien mal me quiera, i soi tenido en honesta opinión, i por tanto no pienso ser mal uisto en ella, ni mal accepto.

Más ofresco todos los dones de mi espíritu, que a mi parescer son medianos i al parescer de algunos son tenidos por abentajados; de los quales dones i de sus efectos pueden dar testimonio algunas obras mías,

(c) Ministerio de Cultura 2006

que de veinte i siete años a esta parte andan impressas en público. Tanbién pueden dar testimonio dellos mis liciones públicas de Filosofía natural i moral, i leies civiles, que con grande concurso i aplauso he leído en las más célebres i más famosas Universidades de Europa. Assimismo darán alguna manera de testimonio dellos mis abisos i discursos que en diversos tiempos i en varias coiunturas he presentado a V. Mag.d

Más ofresco todas las demás partes i qualidades de mi persona, de las quales no hago aquí particular mención, pues que V. Mag.d de muchos años antes de agora las tiene conoscidas, i aun probadas, i aun por causa dellas vuestra benéfica i prudente grandeza me hizo merced de honrarme con el assiento de gentilhombre de vuestra real Casa, i de dos pensiones de que gozo. En esta vacante plaça de Vicecanceller no tengo más que ofrescer ni que pedir.

Nuestro Sr. la real persona de V. Mag.d guarde con salud por mui largos años i le conserue y acresciente sus reinos i señoríos. De Madrid, i de octubre a 7 de 1581 años.

D. V. C. R. Mag.d Vasallo y hechura que vuestras reales manos besa.–*Fadrique Furió Ceriol.*» (Rubricado.)

(Archivo del Instituto de Valencia de Don Juan.–Envío 93.–Doc. 164.)

(2) Friderici Furii Caeriolani Valentini.–Bononia sive de libris sacris in vernaculam linguam convertendis libri duo.–Ex editione Basileensi, An. 1556 repetiti.–Lugduni Batavorum.–Apud S. et J. Luchtmans, MDCCCXIX.–Esta obra, sin duda en razón a las circunstancias de la época, fué prohibida por las autoridades eclesiásticas, y quizá las ideas en ella sustentadas (que, por cierto, cuando apareció la obra provocaran algún revuelo en Alemania, donde el Emperador hubo de proteger a Furió, enviándole luego a su hijo

(c) Ministerio de Cultura 2006

D. Felipe) son las que, proyectando sospechas sobre el escritor valenciano–sinceramente católico–, motivarían el proceso que después de muerto le siguió la Inquisición, y del que parece salió inocente.

Estos aspectos de las actividades y peripecias de nuestro autor son sumamente interesantes, y quizá algún día nos sintamos con ánimo para proseguir su rastro, algo confuso. Hoy son totalmente ajenos al propósito del presente ensayo. Baste, de momento, su indicación y la de algunos lugares donde, muy someramente, se trata de ellos, a saber: Nicolás Antonio en su *Hispania Nova,* tomo I, pág. 363, donde trae una interesante acatación de Jacobo Augusto Thuano *(Hist. sui temporis,* CIV). Veremos sucintamente esta nota en otra de las nuestras.

Adolfo de Castro, en el breve y deslavazado estudio que dedica a F. Ceriol en los Apuntes biográficos del tomo XXXVI de la Biblioteca de Autores Españoles, donde, bajo la rúbrica insignificante de *Curiosidades Bibliográficas,* se incluye la obra maestra de aquel, alude a sus tropiezos con motivo de su tratado contra Bonania, guiándose Castro, por las trazas, de las indicaciones de Nicolás Antonio. Según D. Adolfo Bonilla y San Martín en su obra *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento* (1903), *en el índice librarum expurgatorum del Arzobispo de Toledo e Inquisidor general, D. Gaspar de Quiroga–Madrid, 1584–, figura ya el libro de Vives, como figura en los índices posteriores, al lado de otros muchos, entre ellos... Furió Ceriol.*

(3) El párrafo acotado pertenece al capítulo II de esa verdadera joya de doctrina política, publicado por F. Ceriol bajo el sugestivo título de *El Concejo y Consejeros del Príncipe.* Esta obra, según su autor explica, es solamente el libro primero del tratado V de otra mucho

(c) Ministerio de Cultura 2006

más extensa que tenía proyectada sobre la *Institución del Príncipe*. Ateniéndonos a explícitas declaraciones de F. Ceriol podemos reconstituir con toda precisión y fidelidad el plan y la epigrafía de la obra primitiva. Creemos reflejarles exactamente en el cuadro sinóptico que va a continuación:

Institución del Príncipe.

- **Tratado I.**
  - Libro 1.°—Qué cosa es príncipe; cómo se inventó y por qué se inventó. Qué poder tenga, quién se lo dió y quién se lo pueda quitar.
  - Libro 2.°—Qué artes ha de aprender el príncipe, las cuales le sean necesarias en el gobierno.
  - Libro 3.°—Qué virtudes morales le sean más necesarias, y cómo ha de usar de ellas —que es esta una parte que pocos entienden, y es el quicio en que estriba el gobierno.
- **Tratado II.** Crianza del príncipe.—De sus maestros, ayos, criados, amigos, privados y de su casa.
  - Libro 1.°—Infancia del príncipe.
  - — 2.°
  - — 3.°
  - — 4.°
  - — 5.°
  - — 6.°
  - — 7.°

  (Edades sucesivas.)
- **Tratado III.**
  - Libro 1.°—De todo aquello en que un vasallo es obligado a su príncipe.
  - Libro 2.°—De todo cuanto el príncipe es obligado a sus vasallos.
- **Tratado IV.** Se le muestra al príncipe de reinar venciendo todas las dificultades.
  - Libro 1.°—Del principado poseído por herencia.
  - Libro 2.°—Idem íd. por elección.
  - — 3.°—Idem íd. por fuerza.
  - — 4.°—Idem íd. por maña.
- **Tratado V.** Del Concejo y consejeros del príncipe.
  - (Habría de tener ocho libros. El primero es el único que se imprimió y conocemos. Los otros siete serían uno por cada Concejo, a saber: Hacienda, paz, guerra, mantenimientos, leyes, castigo, mercedes.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

De este tratadito del Concejo y Consejeros del Príncipe existen tres ediciones: la primera, de Anvers, cuya portada reza: *El Concejo i Consejeros del Príncipe.– Obra de F. Furió Ceriol: que es el libro primero del quinto tratado de la institución del Príncipe.* [Luego, un grabado ovalado representando una cigüeña que da con el pico un pequeño reptil, a su cría, que está en el nido. La orla lleva esta inscripción: *Pietas Homini Tutissima Virtus.*] *En Anvers.–En casa de la Biuda de Martin Nucio, Año M.D.LIX.–Con privilegio real.–* La segunda es de Madrid. Resulta la más atrayente de todas, tanto por su aspecto material cuanto por las notas y documentos con que el editor la ha enriquecido. Va la obra del valenciano junta con la *Doctrina Político Civil Escrita en Aphorismos por el Doctor Eugenio Narbona.* La portada, en lo que nos importa, dice: *El Concejo y Consejeros Del Príncipe por Fadrique Furió Ceriol.–Con Licencia.–En Madrid, en la imprenta de Andrés de Sotos. Año M.DCC.LXXIX. Se hallará en su librería, calle de Bordadores, frente de San Ginés.* La tercera y, hasta ahora última, es la de la Biblioteca de Autores Españoles, donde se inserta en el tomo 36, a cargo de D. Adolfo de Castro, bajo la rúbrica común de *Curiosidades Bibliográficas,* ocupando las páginas 317 a 337, ambas inclusive. Madrid, Librería y casa editorial Hernando (S. A.). 1926.

Este admirable y ejemplar tratado, cuya incalificable postergación en a literatura política española no tiene explicación, o la tiene muy poco edificante, mereció en sus días una gran acogida entre eruditos de los más diversos países. En 1560–es decir, al año de haber aparecido la primera edición–la tradujo en italiano Alfonso de Ulloa (Venecia). En 1568, P. Scoto, en Colonia, la tradujo al latín. También hay una ver-

(c) Ministerio de Cultura 2006

sión latina de Simón Schardio; y otra en el mismo idioma del canónigo de Cracovia Cristóbal Varzevicio, 1595.

El portugués Bartolomeu Felippe, maestro de cánones y de vísperas—en las cuales por cierto no se quedó, pues según una nota del catálogo razonado de los autores portugueses que escribieron en castellano, publicado por Domingo García Pérez en 1890, llegó a la bíblica edad de ciento diez años—demuestra veneración por Furió, a quien cita y comenta, y de quien Cánovas le considera discípulo e imitador (véase los estudios de éste acerca de los Austrias en el tomo 126 de la *Revista España)*. La obra del portugués, que tiene desde el mismo título *Tratado del Consejo y Consejeros de los Príncipes* (Coimbra, 1584) una clara reminiscencia de nuestro escritor, es mucho más difusa y menos vigorosa —sobre ser menos original—que la de aquél. En una ocasión expresamos nuestra opinión acerca de lo que decía Cánovas sobre este punto, aventurando la sospecha de que si Bartolomeu seguía a Furió, sería como puede decirse que una tortuga sigue la órbita de un astro. Purificándole de su oratoria hipérbole, no tendríamos inconveniente en mantener el pensamiento.

(4) *El Concejo,* capítulo II.

(5) Idem íd.

(6) Queremos unificar la Nación en el Estado soberano, que es por encima de todos y puede ser *contra* todos... Mussolini, en el Consejo Nacional del Partido Fascista, 8 de agosto de 1933.—*Le Fascisme,* pág. 76.—Denoël et Steele.—París, 1933.

(7) *But as St. Francis did not love humanity but men, so he did not love Christianity but Christ.* G. K. Chesterton. St. Francis of Assisi. (Hodder and Stoughton, Ltd.—London-Toronto, p. 14).

(c) Ministerio de Cultura 2006

(8) J. A. Thuano, en *Hist. sui temporis*, hablando de los peligros que corrió Furió al publicar su Bononía, dice que el Emperador le protegió vista su erudición, caridad y *candor de ánimo: Verum rara hominis eruditione & singulari animi candore atque charitate perspecta, Carolus Caesar, optimus ingeniorum censor* (admirable y gloriosísimo elogio, si fuera merecido) & *periculo exemit & ex Germania ad Phillippum filium misit.* También habla del *pectoris candori* el canónigo Cristóbal Varzevicio, que tradujo en latín el *Concejo y Consejeros*, publicándolo con su De Legato et Legatione.

(9) El Concejo y Consejeros: Dedicatoria *Al Gran Católico de España D. Felipe el Segundo.*

(10) No deberá considerarse inapropiada esta metáfora arquitectónica aplicándola a quien tan bellamente dice: *... chi non fà é fondamenti prima, li potrebbe con una gran virtù farli poi, ancora che si faccino con disagio dello architettore e periculo dello edifizio.*—*Il Príncipe di Niccolo Machiavelli con commento storico, filológico e stilistico*, a cura di Giuseppe Lisio.—*Nuova Tiratura.*—Firenze (fecha del prólogo, 1899).

(11) *El Príncipe.*—Las citas de esta prodigiosa y desalentadora obra de ingenio las tomamos de la edición citada en la nota anterior. También hemos tenido a la vista la de las *Opere di Niccolo Machiavelli, cittadino e secretario fiorentino*, vol. IV, Firenze, 1810. Y la traducción española de Navarro: Maquiavelo. — Obras completas, II.—*El Príncipe.*

(12) *Il Principe*, cap. II, ed. G. Lisio, pág. 27.

(13) *Ibíd*, ed. cit., pág. 29.

(14) La acotación pertenece a uno de los trabajos más característicos e importantes de Furió Ceriol. Con el título que se copia en el texto se conserva en una copia ma-

(c) Ministerio de Cultura 2006

nuscrita de la Nacional. Signatura 18.024. Fols. 163 y siguientes. Estos avisos o remedios requieren estudio aparte.

(15) Doc. cit. en la nota anterior.

(16) *Il Principe*, cap. XVIII, ed. cit., de G. Lisio, pág. 98.

(17) Furió Ceriol dejó también impresa una voluminosa y prolija obra de retórica que acredita su vasta erudición y su buena cepa renacentista (a lo menos por la calidad y diversidad de atracciones intelectuales que le seducían), a saber: FRIDERICI FURII CAERIOLANI VALENTINI. *Institutionum Rethoricarum libri tres. A. D. Georgium ab Austria-Lovanii. Anno. 1554.* Tiene una dedicatoria y un prólogo llenos de interés.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

Hombre al agua

(c) Ministerio de Cultura 2006

1

Hacia 1635.

2

Del XVIII *al* XIX.

3

Ya en el siglo XIX.

(c) Ministerio de Cultura 2006

1

HACIA 1635

DEL primero se sabe poco. Yo, sin embargo, me lo imagino. Era así, así. No era alto, aunque venía de altas tierras: tierra de Vasconia, donde no hace mucho estaba todavía el caserón en pie. Severo el semblante y las manos curtidas como cuero al salir de las tenerías. Sonreía poco, pero tenían volumen sus sonrisas. Caían y sonaban. Eso cuando caían sobre las sierras tan pedregosas de los alrededores. En cambio, cuando caían sobre las frías tierras húmedas no sonaban: se introducían, se introducían tierra adentro y luego aparecían en forma de hojas, con el envés de plata, de los álamos, o en forma de largas, esbeltas hojas de los trigos, que por allí pasan tanto frío antes de la presencia de abril. La tierra misma es dura; así ha hecho la piel; así los apellidos parecen hechos para ella: Azpillaga

(c) Ministerio de Cultura 2006

y Girón. Se venían bien, a medida, tierra y él. Salía él de ella, era uno más con ella, no como los amantes, porque excluían ternura para las afueras. Afuera troncos, y sólo rara vez, cuando tal primavera solicita, unas hojillas que predicaban el enternecimiento interior. Digo que esto sucedía raras veces: piedra y piedra, hay allí poco lugar para sementeras. Sólo que las montañas sin sembrados tienen también su son: canciones de cencerros, cañadas donde adelfares, blancas huestes de balidos. A un paso, en la vega, son las tierras sanas y coloradas, olivares por las lomas, que nadie ha llamado allí colinas. Pero de este lado hay que ahorrar calor; llevarlo a la cocina, dejarlo allí encerrado entre las cuatro paredes de ocre ennegrecido. Es lo que se necesita. Él lo sabe bien: lo sabe y lo practica, adora su piedra y su tierra. De lejos le llegan remolinos de gloria. Se le escapan deseos que son banderas al aire de su alma. Distintas armas y una misma, heroica mano. Salen los arados cada año, combaten duramente, destrozan el semblante a la tierra, le tornan joven el pecho. Salen anuales las hoces de sus vainas y abaten a los vivos tallos, y hacen del alegre mar anterior un campo de batalla. Se le escapan los ojos tras las montañas. Si al Norte la vega, al Sur el mar: a un paso ambos. En la costa, un pa-

(c) Ministerio de Cultura 2006

riente suyo dice que ha servido al Rey en Nápoles, que ha levantado una compañía a su cargo. Escribe memoriales a Su Majestad, cantando y contando heroicidades. Su Majestad no puede oír. La voz, que ha de atravesar llanuras y montañas, se cansa pronto del viaje y se queda en el primer valle que le ofrece asilo. Quiere entonces hablar con una voz eterna; abandona el memorial y se acoge a la estrofa. Mano para espada y pluma como tantas. Empieza su Orfeo, Orfeo de espada, pica y arcabuz, cuyos tiros son de *una masa dulce, suave, correosa y tierna*. Se entretiene de este modo y se le pasa la vida y la muerte sin que Su Majestad lo tome en consideración. En cambio, al otro no, porque tiene sus ojos para la tierra. Los tiende por ella: van las cañadas abriéndoles los pechos a los montes, van los arroyos llevándose precipitadamente su sangre. Se adentra la tierra en el aire, en forma de alcornoques, de encinas, de acebuches. En pocos lugares hay aquí lugar para la primavera. Ella se extenderá más allá, por donde sea. En las playas tal vez—piensa él—, sin saber que las playas tampoco la conocen. Sentado en su sillón frente a su mesa y frente a su ventana, caen ahora sus ojos sobre el papel sin mancha. Y escribe, levantando al cielo la A inicial: *Apuntamiento que el re-*

ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

tiro de Villanueva del Castillo y escarmiento del mundo ha dado a D. Pedro de Arrese Azpillaga y Girón, por el que él y los suyos se han de gobernar. Divide la materia en lo que flota y queda y en lo que sólo queda. De lo que toca a lo terreno será la primera parte: de lo que no se sale mucho de aquella tierra: balidos, cencerros, algunos olivos amedrentados, relinchos de las piaras de yeguas, asustado aquí y allá el aire por alguna boca de lobo. La otra parte se refiere a lo que toca a lo espiritual y político. Las cosas del Estado, con mayúscula o minúscula, no son cosas de este mundo. La política no es un arte de todos los días, sino un arte de eternidades. Que ningún Príncipe ni Señor se llame a engaño. Que se detengan, que se detengan antes de seguir adelante. Lo terreno comprende múltiples y pequeñas cosas: siembra y cosecha, cuna y sepultura, graneros y trojes, eras y molinos. Lo temporal es prolijo y nimio, como son muchos los granos de cada espiga, muchas las aceitunas de cada olivo. Lo político y espiritual es más breve. Se le dedican unas pocas páginas y muchos trabajos, muchas gotas de la propia sangre. Que cuando sus hijos estén delante de él, estén descubiertos y temblando. Que nunca duerman desde que los desteten con mujeres, ni siquiera con su madre, no se críen afemina-

(c) Ministerio de Cultura 2006

dos y apegados al regalo. Que cuando sean de edad se vayan por ahí a probar con su propia lengua amargura y sal del mundo. A saber lo que va de ventura a desventura y aventura. Que pierdan sus ojos de vista lo que siempre vieron, y los traigan a lo que luego han de perder. Pero entretanto, es en el campo, y no en la ciudad, donde han de vivir. Que echen raíces en el campo. Donde está vuestro tesoro está vuestro corazón. Corazón y tesoro han de estar en aquella tierra. ¡Cuidado! Que si se van, han de volver, y si vuelven es allí donde han de vivir. En cuanto a las hijas que el Señor fuere servido darle, el cuento es otro. Ni latines, ni bachillerías. Que escriban sobre las telas de los bastidores. Ningún palomar mejor que un convento para en él abrir los ojos a la luz de la razón. Son graves todas estas cosas y pesan sobre la tierra fría. Ni una sombra de cortesanía en el semblante, ni una mancha en las paredes blanquedas y desnudas. Tiene la casa unas habitaciones enormes donde andar es perderse. Algo balbucean todavía tres torreones con sus almenas desdentadas. Comenzaban por aquellos días los españoles a bajar los escalones de su gloria y el Conde Duque remontaba los de su engrandecimiento.

(c) Ministerio de Cultura 2006

2

DEL XVIII AL XIX

Amor no tuvo a los comienzos. Lo buscó en Cartagena de Indias y en Valparaíso, en Veracruz y en Cádiz, en todas las tierras de ambos hemisferios, donde sucesivamente reinaron Carlos III y Carlos IV. Pero el amor juega siempre al escondite con los marinos. Prefiere dejarlos a los riesgos del mar en vez de ofrecerle los propios. Los desampara. Con su nombre y sus esperanzas se defendía, sin embargo, D. Josef de Rojas. Dulces oficios y beneficios tenían sus padres: tocaba él el violín, en tanto que ella rezaba el rosario. Libros de devoción en los estantes de ella y cuadernos musicales en los de él. Métodos para aprender el violín por D. Josef Herrando, y métodos para atajar camino del cielo. Cada uno iba a Roma por donde iba. No se llevaban mal cuentas y cuerdas, notas y avemarías. Peor casaban los largos mantones negros y pañuelos a la cabeza de ella, con las medias blancas, la casaca de dorados, el sombrero emplumado y la empolvada peluca. Alonso él y María ella se llamaban. Veintiún hijos les dió el Señor; algunos se los tornaron a través del

(c) Ministerio de Cultura 2006

claustro y a través del altar. Los más se los dieron al Rey. El hijo marino en busca del amor era Josef. Josef de Rojas, sin blanca y con honor. Algo habían mejorado aquellos años los vientos que soplaban las velas españolas: un corto soplo de ventura las hinchó de orgullo y esperanza. Un corto soplo que un cabo helaría. Entretanto era entretanto. Ocupados iban y venían los navíos, atando puertos coloniales a puertos ultramarinos, mientras Inglaterra cosía las velas rotas por los cañonazos de la última guerra. Llegaban a los oídos palabras que eran truenos lejanos para que nadie se preocupara por ellos. No quebraban el transcurrir de ninguna tertulia ni rosario, no perturbaban el tranquilo camino que de la jícara a la boca hacía ninguna sopa. No pasaba por las mientes de D. Josef que pocos años después tendría que hacer una lista, en la que al lado de los nombres católicos de los navíos de Su Majestad, figurarían otros regidos por un destino bien distinto: sinrazones y azares de los que nadie puede responder. El *Trinidad* iría al lado del *Republique* y el *San Juan Nepomuceno* al lado del *Convention*. Imposible que Dios y el diablo se pusieran de acuerdo para hacer dulces las mismas olas. Imposible, y así resultó de ruinoso el negocio. Sin embargo, nada de esto se vislumbraba cuando D. Josef salió primero a na-

(c) Ministerio de Cultura 2006

vegar. Virreyes y funcionarios llevaban los barcos a América; oro y coloniales traían. Trazaba D. Josef sin zozobra sus itinerarios: *Ruta que han de seguir los navíos de Cádiz a Cartagena de Indias*. Aún podía contemplar tranquilo en su camarote su caja de viaje forrada de cuero con sus iniciales claveteadas. Dentro de ella los tres tarros de china azul, su media docena de cubiertos de plata y su molinillo de hacer chocolate. Aún podía levantar sueños de vega y montaña según el humor del mar. Y en uno de estos viajes, de vuelta de las Américas, sucedió su ceguera. Mal salió el *San Pedro Alcántara* cuando salió del Perú y peor se hizo a la vela desde el Brasil a Cádiz. Así nadie se admiró que diera con sus maderas en las costas de Portugal. En un mal crujido se convirtieron la orgullosa quilla y las hinchadas velas. Algo menos secamente debieron sonar los cañones inútiles contra la playa. A D. Josef de Rojas, segundo del *San Pedro Alcántara,* lo encerraron en Santa Catalina. Allí se moría de hambre, de humedad y de aburrimiento. Hubo de empeñar su espadín con puño de plata, las hebillas de plata de sus zapatos. Le quedaba su persona, pero también ella amenazaba pudrirse como no se acudiera pronto. Al fin no se le encontró culpa y salió con el honor sin mancha y el cuerpo amenazando ruina. Navega

(c) Ministerio de Cultura 2006

ahora en el *San José el Africa*, de 74 cañones. No estaba lejos el cabo de San Vicente. Nos cuenta por qué perdimos allí. Se le nota por primera vez el cansancio de luchar contra lo sin remedio. ¿Qué culpa tenían ellos de que nuestros barcos nunca pusieran el viento a sus órdenes, en tanto que los de los ingleses nunca dejaran de tenerlo? No cabía hacer más que lo que se hizo: entregar el pecho, bajar la cabeza y propósito de la enmienda. Los ingleses no tenían ni frente ni retaguardia; estaban donde ellos querían, no donde el viento quería. Pero aún quedaba la página definitiva y peor. Se entretenían allá arriba en imaginar cómo se acabaría la cosa rápidamente, de un plumazo. Se fueron preparando personas y acontecimientos. Se eligieron tiempo y lugar, nombres y hombres. Él llevaba, como siempre, un cuadernillo para escribir su diario. Malas, malas nubes sobre el horizonte, aunque amaneciera claro y con alguna celajería. Por otro cielo andaban las celajerías y eran más espesas. Todavía el día 19 escribía descuidado; permanecía el horizonte sin que ninguna vela lo hiriera. Al anochecer del 20 parte de la escuadra enemiga estaba a la vista. El 21, en amaneciendo, toda completa. A pesar de ello comenzó su diario como si tal cosa. Un poco, bien a su pesar, le tembló la

(c) Ministerio de Cultura 2006

mano, y la letra fué más basta y menos segura. No es de extrañar que el pulso se diera cuenta. *A las*... Nunca escribió lo que sucedió a *a las*...; pero todos lo sabemos: se vinieron abajo el trabajo de un siglo y las ilusiones de D. Josef.

Se retiró. Aún le quedaba algo que hacer: casarse. Casarse, aunque no pudiera buscar más que a tientas a su mujer y no le fuera dado conocer más que su piel, ni conocer a su hijo, porque se había quedado ciego. A tientas y algo temblón porque empezaba a doblar los setenta, otro cabo, donde vió muchas tormentas amainar. Ella era pequeña, se llamaba Beatriz, y entre sus vestidos, uno blanco con franjas verdes por los filos, aún anda en los cajones de la cómoda.

3

YA EN EL SIGLO XIX

Cien mil pechos había listos para dar su sangre por la Libertad. Cien mil pechos y ninguna cabeza, y esto era lo peor. O con la Libertad, o contra la Libertad. El que no estaba con ella estaba contra ella. Se contraían los puños con rabia, se encasque-

(c) Ministerio de Cultura 2006

taban los dientes con ira. Puños cuya debilidad era manifiesta, dientes que pasaban más hambre que otra cosa. Hablando de la Libertad y de las vejaciones a que la sometían sus enemigos temblaban las pálidas cabezas furiosas, y tal cual furtiva lágrima de lava iba derritiendo las mejillas de cera. ¿No lo merecía ella todo? ¿Pero existía efectivamente? No se lo preguntéis a ninguno de los cien mil jóvenes que en Europa se acostaban soñando en ella. Muchos pistoletazos en las sienes, cadáveres por los campos y caminos, vidas quemadas, nos hablan de su existencia. No fué un mito; la Libertad existió, no como facultad o potencia, sino como cuerpo y alma de mujer con alma y cuerpo, desamparada y medio hambrienta, bellísima con todo, hija de padres ilustres y amada de ilustres enamorados, condenada por ironía a una mísera existencia de arroyo y duelo. O con o contra la Libertad. Tío Ramiro piensa y repiensa. Fijándose en su frente se pueden ver circular los pensamientos como peces tras el cristal. Es oficial del Ejército, tiene poco más de veinte años y unos ojos que hay que andar para encontrarlos. Tras la piel de las manos anda una sangre nacida en los doce nobles linajes de Soria, que, sin embargo, no consigue ahuyentar la palidez de las mejillas. Dos finas ilusiones son las guías de su

(c) Ministerio de Cultura 2006

bigote y por la pechera corren cuatro pliegues sin duda. En el anular de la mano izquierda lleva una sortija con un zafiro. Gran batalla se riñe dentro de su frente. O con la Libertad, o contra la Libertad. El es un oficial de la Reina y mil veces ha ofrecido su pecho a las balas de los carlistas, sin que nunca lo hayan aceptado. Es un pecho fino y está lleno de finas cosas. El es un oficial de la Reina y sigue las insinuaciones de la Libertad, porque la Libertad sonríe y piensa que está desengañado de otras sonrisas. Pero también la sangre tiene voz y se hace entender. Sonríe sin alegría mientras lo pinta un pintor sin nombre, y mientras todo el mundo aguarda que los carlistas entren en Bilbao. Sonríe mientras se complace en escribir sus ocho nobles apellidos tras el retrato. Grandes voces le dan ellos también. Hablan alto y sin miedo. Tiembla tío Ramiro como una rama caída entre dos corrientes de un río. Usa su letra de primor para contarnos y dibujarnos una historia de historias de guerras de moros, caballeros que prestaban el propio caballo al Rey cuando el Rey había perdido el suyo, caballeros que yacían moribundos al pie de las Alpujarras altas. Guerras de moros y amores. Intacto está a la vista el pecho de tío Ramiro y deshecho en sus adentros. Se lo disputan el siglo y los siglos y ninguno gana la pelea.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

Quien pierde es tío Ramiro. Le queda para siempre la sed de la batalla y el siglo carece de aguas. Ni cauce tiene. Se impone huir. ¿Para qué, sino para huir, tiene alas el vapor? Un traqueteado viajero es tío Ramiro cuando llega a Dijon. En Dijon se pinta Beatriz de Vibraye a sí misma, una francesa por los cuarenta, con el pelo partido en dos a la mitad de la cabeza, recogido en crenchas a la altura de las orejas. El traje es de un color desvaídamente blanco y los ojos no tienen color. Son unos ojos que huyen y arrastran. Así los pinta ella, pero así son ellos. Acaba el cuadro y firma: La Condesa de Suzenet. El conde tiene unas barbas feroces y un dulce francés. Su hija Margarita tiene siete años y un vestidillo azul claro con rayas de azul más oscuro, largo hasta casi los tobillos y ceñido rigurosamente a la cintura. Tío Ramiro entre ellos es un desterrado. No un desterrado, como creen, de España, sino del reino de la Libertad. Es un prisionero. Tal vez alguien pudiera salvarlo. Tal vez alguien; tío Ramiro sabe quién. Divide ancha raya su cabeza en dos partidos de cabello, sube su cuello casi hasta sus orejas, alcanza la gran corbata de lazo la altura de la solapa. Resplandece su levita. Anda siempre por cosas lejanas. Ninguna bala quiso aceptar su pecho, y ahora se quema in-

(c) Ministerio de Cultura 2006

útilmente, ve subir inútilmente al cielo el humo de los sueños salido de sus ojos. El vapor, a pesar de sus alas, no acerca un paso. Siempre lleva a lugares. ¡Tal vez sin el hombre de las grandes barbas y el dulce francés!... Breves son los pasos de tío Ramiro por el jardín y largos los de su imaginación. Tal vez el sueño por la Libertad no fuera más que un modo de evadirse. Lo que él necesita es salir, irse, no llegar a sitios, estar siempre partiendo. Su vida podría no pasar de Dijon. Desgraciadamente su vida pasa. Por los recodos van quedando polvaredas. En un rincón, tío Ramiro las va anotando. *Viaje a Olanda*. (Escribía Holanda sin hache y siempre dijo la Europa.) Hizo parte del viaje en vapor por el Rhin y parte por camino de hierro. (Tampoco creo que nunca dijera ferrocarril.) Desde su rincón todo son polvaredas por los caminos. Va incansable y viene, pero sus idas van perdiendo el fuego y el torbellino. Comienza a sonreírse de sí mismo. No pierde elegancia; sólo que endereza por pequeñas veredas su entusiasmo. Por ejemplo, hace un viaje a Madrid y de él da cuenta en la carta siguiente: *He pasado unos días en la coronada Villa, que con su calor de 36 grados* (ni un día dejó de saber la temperatura, que para algo el siglo lo había provisto de termómetros), *la vida de la Corte me es*

(c) Ministerio de Cultura 2006

muy agradable; como siempre, he estado de combite en combite y de fiesta en fiesta. La exposición filipina se inauguró el 30 del pasado; tuve tarjeta de combite y otra para visitarla al día siguiente por no ser aún de pago. A las seis llegaron la Reina y las Infantas con toda la corte. Allí esperaban los ministros y toda la elegante aristocracia, personajes, embajadas y demás. El aspecto y golpe de vista que presentaba es indescriptible. Hay grandes y caprichosos lagos cuyas aguas surcan bonitas piraguas y caprichosos barcos. He visto una enorme serpiente boa, durmiendo y despierta. Tiene ocho metros y devora un cerdo para comer. Cuando yo la vi tenía en la instalación conejos vivos para engullirlos. Un paso más y tío Ramiro nos hará su confesión. *En lo alto de un elevado pino han construído los indios una vivienda de cañas, palmera y vejuco. No he subido a verla por lo alto y empinado de la escalera.* No cabe mayor, más trágica y sencilla sinceridad. Bien hicieron las balas en no aceptar un pecho que se nos había de revelar tan puramente.

JOSÉ A. MUÑOZ ROJAS

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

WILLIAM BLAKE

(c) Ministerio de Cultura 2006

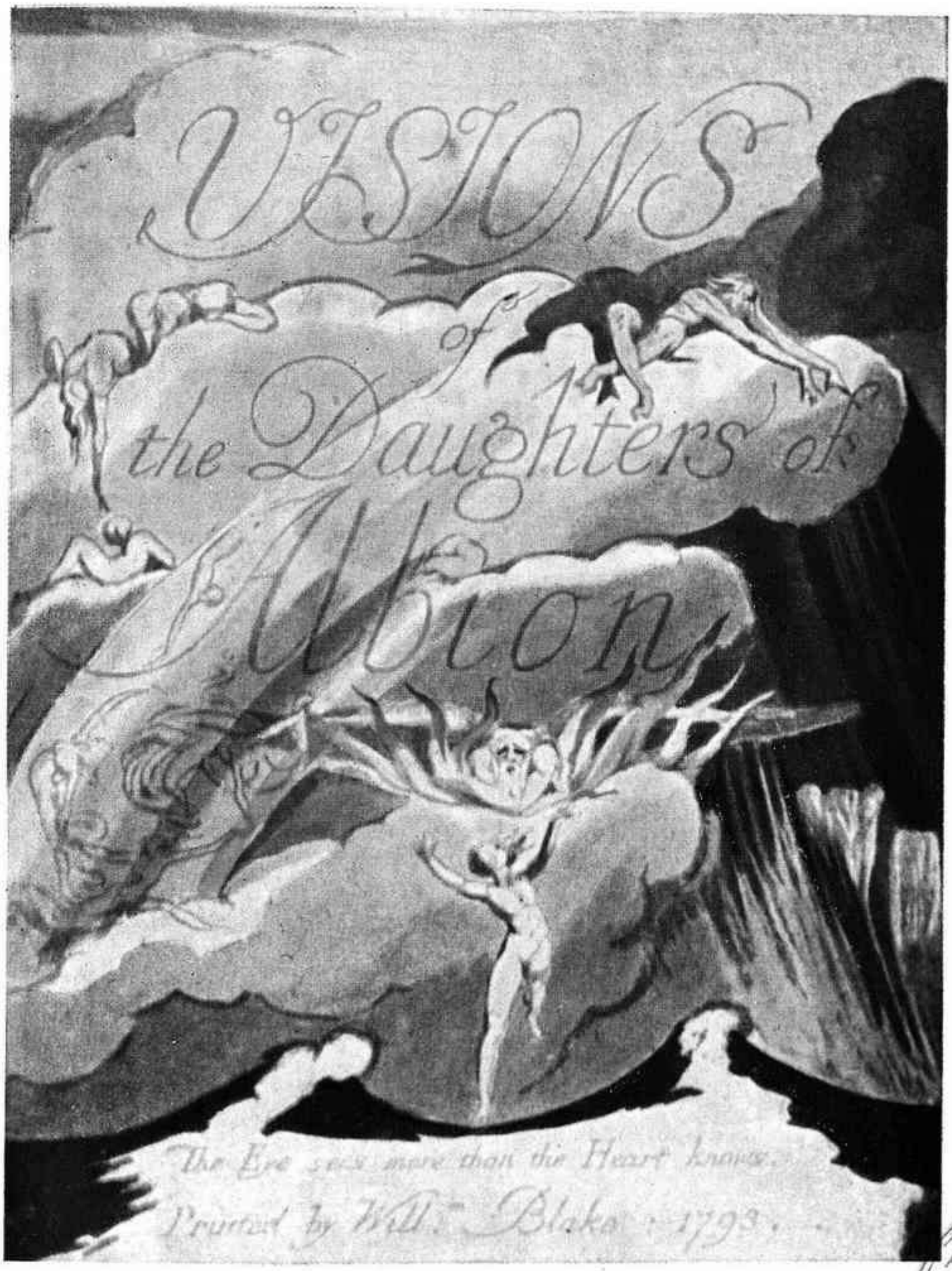
En aquella edad, que fué la suya, racionalista y eminentemente protestante, Blake se vió, con frecuencia, vituperado por su inclinación hacia el Catolicismo; pero se habría sorprendido al oír que había de alcanzarlo. Y lo hubiera alcanzado de vivir mil—quizá cien—años. Se hallaba al lado de la Cristiandad histórica en la cuestión fundamental que afronta el Occidente: la idea de que la personalidad es la gloria del Universo y no su ignominia, que la creación está más alta que la evolución porque es más personal, que el perdón está por encima de Némesis porque es más personal asimismo, que la remisión de los pecados es esencial a la comunión de los Santos y la resurrección de la carne a la vida eterna.

. . . . . .

Como un titán, Blake, emerge, con su talla colosal y su voz atronadora. Por entre las tinieblas y el caos de su obcecado simbolismo y sus perversas teorías, por entre la tormenta de delirio y la noche cerrada de su locura, reitera, con precisión apasionada, que solo puede ser adorable aquello que es digno de ser amado, que la divinidad está en una persona o en una brisa, que tanto más conozcamos las cosas altas, más habremos de hallarlas palpables y encarnadas, y que la forma entera de los cielos es toda semejanza de la apariencia de un hombre.

C. K. CHESTERTON

(c) Ministerio de Cultura 2006



ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

(c) Ministerio de Cultura 2006

VISIONES DE LAS HIJAS DE ALBION

(VISIONS OF THE DAUGHTERS OF ALBION)

El ojo ve más de lo que el corazón conoce.

ARGUMENTO

Amaba a Theotormón
y no tuve vergüenza;
temblé en temores virginales
y me oculté en el valle de Leutha.

Cogí la flor de Leutha
y me levanté del valle,
pero los terribles truenos rompieron
en dos mi manto virginal.

VISIONES

EN la esclavitud, las hijas de Albión lloran; un lamento tembloroso
sobre sus montañas, en sus valles, suspira hacia América.

Porque la dulce alma de América, Oothoon, erraba en aflicción

(c) Ministerio de Cultura 2006

por los valles de Leutha, buscando flores que la
consolasen,
y de este modo habló a la brillante maravilla del
valle de Leutha:

«¿Eres una flor? ¿Eres una ninfa? Te veo ahora como
una flor,
luego como una ninfa. No me atrevo a cogerte de
tu lecho de rocío.»

La ninfa dorada respondió: «Coge mi flor, oh suave
Oothoon,
otra flor nacerá, porque el alma del dulce deleite
no puede morir nunca.» Se detuvo, y cerró su urna
de oro.

Entonces Oothoon cogió la flor, diciendo: «Te cojo
de tu lecho
oh dulce flor, y te coloco entre mis senos, encendida,
y así vuelvo los ojos hacia lo que toda mi alma
busca.»

Cruzó sobre las olas en alada, triunfante y rápida
delicia,
y su impetuoso viaje la llevó sobre el reino de Theo-
tormón.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Bromión la destrozó con sus truenos; sobre su lecho
de tempestad
yace la desmayada doncella, y pronto sus dolores
aterraron los roncos truenos de él.

Bromión habló: «¡Ved esta prostituta, aquí, en el
lecho de Bromión,
y que los celosos delfines vengan a jugar junto a la
dulce doncella!
Tus suaves llanuras americanas son mías, y míos tu
Norte y tu Sur;
marcados con mi sello están los morenos hijos del
sol;
son obedientes, no se rebelan, obedecen al látigo;
sus hijas adoran los terrores y obedecen al violento.
Ahora puedes desposar a la prostituta de Bromión,
y proteger al hijo
de la rabia de Bromión, que Oothoon parirá dentro
de nueve lunas.»

Entonces las tormentas destrozaron los miembros
de Theotormón; él hizo rodar sus olas,
y envolvió con sus celosas aguas negras la adúltera
pareja.
En los sótanos de Bromión están atados el terror y
la dulzura.

(c) Ministerio de Cultura 2006

A la entrada Theotormón está sentado, gastando el
duro umbral
con lágrimas secretas; bajo él se oyen, como olas
en una costa desierta,
la voz de esclavos bajo el sol y niños comprados
con dinero,
que se estremecen en cavernas religiosas bajo los
fuegos ardientes
de la lujuria, vomitando incesante desde las alturas
del mundo.

Oothoon no llora; no puede llorar; sus lágrimas
están aprisionadas;
pero puede dar incesantes aullidos, debatiendo sus
suaves miembros de nieve,
y llamar a las águilas de Theotormón para que
hagan presa de su carne:
«Con sagrada voz llamo: reyes del aire resonante,
desgarrad este pecho manchado para que así yo
pueda reflejar
la imagen de Theotormón en mis puros senos trans-
parentes.»

A su llamada las águilas descienden y destrozan su
presa ensangrentada.
Severamente Theotormón sonríe, su alma refleja
esta sonrisa,

(c) Ministerio de Cultura 2006

como la fuente clara que las pezuñas de las bestias
han enturbiado, se hace pura y sonríe.

Las Hijas de Albión oyen su desventura y devuelven sus suspiros como un eco.

«¿Por qué mi Theotormón se queda llorando, sentado en el umbral?
Y Oothoon ronda a su lado, persuadiéndole en vano.
Exclamo: levántate, ¡oh Theotormón!, porque el
perro de la aldea
ladra al día que despunta; el ruiseñor ha terminado
de lamentarse,
la alondra cruza rozando los trigos maduros, y el
águila regresa
de su cacería nocturna y levanta el pico dorado
hacia el oriente puro,
sacudiendo el polvo de sus alas inmortales para
despertar al sol
que duerme demasiado. Despierta, Theotormón:
soy pura
porque la noche que me encerraba en su negror
mortal ha huído.
Me han dicho que la noche y el día era todo lo que
podía ver;
me han dicho que tenía cinco sentidos para que me
aprisionaran;

(c) Ministerio de Cultura 2006

y encerraron mi cerebro infinito en un círculo estrecho,
y hundieron mi corazón en el abismo, rojo y redondo globo ardiendo,
hasta que por completo he quedado destruída y borrada de la vida.
En vez de la mañana, una sombra brillante se levanta, como un ojo
en la nube de oriente; en vez de la noche, un nauseabundo osario,
para que Theotormón no me oiga. Para él, mañana y noche
son iguales; una noche de suspiros, una mañana de lágrimas frescas,
y nadie sino Bromión puede oír mis lamentaciones.»

«¿Con qué sentido evita el polluelo al halcón hambriento?
¿Con qué sentido mide el espacio la paloma doméstica?
¿Con qué sentido forma sus alvéolos la abeja? ¿No tienen el ratón y la rana
ojos, oídos y tacto? Sin embargo, sus viviendas
y sus ocupaciones son tan diferentes como sus formas y sus alegrías.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Preguntad al asno salvaje por qué rechaza la carga,
y al suave camello
por qué ama al hombre. ¿Es a causa del ojo, del
oído, de la boca o la piel,
de la respiración de sus narices? No, porque el tigre
y el lobo poseen estas cosas.
Preguntad al gusano ciego los secretos de la tumba,
y por qué sus espirales
desean enrollarse en torno de los huesos de los
muertos; y preguntad a la serpiente hambrienta
dónde obtiene el veneno, y al águila voladora por
qué causa ama al sol,
y entonces decidme los pensamientos del hombre,
desde remotos tiempos escondidos.»

«En silencio rondo la noche entera, y en silencio
estaría el día entero
si Theotormón me mirase, por una sola vez, con
sus ojos amados.
¿Cómo puedo ser mancillada cuando reflejo tu ima-
gen de pureza?
Es más dulce la fruta que alimenta al gusano y el
alma devastada por la desgracia,
lo mismo que el cordero recién lavado, mancha-
do por el humo de la aldea, y el cisne reful-
gente

(c) Ministerio de Cultura 2006

junto a la tierra roja de nuestro inmortal río. Baño
mis alas
y blanca y pura soy para revolotear alrededor del
pecho de Theotormón.»

Entonces Theotormón rompió su silencio, y con-
testó:

«Decidme, ¿qué es el día o la noche para aquel que
está sumido en la congoja?
Decidme, ¿qué es un pensamiento y de qué subs-
tancia está hecho?
Decidme, ¿qué es una alegría y en qué jardines
crecen las alegrías?
¿Y en qué ríos nadan las tristezas? ¿Y sobre qué
montañas
ondulan las sombras del descontento? ¿Y en qué
casa habitan los desgraciados,
ebrios de duelo, olvidados y encerrados lejos de la
fría desesperación?
Decidme, ¿dónde viven los pensamientos olvidados,
hasta que de nuevo se les llama?
Decidme, ¿dónde viven las viejas alegrías y los viejos
amores?
¿Y cuándo van a revivir, una vez pasada la noche
del olvido,

(c) Ministerio de Cultura 2006

para que yo pueda atravesar el tiempo y los remotos espacios, y traer
consuelos a la presente tristeza y a la noche del dolor?
¿Dónde vas, pensamiento? ¿A qué remota tierra vuelas?
Si vuelves al presente momento de aflicción,
¿quieres traer consuelos en tus alas, rocío, miel y bálsamo,
o veneno de los salvajes desiertos, de los ojos del que envidia?»

Entonces Bromión habló, y estremeció la caverna con sus lamentaciones:

«Tú sabes que los antiguos árboles que tus ojos han visto tienen frutos;
pero ¿sabes tú que los árboles y los frutos florecen sobre la tierra
para satisfacer sentidos desconocidos? Arboles y bestias y pájaros desconocidos,
desconocidos, pero no invisibles, se esparcen en el microscopio infinito,
en lugares que el viajero aún no ha visitado, y en mundos
sobre otra clase de mares, en desconocidas atmósferas.

(c) Ministerio de Cultura 2006

¡Ah!, ¿hay otras guerras además de las guerras de la
espada y el fuego?
¿Y hay otras tristezas además de las tristezas de la
miseria?
¿Y hay otras alegrías además de las alegrías de la
riqueza y la comodidad?
¿Y hay una ley única para el león y para el buey?
¿Y no hay eterno fuego y eternas cadenas para
amarrar
los fantasmas de la existencia lejos de la eterna vida?»

Entonces Oothoon esperó en silencio todo el día y
toda la noche;
pero cuando la mañana llegó, continuó sus lamen-
taciones.

Las hijas de Albión oyen su desventura, y devuel-
ven sus suspiros como un eco.

«¡Oh Urizen, creador de los hombres, equivocado
demonio del cielo!
Tus alegrías son lágrimas, tu empeño en formar
hombres a tu imagen ha sido vano.
¿Cómo puede una alegría absorber a otra? ¿No son
las alegrías diferentes,
sagradas, eternas, infinitas, y no es un amor cada
alegría?»

(c) Ministerio de Cultura 2006

«¿No ríe la gran boca ante un regalo, y los párpados
estrechos no se burlan
del trabajo que nada puede pagar?; ¿y tomarías al
mono
por consejero tuyo, o al perro como maestro de tus
hijos?
¿Aquel que desdeña la pobreza y aquel que rechaza
con horror
la usura, sienten la misma pasión, o se conmueven
de la misma manera?
¿Cómo aquel que regala puede sentir las alegrías del
mercader?
¿Cómo el trabajador de la ciudad puede sentir los
dolores del labrador?
¡Cuán diferente el gordo y bien alimentado merce-
nario, con un tambor hueco,
que compra campos enteros de trigo para arruinar-
los y canta luego sobre las malezas!
¡Qué diferente su ojo y su oído! ¡Qué diferente el
mundo para ellos!
¿Con qué sentido el sacerdote reclama para sí el tra-
bajo del granjero?
¿Cuáles son sus redes, sus artimañas y sus trampas?
¿Y cómo le rodea
con heladas olas de abstracción, y con selvas de so-
ledad,

(c) Ministerio de Cultura 2006

para construirse castillos y altos campanarios, donde
los reyes y los sacerdotes pueden vivir,
hasta que aquella que arde de juventud, y cuyo destino es incierto, es atada
por los hechizos de la ley a aquel a quien detesta?
¿Y debe ella arrastrar
la cadena de la vida en abrumada lascivia?
¿Es necesario que pensamientos helados y asesinos obscurezcan
el claro cielo de su eterna primavera, para que así soporte la cólera invernal
de un áspero terror, empujada a la locura, obligada a sostener un yugo
todo el día sobre sus hombros que tiemblan, y toda la noche
a dar vueltas la rueda del falso deseo, de deseos que preparan sus entrañas
para el odiado nacimiento de querubes de forma humana
cuya vida son una pestilencia, un meteoro su muerte y ya no existen?
Hasta que el niño habita con alguien a quien odia,
y ejecuta los actos que detesta,
y el látigo impuro fuerza la semilla a un prematuro nacimiento

(c) Ministerio de Cultura 2006

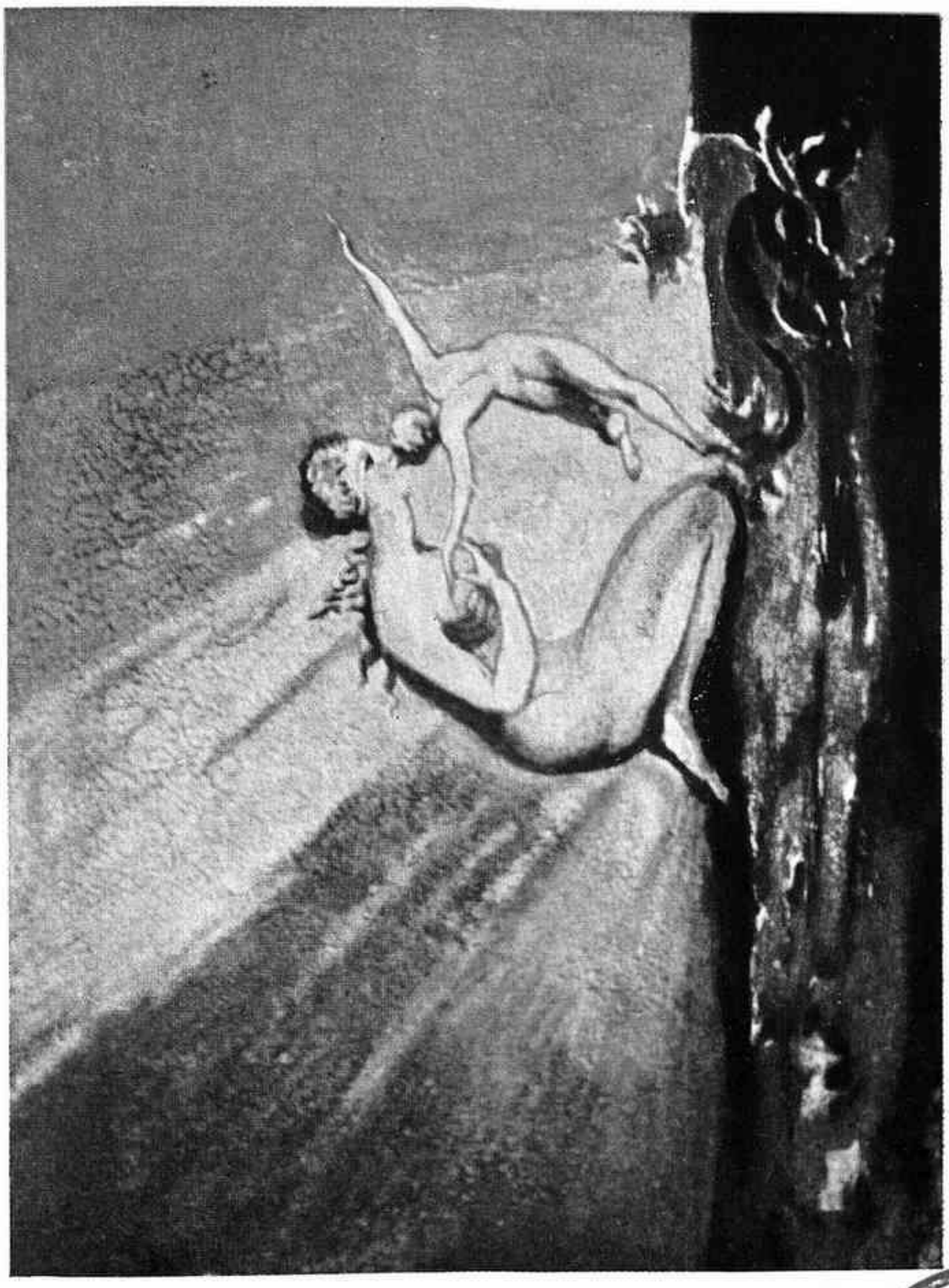
antes aún que sus párpados puedan divisar las flechas del día.»

«¿Adora la ballena tus pasos como el mastín hambriento?
¿O huele la presa de las montañas porque sus anchas aletas nasales
aspiran el Océano? ¿Disciernen sus ojos la nube voladora
como el ojo del cuervo? ¿O mide los espacios como el buitre?
¿Ve la araña inmóvil los acantilados donde las águilas esconden sus pequeños?
¿O la mosca se alegra de que traigan la cosecha?
¿No desdeña el águila la tierra, y desprecia los tesoros de la profundidad?
Pero el topo sabe lo que hay allí, y el gusano te lo dirá.
¿No levanta el gusano una columna en el cementerio que se desmorona
y un palacio de eternidad en las mandíbulas de la tumba hambrienta?
Sobre su pórtico estas palabras están escritas: «¡Coge tu felicidad, oh hombre!,
¡y dulce ha de saberte, y las dulces alegrías de tu infancia renueva!»

(c) Ministerio de Cultura 2006

«¡Infancia, sin miedo, feliz, deseosa, buscando nidos de delicia
en regazos de placer! ¡Inocencia, honesta, abierta, buscando
las vigorosas alegrías de la luz matinal, abierta a la virgen felicidad!
¿Quién te enseñó el pudor, el sutil pudor? Hija de noche y sueño,
¿vas a disimular, cuando despiertes, todas tus secretas alegrías?
¿O no estabas despierta cuando todo este misterio fué revelado?
Entonces te adelantas, virgen pudorosa, sabia en disimulaciones,
con redes halladas bajo tu cabecera para atrapar la alegría virginal,
y marcarla con el nombre de ramera, y venderla en la noche,
en silencio, sin siquiera un murmullo, como si fuera en sueños.
Sueños religiosos y vísperas sagradas encienden tus llamas humeantes.
Antaño los ojos de la honesta mañana encendían tu fuego.
¿Y busca mi Theotormón este pudor hipócrita?

(c) Ministerio de Cultura 2006



ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

(c) Ministerio de Cultura 2006

¡Esta hipocresía sabedora, astuta, secreta, temerosa,
cuidadosa y temblante!
¡Entonces Oothoon es en verdad una ramera! Y to-
das las virginales alegrías
de la vida son unas prostitutas; y Theotormón es el
sueño de un enfermo
y Oothoon es la artificiosa esclava de una santidad
egoísta.»

«Pero no es así Oothoon, virgen llena de vírgenes
deseos,
abierta a la alegría y al placer en todas partes donde
la belleza aparece.
Si la encuentro en el sol de la mañana, quedan allí
fijos mis ojos
en una cópula feliz; si es en la dulzura de la tarde,
cansada del trabajo
me siento en la ribera y extraigo los placeres de esta
alegría libremente nacida.»

«¡El momento del deseo! ¡El momento del deseo!
La virgen que desfallece por un hombre
sentirá sus entrañas despertar a delicias inmen-
sas,
en las secretas sombras de su cámara. El joven ale-
jado de la alegría sensual

(c) Ministerio de Cultura 2006

olvidará engendrar y creará una imagen de amor
en las sombras de las cortinas y en los pliegues de
su almohada silenciosa.
¿No son estos los lugares buscados por la religión,
los premios de la continencia,
goces de la negación de sí mismo? ¿Por qué buscas
la religión?
¿Es porque los actos no son agradables, que buscas
la soledad
donde las horribles tinieblas están saturadas de re-
flejos del deseo?»

«¡Padre de los Celos, maldito seas en la tierra!
¿Por qué has enseñado a mi Theotormón esta cosa
maldita?
Hasta que la belleza, en lenta huída, cae desde mis
hombros, oscurecida y expulsada,
solitaria sombra que en las márgenes de la nada se
lamenta.»

«Grito: ¡Amor! ¡Amor! ¡Amor! ¡Feliz, feliz Amor!,
¡libre como el viento de la montaña!
Puede ser amor ese que bebe a otro ser como una
esponja el agua,
y oscurece de celos sus noches, con lágrimas sus
días,

(c) Ministerio de Cultura 2006

tejiendo a su alrededor una tela de edad, gris, oscura y canosa,
hasta que sus ojos se hartan del fruto suspendido ante sus ojos.
Ese es el amor de sí mismo que todo lo envidia, esqueleto arrastrándose,
con ojos como lámparas, atisbando en torno del helado lecho nupcial.»

ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

«Pero Oothoon tenderá redes de seda y trampas de diamante,
y cogerá para ti muchachas de plata tierna o de oro furioso.
Estaré tendida junto a ti sobre el césped y miraré sus atrevidos juegos
en adorable cópula, delicia y más delicia, con Theotormón.
Roja como la mañana rosada, deseosa como el primer rayo de sol,
Oothoon verá su dulce goce, sin que nubes celosas
lleguen al cielo del generoso amor, ni traigan egoístas plagas.»

«¿Camina el sol con vestidos espléndidos sobre el suelo secreto

(c) Ministerio de Cultura 2006

en que el frío avaro esparce su oro? ¿O cae la bri-
llante nube
sobre su umbral de piedra? ¿Ven sus ojos el rayo de
sol que amplía
el ojo de la piedad? ¿O irá a encadenarse
junto al buey a tu duro surco? ¿No suprime ese
dulce rayo
al murciélago, al buho, al tigre llameante y al mo-
narca de la noche?
El pájaro del mar se refresca en la ráfaga de in-
vierno,
y la serpiente salvaje toma la pestilencia como un
aderezo de piedras y de oro.
Y los árboles y las bestias y los hombres contem-
plan su alegría eterna:
levantaos, pequeñas alas fulgurantes, y cantad vues-
tra naciente alegría:
¡Levantaos, y bebed vuestra felicidad, porque todo
lo que vive es santo!»

De este modo cada mañana Oothoon se lamenta;
pero Theotormón permanece sentado
en las márgenes del Océano, conversando con es-
pantosas sombras.
Las Hijas de Albión oyen su desventura y devuel-
ven como un eco sus suspiros.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL VIAJERO MENTAL

(THE MENTAL TRAVELLER)

He viajado a través de un país de hombres,
un país de hombres y también de mujeres,
y he oído y visto tan horrendas cosas
como nunca los caminantes de la fría tierra han co-
nocido.

Porque allí nace en la alegría el niño
que en el atroz dolor fué concebido,
tal como en la alegría cosechamos el fruto
que fué sembrado en lágrimas amargas.

Y si el recién nacido es un varón,
es entregado a una mujer anciana
que lo clava tendido en una roca
y en copas de oro coge sus lamentos.

Con espinas de hierro cierne su cabeza,
y agujerea sus pies y sus manos,
corta su corazón y lo desprende
para hacerle sentir calor y frío.

Sus dedos enumeran cada nervio
como un avaro contando su oro,
y de sus lamentos y gritos se nutre,
y él envejece, y ella se hace joven.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Hasta que convertido en un joven sangriento,
y ella mudada en espléndida virgen,
destroza sus cadenas, y la amarra
a ella a la tierra para su placer.

Se planta el mismo en los nervios de ella
como un labriego planta en su terreno,
y ella se convierte en su morada
y en jardín que le rinde setenta veces frutos.

Pronto se torna envejecida sombra
vagando alrededor de una cabaña terrestre,
llena de pedrerías y de oro
que ganó su trabajo.

Y estas son las pedrerías del alma humana,
los rubíes y perlas de un ojo enfermo de amor,
el oro innumerable del corazón que sufre,
el gemido del mártir y el suspiro del enamorado.

Son su alimento y su bebida,
mantiene a los mendigos y a los pobres,
y para el caminante en viaje siempre
su puerta permanece abierta.

Su pena es alegría eterna en ellos;
hacen resonar los techos y los muros
hasta que de la lumbre del hogar
una pequeñuela emerge de pronto.

(c) Ministerio de Cultura 2006

De fuego sólido ella es,
y pedrerías y oro, en tal manera
que nadie osa tocar su infantil forma
o envolverla en pañales.

Pero ella llega donde el que ama,
joven o viejo o rico o pobre;
muy pronto expulsan al anciano huésped
que se va mendigando por puertas ajenas.

Va llorando errante, muy lejos,
hasta que alguien admita hospedarle,
a menudo ciego por la edad, desesperado,
hasta que puede ganar una doncella.

Y para consolar su edad helada
en sus brazos la toma el pobre hombre.
La cabaña desaparece de su vista
y también el jardín con sus dulces encantos.

Los huéspedes están esparcidos por toda la región,
porque el ojo alterado altera todo.
Los sentidos se enrollan en sí mismos, con miedo,
y la tierra plana se convierte en una pelota.

Las estrellas, el sol, la luna, todo huye.
Un vasto desierto sin límites,
y no queda nada de comer o beber,
y alrededor sólo el desierto oscuro.

(c) Ministerio de Cultura 2006

La miel de sus labios de niña,
el pan y el vino de su dulce sonrisa,
el juego desordenado de su ojo vagabundo
a una ilusoria infancia le conducen.

Porque a medida que come y bebe se transforma
haciéndose más joven cada día,
y ambos, en el salvaje desierto
van errantes llenos de terror y congoja.

Ella huye como cierva salvaje,
su temor planta muchos matorrales salvajes,
mientras él la persigue de noche y de día,
por artificios de amor conducido.

Por artificios de amor y de odio
hasta que el salvaje desierto entero está plantado
con laberintos de díscolo amor
donde vagan el león, el lobo y el oso,

hasta que él se convierte en un díscolo niño
y ella en una llorosa mujer envejecida.
Van a vagar allí, entonces, muchos enamorados.
El sol y las estrellas aproximan su curso.

Dulce éxtasis los árboles producen
para todos los que vagan en el desierto,
hasta que más de una ciudad allí es alzada
y más de una agradable cabaña de pastor.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Pero cuando hallan al colérico niño
el terror cunde en la extensa región:
gritan *¡El niño, el Niño ha nacido!*
y huyen en todas direcciones.

Porque hasta la raíz se seca el brazo
de aquel que osó tocar la colérica forma;
osos, leones, lobos, todos huyen aullando,
y todo árbol arroja sus frutos.

Y nadie puede tocar esa forma colérica
a menos que lo haga una mujer anciana.
Ella al niño tendido clava sobre la tierra
y todo pasa como ya lo he dicho.

Traducción de PABLO NERUDA

Véase *Poetry and Prose of William Blake,* complete in one volume, edited by Geoffrey Keynes. *Nonesuch Press*. London, 1927. (The centenary edition.)

Las ilustraciones que aquí damos son las originales de Blake, reproducidas en 1927, con motivo del centenario, por el British Museum; *Coloured Prints by William Blake* (1757-1827). London, 1927.

También en 1927 se publica en Francia una completa y excelente traducción francesa de Blake: *Livres prophétiques,* en dos volúmenes, con una extensa introducción y bibliografía del traductor: Pierre Berger.

Del *Matrimonio del Cielo y el Infierno,* traducido y publicado en Francia en 1923 por André Gide, existe una esmerada versión española publicada en *Contemporáneos,* de Méjico, por el poeta Xavier Villaurrutia.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

CRIBA

ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL ESPEJO ROTO

IMAGEN ESPANTOSA DE LA MUERTE

Cuenta San Juan Clímaco que yendo por el desierto encontró una calavera de un hombre, y le preguntó el santo de quién era. Fuí donde habitó el ánima de un condenado. —Serías de algún idólatra, dijo el santo. Respondió: Más bajo es mi tormento que el de los idólatras. —Serías de algún moro. Más bajo, respondió, es mi infierno que el de los moros. —Serías, dijo el santo, de algún judío o hereje. Respondió: Más bajo y profundo es mi infierno. Preguntó el santo: ¿Pues fuiste cristiano? Y respondió: Sí, pero mis tormentos son mayores que los de los cristianos; porque fuí sacerdote cristiano: ¡esta es la mayor desdicha! Que el ciego no vea, vaya; ¡pero que el que ve sea ciego! Que el que tiene por bienaventuranza las riquezas las ame, no es mucho; pero que el que profesa que la bienaventuranza es no tenerlas por el amor de Dios, las estime, es cosa de locos: o mude lo que cree, o crea que ha perdido el juicio.

(Del *Discurso de la Verdad,* de D. Miguel de Mañara. Sevilla, ed. 1917, pág. 38.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA UNIDAD EUROPA Y LA MÚSICA MEDIEVAL

Prunières (Henri): *Nouvelle Histoire de la Musique. Le Moyen Age et la Renaissance.* Editions Rieder. Paris.

No es uno de los menores méritos de Henri Prunières el pasar por los campos de la musicología limpio de todo contagio pedantesco. Ni su voz, ni el ademán que la acompaña, ese sutil último reducto, son engolados. Una flexible y amena prosa, afilada y nítida prosa de buen escritor francés, trasforma la al uso infatuada aridez de la musicología en materia grata para el no especialista, que así puede discurrir a lo largo de esta vía franca que Henri de Prunières le abre por terrenos que tan sólo eran accesibles a los especializados en estos estudios, en quienes el sacrificio se hacía, por habitual, soportable.

En toda historia de un arte, aún más cuando éste es la música, son tantos los factores que intervienen y pesan sobre el claro juicio, que el trazarla es problema bastante arduo. No todos pueden ver con la suficiente diafanidad en esa compleja urdimbre que en cada época tejen los hechos artísticos. Ver claro en ellos y tener sobrado tacto para sopesarlos. Que la historia de tales hechos es más evaluación que exposición de ellos. Por tanto, no se regatee el elogio a este libro que tan bien logra una síntesis de la historia de la música en épocas para ella remotísimas.

Es lástima que el erudito no pueda siempre entrar en contacto directo con la materia de que trata y tenga, como ocurre

(c) Ministerio de Cultura 2006

en lo que al canto llano se refiere, que servir simplemente de portavoz de otros estudiosos. Ello hace que se deslice, que no ahonde sobre épocas de tan profundo interés como aquellas en las que el canto gregoriano estaba cuajándose. El contacto estrecho con los documentos a estudiar da menos incertidumbre, luz estable y no vacilante a lo tratado, como ocurre cuando escribe de la Escuela de Nôtre Dame de París y el historiador se sitúa en campos que domina. Esta separación del objeto de su estudio, este forzado tener que ver por otros ojos, que no los suyos, algunos de los aspectos de la música medieval, es en lo que se refiere a la española todavía más perjudicial. Porque la información en este caso es demasiado pobre y un tanto atrasada. La música del Renacimiento, la espléndida floración del siglo XVI español en la música religiosa, e igualmente en la de corte, no merece especial consideración ni el necesario detenimiento en ella del autor de este libro, que trata de todo esto con datos tomados, a lo que parece, de la parte que para la Enciclopedia del Conservatorio de París escribiera Mitjana, o tal vez de alguno de los tratados de este autor sobre los músicos españoles del siglo XVI, fuentes de información más que precarias a la altura en que hoy ya están los conocimientos musicales. Respecto de una de las contribuciones españolas de más peso a la historia de la Música de los tiempos medios, las Cantigas, no es mucho mayor la atención que Prunières dispensa a tal monumento. La misma suerte corre un aspecto de nuestra música, en el que sobresalía por encima de todas las de su tiempo. La llamada *música ficta* en la Península se adelanta en algunos años al empleo de las alteraciones cromáticas en las escalas litúrgicas al resto de Europa por la influencia que sobre ella ejerció la de los árabes. Cuando el uso de la nota sensible es una revolución en el concepto de cadencia allende el Pirineo, en la música española era ya un rasgo normal. Pero cierto es que a esto puede encontrarse una disculpa. Lo reducido de nuestra influencia fuera de nuestras

(c) Ministerio de Cultura 2006

fronteras, aun en el período en que el arte musical español alcanzaba tal altura. Si más que valorar en sí misma la aportación de cada cual al acervo común de la Música, se atiende a la perspectiva histórica, lo evidente es que este profundo y original arte español apenas trasciende de nuestras fronteras. Así como el espíritu francés en todos aspectos tiene el don de universalidad, por no sé qué razones—¿acaso sea nuestra fuerte originalidad, nuestro exceso de carácter?, ¿es el *ser engendrada por sangre mora,* que decían de la obra del mayor de nuestros músicos, Victoria, aquello que le daba más profunda originalidad, lo que a la par le aislaba?—lo nuestro padece de lo contrario. No se aleguen razones de inferioridad. Sirva de ejemplo de lo contrario este mismo caso de nuestra música de la Edad Media. Las Cantigas, que se anticiparon en tantos aspectos al resto de la música de su tiempo, casi no se sintieron en los medios cultos fuera de nuestro ámbito, ni mucho menos ejercieron una influencia en el arte europeo, como más tarde la escuela flamenca, o como más tarde todavía un Palestrina; no digamos como la obra de un Perotin le Grand o Machault, que en lo musical representaban la formidable cultura de la Edad Media francesa. El mismo Victoria, que mucho más que Palestrina encarnaba en su música la reacción contra la abigarrada polifonía de la decadencia de la escuela franco-flamenca, no pesó en el medio europeo nada en comparación con el maestro italiano. Casi la influencia que fuera de España ha ejercido nuestra espléndida floración musical desde el siglo XIV al XVII, se reduce a la que sobre los clavecinistas ingleses dejaran los españoles que llevó a Londres Felipe II.

Gusta Henri Prunières, para que el lector comprenda mejor el carácter y la importancia de las distintas escuelas y autores de la música medieval, de establecer comparaciones con obras de la pintura o arquitectura, que son para el lector mucho más conocidas que las de la música. El sistema se presta un poco a error, porque una equivalencia absoluta de unas a

(c) Ministerio de Cultura 2006

otras, a pesar de que el medio ambiente de la época les imponga parecidas características, es imposible. Pero manejado este procedimiento con tanto tacto como aquí se emplea, es desde luego muy útil. La obra de Mehmling o de los Van Eyck es de todos conocida, y puede bien servir como sugerencia de lo que es la de Magister Leoninus o la de Felipe de Vitry, el revolucionario del *Ars Nova,* para quienes nada hayan oído de ellos, como es lo corriente, ya que son rarísimas las audiciones de esta música. Y usando de este medio de las comparaciones, nada más exacto para dar una idea de lo que fué la música francesa del medievo que equipararla con el estilo gótico. Pasa la música francesa por idénticas etapas que pasó este estilo y tiene su misma importancia y hondura, amén de un mismo contenido. Como con el gótico, los músicos franceses arrancaron del románico del canto gregoriano el arte de los sonidos con la Escuela de Nuestra Señora de París para llevarlo al *gótico florido* de Dufay o de Josquin des Pres, que si nacidos en otras tierras, pertenecen por entero a la cultura musical francesa. Es en Francia donde se desarrolla, como aquel arte gótico, la primera y más notable manifestación netamente occidental, europea de la Música: la Polifonía. La Música, como las demás artes, como todas y cada una de las manifestaciones de una cultura–y pocos estados ha habido en la vida de la cultura en que ésta haya sido más armoniosa, más acorde en la pluralidad de sus partes–, toma en Francia su acusado perfil europeo. Empieza a crecer en el *midi,* y luego a la sombra de las Catedrales de París, Chartres o Reims, para pasar a las cámaras de los príncipes y extenderse al mundo. Porque lo más importante de tan maravillosa cultura musical es que en Francia se hace por entonces no una música francesa, sino todo el concepto de la música medieval europea, sin límites nacionales. Guillermo de Machault, un francés, crea en el apogeo de la polifonía la forma de Misa, la estructura musical de la Misa, con una uni-

(c) Ministerio de Cultura 2006

dad temática en todos los tiempos y una relación de interdependencia de éstos. Hasta la Sinfonía no ha sido creada ninguna otra forma musical tan grande, y conste que empleo la palabra grande en su pleno sentido.

Durante toda la Edad Media se sostiene por encima de las nacionalidades, entonces en forja, esta unidad del pensamiento europeo en lo estético, que es en la arquitectura el estilo ojival y en la música la polifonía. Justamente cuando la música europea pasa de manos de los franceses a las de los flamencos—aún por la comunidad europea que susistía, no separados de esta cultura francesa—, se empieza a incubar la reacción que a poco daría en cada país su carácter peculiar a la música al prestarle cada nación su distinto sabor. La canción popular en España e Italia invadía, llenando de sus jugos, a la música sabia: el *villancico,* la *frottola,* daban su distinto acento nacional a la música de estos países. Los madrigalistas de hecho rompían la uniformidad de criterio hasta entonces mantenida en la polifonía. A la par que los flamencos hacían del ir y venir de las voces en el tejido polifónico enrevesado juego de ingenio o fría labor matemática, Palestrina conquistaba para la música la *morbidezza,* lo *cantabile,* y Tomás Luis de Victoria la impregnaba de la desesperada y vehemente apetencia española de más allá, como Cristóbal de Morales había hecho ya antes de los sonidos un vehículo *para dar al alma nobleza y austeridad.*—V. S. V.

A PROPÓSITO DEL HOMBBE

Paul L. Landsberg: *Einführung in die philosophische Anthropologie.* Vittorio Klostermann Verlag. Frankfurt am Main, 1934.

La pregunta por el hombre, como esencial cuestión filosófica, es casi tan vieja como la Filosofía misma. No se trata,

(c) Ministerio de Cultura 2006

desde luego, de algo sencillo y unívoco. Se pensará en la multitud de respuestas a esa interrogante; pero esto, con ser evidente, no es lo que más importa. Mayor gravedad tiene la variedad en la propia pregunta. Al preguntar por el hombre, se puede uno hacer cuestión de muy distintas realidades. Preguntar es preguntar por algo, y sólo esto basta para señalar en un cierto escorzo al objeto y dibujar, siquiera en cifra, la respuesta.

Al preguntarnos por el hombre, nos descubrimos ya en cierta medida. Ponemos de manifiesto el horizonte en que nos movemos y, además, qué cosas nos son ajenas, de puro inmediatas; olvidadas, de puro sabidas. Se hace patente en este preguntar la idea imprecisa que del hombre tenemos y queremos aclararnos; esto es, qué somos, primariamente, para nosotros mismos. Por eso interesa ver cómo se plantea hoy la cuestión del hombre, a diferencia de como se ha hecho otras veces. Y nos encontramos, por de pronto, con una complejidad desusada, con una falta de perfil claro y definido.

La Filosofía, en efecto, ha solido plantear con precisión su problema del hombre. Para un griego, se trataba de poner en claro qué es ese ente natural que posee visión y palabra, que es capaz de vivir en la dimensión del saber qué son las cosas. El hombre medieval se ha preguntado por la extraña *criatura* hecha a imagen y semejanza de Dios, que también sabe de él y del mundo. Esto envolvía, es cierto, a Dios en el problema, y no sólo al mundo —como, por otra parte, no dejaba de suceder en Grecia, si bien de otra manera—, pero, en cambio, le daba una mayor agudeza y precisión. La época moderna nos desorienta un poco. Y no es esto casual. Hay en ella una nueva atención por el hombre, que, solo y alejado de todo, se convierte en objeto de meditación. Pero, al propio tiempo, tenemos la impresión de que ha sido escamoteado, de que se nos ha ido, dejando simplemente, como señal, una prenda suya. Se habla mucho, en efecto, de la conciencia, de la vo-

(c) Ministerio de Cultura 2006

luntad, del yo, incluso de la naturaleza humana. Pero del hombre, *sensu stricto*, no. Es menester ver esto claramente. No quiere decir que el mundo antiguo o la Teología medieval hubiesen acertado en la pregunta por lo esencialmente humano, a diferencia de los modernos; sino que aquella pregunta, mejor o peor planteada, era por el hombre, y se convierte luego en una investigación acerca de algunas cosas que el hombre *tiene*, o incluso, en algún momento, de algo que tiene al hombre. Por esto no tiene sentido hacer objeciones a Aristóteles desde un punto de vista cartesiano o kantiano. Se trata de cosas muy distintas. Pero sería ilusorio creer que esta diferencia era meramente eso, una diferencia de hecho. Son tan poco azarosos estos giros, que están esencialmente vinculados a lo que es, en cada caso, la Filosofía entera y, por tanto, la totalidad de cuanto hay, para los hombres. Por esto es de la mayor importancia tener nosotros una actitud, frente a la de la Edad Moderna. El único inconveniente es que no se tiene esa actitud cuando se quiere, sino sólo cuando se está en una situación que lo hace posible. No hay que olvidar esto.

ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

En nuestros días se ha renovado el interés por el hombre. Desde luego, se trata de evitar este alejamiento del tema, que acabo de señalar en la Filosofía de los últimos siglos. Pero todavía no se ha perfilado con claridad la línea de la nueva especulación.

Por una parte, Scheler puso en primer plano la necesidad de una *Antropología filosófica*. En España, ha hablado Ortega de lo que prefiere llamar *Conocimiento del hombre*. Y, además, ha hecho buenos fragmentos de lo que podría ser ese saber que se postula. Pero, por otra parte, interfieren con estas ideas otras que, directamente al menos, no tienen gran cosa que ver con ellas. Sería menester, pues, distinguirlas con pulcritud, para poder investigar sus conexiones. Me refiero al estudio metafísico de la vida humana, o también a la *Daseinsanalytik* de Heidegger, a la que Landsberg repetidamente

(c) Ministerio de Cultura 2006

alude. Sobre esto habremos de volver más adelante, y acaso nos dé razón de aquella turbia complejidad, antes indicada.

Landsberg se plantea, por los caminos de su maestro Scheler, el problema de la antropología filosófica. Y una simple ojeada al contenido de este libro suyo nos muestra un primer momento esencial: se habla en él de muchas cosas, de elementos y posibles posiciones de una antropología. Encontramos el signo peculiar de nuestro tiempo, que se vuelve hacia atrás, tendiendo morosamente las manos a la Historia. Compárese este ademán con el gesto de Aristóteles, por ejemplo, al comienzo de sus libros. Y recuerdo justamente a Aristóteles, porque también él recurre y pasa revista a lo que otros han hecho, pero con aire y propósito bien distintos de los que se ven en los libros de nuestros días.

Y lo que ocurre es que Landsberg no nos da una antropología filosófica; verdad es que tampoco nos lo promete, sino únicamente introducirnos. Pero yo temo que sólo, más bien, nos cuente por dónde se ha querido otras veces entrar, y muchas cosas referentes a ese acceso, pero que nos deje en la puerta. No es esto un reproche a Landsberg, que ya nos advierte la índole esencialmente incompleta y abierta de su libro. Me interesa sólo hacer constar una vez más la esencial *polimatía,* con frase de Heráclito, en que nos encontramos. No es lo más grave que Landsberg se revuelva entre esos muchos saberes, sino que acaso no pueda hoy hacerse otra cosa, por de pronto.

No obstante, Landsberg pide un saber esencial sobre el hombre; un saber que exceda y funde a los demás saberes particulares que sobre el hombre puedan tenerse. Además, no puede perderse de vista que se trata de una antropología filosófica. ¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir ese adjetivo? En otros términos, ¿en que relación se encuentra con la Filosofía? Para Landsberg, *Antropología filosófica es Filosofía antropológica* (pág. 49). Pero, ¿hasta qué punto puede hablarse de esta

(c) Ministerio de Cultura 2006

última, sobre todo sin decirnos en qué sentido, ni a qué ἄνθρωπος, a qué hombre se refiere? Landsberg piensa en la mentada *Daseinsanalytik* de Heidegger. Pero es menester recordar que el problema de éste no es precisamente el hombre, sino el sentido del ser en general, *der Sinn des Seins überhaupt*. Aquí encontramos de nuevo la interferencia, que queda en oscuridad, de esta analítica existencial, por ejemplo, que sería rigurosamente Metafísica, y una antropología en otro sentido, como un conocimiento autónomo, separado del cuerpo estricto de la Filosofía, lo que no quiere decir que no hubiese de encontrar en ella su último fundamento. Esta esencial relación justificaría, precisamente, el adjetivo *filosófica*, que se aplica a la antropología.

Parece más bien que éste debería ser el sentido del saber en cuestión. Así podría hablarse—como hace Landsberg—de antropología mítica, poética o teológica. Se trataría de una *Selbstauffassung* o aprehensión del hombre por sí mismo, en un horizonte y con unos supuestos, por ejemplo, teológicos. Pero esto, naturalmente, no sería Teología, de ningún modo. Otra cosa es que el elevar a conceptos esa situación del hombre ante Dios exija acaso toda una Teología; pero no pueden confundirse las dos cosas. De igual modo habría derecho a hablar de antropología filosófica cuando ésta descansase sobre una base metafísica suficiente.

Landsberg se inclina a entender la antropología como Filosofía, en sentido estricto. Pero no como una *ontología regional*, sino como el *aspecto actual del fundamental problematismo filosófico mismo* (pág. 49). Al mismo tiempo, mira al hombre en el horizonte de la historicidad (pág. 78). Esto exigiría, desde luego, una fundamentación ontológica; sería necesario mostrar cómo el problematismo interno de nuestra Metafísica conducía a una antropología filosófica. Para Landsberg, el problema de la esencia de ésta pertenece a su contenido. No obstante, podría pedirse, para lograr una auténtica *introduc-*

(c) Ministerio de Cultura 2006.

ción a ella, que nos hiciese tomar un contacto efectivo con la realidad que ha de ser su objeto. En una palabra, que definiese con precisión y rigor el método, la vía de acceso a esa realidad. Con esto, a la vez, quedaría ésta determinada en sus líneas esenciales. A esta exigencia solamente intenta responder el último capítulo del libro. Pero sus indicaciones sobre la experiencia interna me parecen insuficientes. Los rasgos fundamentales de intimidad y sujeción a destino *(Innerlichkeit, Schicksalhaftigkeit)* están certera y agudamente señalados, pero Landsberg, una vez más, insiste largamente en las alusiones históricas, con lo cual pierde su propia especulación en suficiencia.

Por otra parte, habla Landsberg (pág. 45) de una antropología como una peculiar unión de ciencias de la naturaleza y del espíritu, que encontrarían su unidad en la de su objeto, el hombre. Pero no se ve bien cómo pueda decirse esto del *problematismo filosófico mismo*. Antes parece que tendría esto sentido acerca de aquel otro tipo de saber autónomo sobre el hombre, a que aludí más arriba. Y en este caso sería menester también hacerse cuestión de los métodos y categorías con los que se hubiese de llegar a la aprehensión del ente humano. Se trataría nada menos que de fundar una ciencia, con sus maneras privativas de acceder a un algo también peculiar.

Landsberg oscila entre estas dos posibilidades, sin poner nunca una claridad última sobre ellas. No es esto extraño. Se encuentra sumido en la multitud de opiniones e intentos, tan dispares, de acercarse al hombre, y le es forzoso tomarlos en cuenta, aun a costa de que con ello pierda su obra unidad y fijeza. Ya nos dice de la esencial insuficiencia y limitación de su libro, abierto a posibles complementos. *El horizonte del filosofar*—dice—*parece tan móvil e inaccesible como el horizonte del cielo: todo sistema «cerrado» es una renuncia a la probidad de la situación.*

(c) Ministerio de Cultura 2006

Es de esperar, pues, que Landsberg avance hacia ese vasto horizonte del filosofar y que no sea éste su último esfuerzo por una antropología filosófica. Podría más adelante, con la enojosa labor periférica ya terminada, abordar con mayor hondura el problema y preguntarse, en primer término, por las conexiones entre la Metafísica y una antropología en el sentido de Kant, por ejemplo, para citar a un clásico; y, en segundo lugar, por la realidad del verdadero objeto de su ciencia, es decir, por aquello que pueda llamarse en verdad el hombre, a diferencia de un mero agregado de cosas que le pertenezcan; por el que funda y hace posible esa misma pertenencia: por el *sujeto humano*.–J. M.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

CRISTAL DEL TIEMPO

(c) Ministerio de Cultura 2006

LOS VIDRIOS ROTOS

EL CREYENTE A PALOS

Todos los revolucionarios de estos tiempos que le han declarado una guerra implacable a esa religión del pasado llamada Cristianismo, no saben, no sienten que son ellos mucho más cristianos de lo que se figuran. Si hay en el fondo de sus doctrinas descarriadas, un entusiasmo, una compasión, un no sé qué que pueda ilusionar aún a las almas, enmascarándoles el error radical que respiran esas doctrinas desdichadas, ese entusiasmo, esa compasión, ese qué sé yo, que aún puede ilusionar, es el Cristianismo quien lo ha puesto. El bautismo cubre todavía la rebeldía, la dura cabeza del rebelde. Y aunque no fuera por el bautismo no por eso dejaría su cabeza de sobrenadar en mil ochocientos años de Cristianismo, lo que también es un bautismo que no se borra fácilmente con unas gotas de tinta del orgullo.

(De Barbey d'Aurevilly: *L'Esprit...*,
páginas 69-70. *M. de F.* Paris, 1908.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL ESTADO FANTASMA

Y

¿EN QUÉ PAÍS VIVIMOS?

¿Se ha precipitado, en España, según se dice, a partir de octubre, el ritmo revolucionario?

Para Carlyle una revolución no es más que eso: una precipitación del ritmo vivo de la Historia, un aumento de velocidad. Paradójicamente leemos en Marx que las características de la revolución española son, por oposición al concepto clásico de la rapidez de la revolución francesa, las de la lentitud. Según Marx, el siglo XIX entero es en España, históricamente, un proceso revolucionario: ¿al que habría que añadir estos treinta y cuatro años transcurridos del XX? La revolución en España, como la reconquista, ¿va a ser cosa de siglos? Y una revolución que dura siglos, ¿puede llamarse una revolución? Si ahondamos un poco el sentido de estas preguntas, ¿no encontraremos, en definitiva, que decir revolución, de este modo, es tanto como decir vida, como decir Historia? ¿O sea, que es tanto como no decir revolución?

Cuidemos, por consiguiente, un poco el sentido de estas palabras para no incurrir en ciertos tópicos vacíos, como estos de revolución y marxismo o antimarxismo y contrarrevolución, que vienen diciéndose, sin saber siquiera lo que se dice, por unos y por otros: los de la casa por barrer. Lo cierto es

(c) Ministerio de Cultura 2006

que el proceso político y social de España ha tomado, desde estos primeros días pasados del mes de octubre, un tinte más intensamente sombrío, un acento más hondo y desesperado; haciéndose más definida, más expresa, la oposición, la lucha sorda y torpe y sangrienta. El rojo y el negro. ¿Por qué?

Lo que importa–decía Trotski contestando a sus jueces que le reprochaban, al interrogarle, una supuesta o manifiesta crueldad en el desempeño de su gestión como comisario de la guerra–, *lo que importa no es fusilar mucho ni poco; lo que importa es saber por qué se fusila.*

¡Saber por qué!

¿Quién supo, quién sabe su porqué?

Y si no lo sabe la revolución, ni lo sabe el Estado–y todo acusa esta ignorancia–entonces, ¿en qué país vivimos?

Destrucción revolucionaria, es decir, rápida, hubo por voluntad de unos–y de otros–, destrucción que es, hoy, testimonio vivo, entre cadáveres y escombros humeantes, sobre el que especular la defensa miedosa de un estado de cosas–no de ninguna cosa del Estado–, estado de cosas socialmente injusto; porque acaso no coincide formalmente, jurídicamente, como debiera, con ninguna cosa o causa de Estado, del Estado. Con ninguna razón. Y a esta brutal afirmación anárquica de los demoledores responden con el espejo o espejismo de lo hecho, o de lo deshecho, de lo destruído, los otros, sedicentes contrarrevolucionarios porque no destruyen de ese modo, de golpe–y porrazo–, sino poco a poco, suavemente, como polilla o carcoma, en secreto.

¿Pero es que estos *perros anarquistas,* como les llama Nietzsche, no son los mismos, igualmente anarquistas, a un lado que a otro? ¿Desde fuera como desde dentro? ¿Los mismos perros con distintos collares? ¿O unos con collares y otros sin ellos?

El *porqué* de lo sucedido, de lo que sucede–y de lo que suceda–, no habrá que buscarlo en el sedicente marxismo

(c) Ministerio de Cultura 2006

ni en su antimarxismo corroborativo, sino en un anarquismo común, en el anarquismo nacional. No en el collar, sino en el ladrido.

El *porqué* tiene sus raíces en el subsuelo de nuestro siglo XIX, sin gran distancia en que se pierdan, sin oculta o indescifrable hondura.

Radicalmente anárquicos, el ataque y la defensa nacionales—y por eso son guerra civil—por un lado y por otro se salen de ese ilusorio espejo racional histórico del llamado marxismo para integrarse, o reintegrarse, en una corriente común, igualmente anárquica, que, de enunciarla o denunciarla con algún nombre, o fantasma de un nombre, habría que evocar el contrario a Marx, el de Bakunin.

¿Será porque, como decimos, en este país convive la guerra fratricida de un idéntico anarquismo común?

El caso es que el mismo fantasma bakuniniano lucha con antifaz de Estado y con máscara de revolución. Pelea contra sí mismo. O contra su sombra: la de un Estado en crisis racional de ser; un Estado fantasma.

¿No será porque en este país en que vivimos *(¿dónde está España?; ¿qué es España?)*, lo que convivimos en íntima agonía es la contradicción viva, dramática, que fué razón de ser de Europa (no de España) y que hoy agoniza también en nosotros con ella?

Pero volvamos a cuestiones menos categóricas. De la abstracción de los hechos que comentamos vengamos a los hechos mismos.

Un testigo de excepcional valor para nosotros, nuestro colaborador y amigo Alfredo Mendizábal, publica en el número de noviembre de *La Vie Intellectuelle* un emocionante relato de las horas agónicas pasadas en Oviedo durante los *días rojos* de octubre. Y escribe y describe (transcribimos la parte final de su artículo):

(c) Ministerio de Cultura 2006

Como la anécdota contribuye a formar la categoría, no creo superfluo referir algún rasgo revelador de toda una psicología que debe hacernos meditar.

Eramos un grupo de quince personas refugiadas (al ser ocupada nuestra vivienda por los revolucionarios) en una casa también abandonada por sus moradores al ser bombardeada por el ejército rojo. Una guardia permanente de comunistas bien armados de fusiles convivía con nosotros y durante cinco días compartimos con ellos los escasísimos víveres... y las penalidades de una vida de zozobra constante, sin agua, sin pan, sin luz, sin noticias del mundo ni más horizontes que el de esta reducida comunidad en la ciudad sitiada ya por las tropas gubernamentales (éstas entraron el 14 de octubre en las calles ocupadas, la mayor parte desde el día 5, por los revolucionarios). Durante estos nueve días interminables, con sus noches terribles, sólo percibíamos el tiroteo del fusil, de las ametralladoras y de los cañones, y los estampidos incesantes de la dinamita, manejada con insuperable destreza por los mineros. Las escasas fuerzas de la guarnición de Oviedo habían comenzado por ocupar los edificios oficiales y los puntos estratégicos del centro de la ciudad y mantenían una defensiva desesperada ante la avalancha de varios millares de mineros que atacaban con furor sus posiciones. Cada calle era teatro de un combate sin tregua, y el cielo nocturno se enrojecía con las llamaradas de los incendios. Pero aquella pequeña guardia revolucionaria que descansaba de la lucha en nuestro circunstancial albergue, fuera de la embriaguez de la pelea, recobraba en cada uno de sus hombres la naturalidad de virtudes caballerescas enteramente españolas.

Hemos estado en sus manos durante cinco días, pudieron hacer con nosotros lo que quisieran, incluso matarnos, ya que habían de considerarnos enemigos de clase, por *burgueses*. Sin embargo, sólo elogios podemos decir de ellos. Encontramos en el rudo minero fanatizado por el comunismo una nobleza de corazón, una caballerosidad, una consideración a la mujer, que era difícil sospechar bajo la escarapela roja de soldados de la revolución social. Aquellos hombres se lanzaron en medio de las balas al asalto de una confitería, apenas se enteraron de que estábamos sin comer, porque *no podían tolerarlo habiendo mujeres entre nosotros*. Y cuando vinieron con las grandes bandejas de pasteles, cubiertas de vidrios de los que caían de las ventanas por el incesante tiroteo, ellos, que tampoco habían comido en todo el día, no consintieron en tomar nada hasta que nosotros lo hubimos hecho. Aquellos hombres ni nos registraron los bolsillos, porque para saber que no llevábamos arma alguna, *les bastaba nuestra palabra de honor,* y cuando habían de batirse atravesaban la calle, con riesgo de sus vidas, para no comprometernos tirando desde la casa que a ellos pudiera defenderles.

El mero hecho de tratarles nosotros con afabilidad y con simpatía des-

(c) Ministerio de Cultura 2006

pertó en ellos sentimientos tan cordialmente humanos y tan fraternalmente cristianos (cristianos sin saberlo y aun creyéndose enfrente), que hicieron del grupo de *burgueses* y del de *comunistas* una sola *comunidad,* mejor una *hermandad.* El día en que el jefe de esta tropa recibió autorización para descansar en su pueblo natal de las fatigas de la lucha, renunció al para él tan necesario reposo, *porque pudiera ocurrir que quien le sustituyese nos tratara mal.* Y así prefirió quedarse. Y enfermó y le cuidamos como hermanos. Y velamos su sueño. Cada vez que entrábamos en su cuarto nos abrazaba emocionado. Y en una de nuestras largas charlas me decía: —Vea usted cómo hemos aprendido a conocernos unos a otros. Porque ni ustedes tenían buen concepto de nosotros, ni nosotros de ustedes, y ahora *todo ha cambiado.*

Todo ha cambiado, efectivamente, en quienes hemos pasado por el crisol del sufrimiento y hemos reflexionado sobre muchas cosas y hemos rehecho juicios no bien fundados. Todo ha cambiado en la profundidad de algunas de aquellas almas alucinadas por el odio, que han hallado en su camino, al fin, un poquito de caridad. Pero todo debe cambiar también en la actitud de los poderosos hacia los humildes. Y este es el momento, la coyuntura, para que cambie.

Jamás podré olvidar estas figuras nobles en medio de las figuras criminales de la revolución. Vosotros, jóvenes mineros de Mieres y de Sama, a quienes conocí movilizados en el ejército rojo que tomó Oviedo, vosotros no fuisteis de los atormentadores de prisioneros, ni de los incendiarios de tesoros de arte y de cultura, ni de los martirizadores de sacerdotes. Esto quedaba para los tipos criminales que os engañaron y sedujeron. No fuisteis asesinos, aunque como soldados tuvisteis que ser homicidas, por combatientes en la guerra incivil de la revolución. Pero en vosotros mismos surgía a veces (guardo esta confidencia vuestra como un tesoro) el escrúpulo de si estaríais en el combate matando a gente inocente, la inicial objeción de conciencia que debe conduciros a la conclusión cristiana y rotunda del *no matarás.*

Camaradas mineros que la convivencia cambió tan pronto de nuestros adversarios en nuestros amigos. Vosotros decíais buscar una sociedad justa para oponerla a la injusticia del capitalismo. Y por esa sociedad que creíais más justa os habéis sacrificado en vuestro presente y en vuestro porvenir, y habéis estado dispuestos a dar vuestra vida. Sabed que desde campo distinto, y distante, otros hombres repudian también el capitalismo, por su injusticia y por su materialismo. Y repudian al mismo tiempo la violencia de la revolución externa y el materialismo radical del marxismo, porque postulan una revolución interna, una revolución de cada uno en sí mismo que transforme la sociedad de todos en sus cimientos. Tras el desengaño de la lucha

(c) Ministerio de Cultura 2006

de clases, tras el tracaso de la violencia, aun contra un Estado desprevenido y tardígrado, ha llegado el momento de la confluencia en una superación de egoísmos, en un desinterés que sólo el cristianismo puede vivificar.

Pero esto no podemos predicarlo solamente a los obreros. Tanto como ellos, los patronos, los poderosos, necesitan un cambio a fondo en su actitud y en su mentalidad. Si se cree que es sólo cuestión de dura represión y que con eso está todo arreglado, no se adelantará un paso. Cuando se han cometido innumerables crímenes, el rigor de la justicia es dolorosamente necesario. Pero el rigor de la justicia ha de alcanzar a todos y son demasiados los que creen que sólo ha de aplicarse a los de abajo. La justicia necesita un orden nuevo para reinar. Un orden que debe excluir toda lucha de clases. La de abajo y la de arriba, ésta más sórdida y aun menos explicable. Quienes en la terrible lucha de la revolución asturiana hemos sufrido grandes pérdidas (yo he pasado por la amargura de ver arder con la Universidad mis libros y mis trabajos, resultado de ocho años de estudios); quienes hemos estado en riesgo de perder la vida multitud de veces durante los nueve días rojos de Oviedo, podemos con más autoridad y, aunque parezca paradójico, sin el rencor de quienes nada perdieron y piden solamente venganza, clamar por esa política social de sacrificio que inspirada en los principios de justicia y en el espíritu de caridad cristiana, puede aún salvar a la sociedad y salvar, en primer lugar, a los obreros.

Desarmar la revolución es, más que hacerla imposible, hacerla imperdonable.

De estas nobles palabras, por el íntimo y veraz sentimiento cristiano que las anima, por la experiencia dolorosa que expresan y que no ha enturbiado como en tantos casos, de pasión o miedo, la lúcida convicción religiosa, humana, que las motiva, se deducen consoladoramente los *porqués* que las han inspirado. El porqué del no matar del cristiano y el porqué del morir y no morir, muriendo.

Palabras como éstas, y más recogidas para todo el mundo católico por la revista dominicana francesa de Juvisy, son la mejor prueba, el mejor testimonio de que aun hay voces que atender en este angustioso vocerío de odios, de injurias, que ha desatado locamente la triste fase de sucesos recién pasados. Al menos una voz católica, entre tantos sospechosos silencios, y, lo que es peor, entre tanto ruido acusador y vengativo,

(c) Ministerio de Cultura 2006

viene a recordar, sencillamente, como digo, los *porqués* del creyente. La verdadera palabra de paz: por encima de todo y de todos.

Pero estos *porqués* son exclusiva, universalmente personales. Dicen de una revolución más honda, de un Estado más vivo.

Entre tanto, como afirma el héroe anarquista puro de una novela de Andreïef, cualquer imbécil que va en automóvil se mata sin saber por qué: porque lo terrible no es morir sin porqué, sino matar de ese modo. Morir sin porqué es un daño personal o privado. Matar sin porqué es un daño público. Y la imbecilidad que mata sin porqué es lo peor de todo; el crimen peor, por irresponsable, no siéndolo.

¿Y no es el mismo crimen, el peor, el de la revolución y el del Estado, si matan sin *porqué,* estúpidamente, con una ceguera doblemente culpable por la irresponsabilidad que la motiva?—J. B.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

Inventivas

ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

SILUETAS Y SOMBRAS

ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

NOVIEMBRE

1 9 3 4

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

VOY a comenzar este ensayo por un borrón con perfiles y después se irá intrincando el sentido de sombra de la silueta.

La silueta un día fué el retrato sintético del hombre de una época en que la miniatura y después el daguerreotipo eran difíciles.

El siluetista recurría al bastidor blanco y colocaba una luz detrás del que iba a siluetar, reproduciendo exactamente su perfil, pues en lo que se trataba de hacer confiar era en la exactitud.

Otros siluetistas que hubo ya más tarde se dedicaron a hacer la silueta por medio de la tijera.

Es curioso este anuncio del *Diario de Avisos*, de Madrid, del 19 de mayo de 1830:

Siluetas. *La estancia del autor de estos retratos será corta en esta capital. El gran número que ha hecho ya es la mayor prueba de su semejanza. En un*

(c) Ministerio de Cultura 2006

minuto, solamente con tijeras, produce el más animado y evidente parecido, sin exceptuar a los niños, que no se sujetan a ninguna postura particular. Muchas personas regalan estos bosquejos de retratos, incluyéndolos en las cartas a sus amigos lejanos, cor-

tándose en un papel tan fino, que no aumenta los portes. Los bustos se hacen a 6 rs., y los de cuerpo entero a 16. Las muestras, entre las cuales hay muchas de personas conocidas en esta corte, se manifiestan en la habitación del profesor, calle del Caballero de Gracia, frente a la Cruz de Malta, casa sin número, cuarto segundo. También se enseñan las muestras de la pintura szochromique, que se aprende en seis lecciones.

(c) Ministerio de Cultura 2006

En realidad, la silueta fué la primera radiografía que hubo.

Quedaba ya lejos de sí el retratado en la pared de fondo del mundo.

Así se habían reflejado una vez en los muros de su casa. ¿Qué más se ha sido en la vida?

Según pasa el tiempo, esa pantalla en que se reflejaron queda más lejos. No es menor la degradación del tiempo.

En el archivo en que están todos los que pasaron por la existencia, están encarpetadas sólo sus siluetas. Es el procedimiento sintético de la mnemotecnia providencial. Cada ficha sólo está encabezada por la silueta.

Las siluetas son letras de las sombras, introducción al estudio de la sombra que es ingrediente capital del Universo, margen de pensamiento del pensamiento.

En un retrato con detalle de ojos y pormenores está menos el retratado que en una silueta.

(c) Ministerio de Cultura 2006

La silueta dice: *fueron sombras que vivieron*, y añade: *y que quedaron en sombra*.

A la luz de sus ideas se ve alguna de estas figuras y por eso está bien que en toda biografía el medallón principal y sintético sea una silueta. Mozart fué una silueta, Goethe también.

Ya estaba de luto su figura por ellos mismos, el estado más permanente y, por lo tanto, presentible de su vida.

La silueta es el sello que nosotros improntamos en la sombra. Sólo se ve a la luz, pero sólo actúa en la sombra, como el relieve de la sortija de sello para lacrar se pierde en el coágulo de lacre cuando está marcando precisamente sus letras o blasones.

En lo oscuro nuestra silueta sufre la trasfundición.

Las sombras nos inoculan sombras y todo queda despedido, pronunciando el ¡adiós! que calma los adioses.

Las siluetas probaron que somos más ese recorte de oscuridad, ese ósculo de nuestro perfil a la vida pasajera.

En las siluetas de aquellos siluetados quedaba en su negro perfil el contraste de su pensamiento, la huella en un sobre de lo que fueron, de como en realidad lo que supuso su presencia en el mundo

(c) Ministerio de Cultura 2006

fué un interponerse entre la luz y la pantalla definitiva.

No acabamos de tener retrato si no tenemos hecha una silueta.

En París aún aparece algún siluetista, y el fran-

ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

cés, en su deseo de asir la vida, en su no privarse de nada para asirla, se hace una silueta.

La silueta tiene una supremacía sobre el retrato con su fallecida sombra, que nos cuesta creer que

(c) Ministerio de Cultura 2006

ese antepasado fuese ese mirón que ya no mira, porque ya es sombra, porque fué sombra.

En la silueta está corregido. La luz nos engaña con todas nuestras estampitas. Por eso cuando se reabre una de esas habitaciones rupestres que clausuró el seísmo, están como vivos en su sombra sus moradores.

Los siluetados dieron una gran importancia a ese retrato que era la exaltación de su vida erguida y al mismo tiempo su luto mortal.

La sombra de cada cual tenía una gran importancia, y la mejor novela de ese pasado inquieto es que relata las aventuras del hombre que ha perdido su sombra.

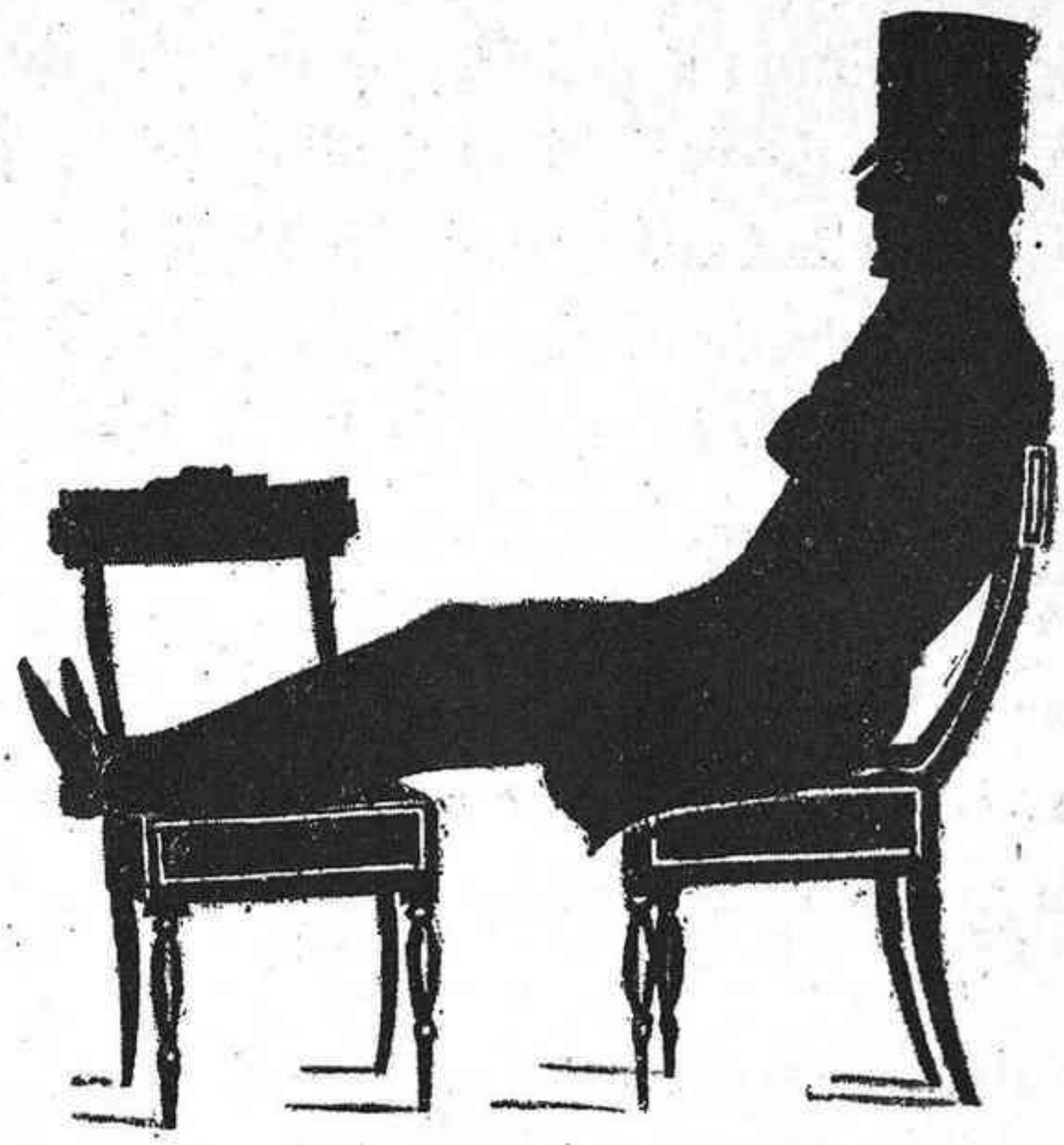
Tenían sombras a su disposición, maniobraban con sombras, se metían en butacas de sombra, contrastaban lo visto con un dibujo arbitrario de sombras.

Es tan inquietante la vida de una sombra cualquiera, que en los circos antiguos siempre había un prestimano de sombras chinescas que proyectaba

(c) Ministerio de Cultura 2006

con sus manos las figuras de Bismark, Emilio Zola, un conejo, un cordero, un chino sobre un telón blanco.

Tenían gran éxito aquellos manipuladores que enfocaban sus manos con luz de potente linterna y



concebían la sombra, como progenizando taumatúrgicamente duendes evidentes, que tenían vida propia lejos, llegando a ser secundario que los creasen con gestos de sus manos.

En ese pasado en que las sombras móviles tenían tan gran importancia, se iniciaron proyectos de sombras que hacían pasar un mundo siluetado en

(c) Ministerio de Cultura 2006

negro sobre un quinqué escondido y se recortaban palmeras y chinos y palanquines y quioscos y señores de sombrero de copa y damas que pasaban raudas con sus polisones como cuerpos alados de cisnes negros.

En escenarios ingeniosos del Oriente y como reflejo del trasmundo aparecían dramas de siluetas.

Eran almas de polichinela, algo más serio que ninguna fantochada, y el viejo animador de los espectros movía desde abajo con el vástago de caña de cada figura toda la tramoya de la farsa remota en el microscopio de la luna.

Nada con más fuerza dramática que esos monstruos que se movían en los teatros javaneses y sus secuaces, resultando como entelequias vivas que caminaban por el puente entre lo verosímil y lo inverosímil.

El teatro con sombras trabaja casi con almas materializadas, y es de sentir el pánico de las arañas de sombra—arañas humanas—al moverse sobre el telón blanco.

El cinematógrafo ha salido, después de todo, de ese precursor teatro de siluetas y las ha rellenado con caras que vulgarizan el noble espectáculo, en rivalidad de gran hotel.

Para ver bien el ecran, para saber si la película

(c) Ministerio de Cultura 2006

es buena o mala, hay que imaginársela en sombras, aligerarla en sombras.

En el futuro habrá un inquietante teatro de la sombra mas que teatro de sombras y la palabra femenina tendrá inéditas resonancias. (Para que no necesiten apuntador ni se le oiga o altere la sombra total su lamparilla, los actores tendrán un auricular puesto y oirán la lejana sugerencia.)

¡Pero qué difícil y qué verdadero ese teatro completamente oscuro!

No se parecerá al sedicente teatro de misterios de Maeterlink, ni sucederá eso que ha pasado en alguna obra moderna, que un autor banal nos ha metido en la sombra para decir palabras melosas de los sueños.

Yo creo que el principal éxito del cinematógrafo es el estar en sombra en la sala. El hombre contemporáneo no sentía la oscuridad hacía tiempo y ha encontrado en el cine una compensación holgada.

Claro que eso ha traído promiscuidades raras, infiltraciones, la neurosis contagiada, el sentido de masa amasada en sombras, una sumisión rara a gregarismos señoritiles o comunistoides.

Claro que la sombra del cine no acaba de ser buena porque mira a la luz y está rota en esa incidencia.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Recordando la época de los letreros en tarjeta de luto que cerraban la oscuridad un poco más, se tendrá la impresión retrospectiva de un momento mayor de felicidad, de haberse removido en un

ancho sillón de oscuridad, como burlando un momento la luz en fiesta colectiva.

Pero la sombra genérica es menos figurante que una silueta y desdibuja las siluetas en su cámara oscura y nos amenaza con una fraternidad de castigo.

La sombra tiene guitarras de silencio y *jazz* de negros.

Acentúa un metabolismo extravertido entre el

(c) Ministerio de Cultura 2006

cuerpo y el espacio, y el pensamiento aprende a segregarse en el espacio, muriendo en las sombras, entregando sus folículos al viento inmóvil de la oscuridad.

En la oscuridad respira lo subconsciente y se alargan nuestros tentáculos.

La extensión del mundo se convierte en continuidad del cuarto oscuro y aprendemos centro de Africa y entramos en subterráneos de una isla de la Polinesia.

En la oscuridad tenemos la cabeza cortada y el corazón está en jaulas abiertas de radiografías.

(c) Ministerio de Cultura 2006

¡Parece mentira que tengamos una evasión tan fácil y la utilicemos apenas!

Rezar el Padrenuestro de las sombras es rezar.

Vivir en oscuridad no es vivir en penumbra. Yo entraría en el convento de las sombras perpetuas, superior al convento del silencio, pero nadie se ha atrevido a fundar esa orden monástica de la oscuridad.

Todos los monjes se irían quedando ciegos y los legos serían sus lazarillos hasta llegar al umbral de la oscuridad. Las cegueras serían supremas y excepcionales, porque los ciegos ven la luz, viven la luz y sólo en los colegios de ciegos he visto que aprendían el piano en habitaciones a oscuras.

Somos esqueletos en la oscuridad y comprendemos que la carne está despegada del hueso.

Como tenemos que dedicarnos a placeres baratos, ahí tenemos el de meditar en la oscuridad, que es un placer que no está vedado a nadie.

Convertidos en bloque de sombra, reposamos de nosotros mismos sin dejarnos matar por el sueño. Tiene un sentido vital la sombra que no tiene el sueño.

Los que sitúan lo que hoy no hay en el mundo, no cuentan con las sombras, que son el descanso de la creación, la única suposición consoladora de la nada.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Claro que yo no hablo de sombras de espiritistas, llenas de suposiciones, de aportes, de fantasmas. Yo hablo de la sombra pura y tranquila, la sombra que tiene esa calidad desaparecedora, que es su principal encanto.

ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

Si algo dignifica la cárcel es la sombra que la rodea a ciertas horas y salva a los presos de sus celdas.

La gran riqueza de la vida son las minas de sombra. Se ha dado una gran importancia, que no tienen, a las minas de hierro, de plata, de oro, que no han hecho más que envenenar, y se han dejado abandonadas las minas de sombra.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Mis minas de sombra, puede decir todo ser humano, y darse por satisfecho de que están las galerías hechas y no ha de fundarse su riqueza en la conversión de los hombres en topos.

A la sombra me vuelvo, dice uno después de un gran amor mal acabado, y la sombra tiene colchones de reposo y enfermeras vestidas de negro que logran curar nuestra frente, que es donde está el corazón.

No se correspondieron nuestras sombras, no pensó ella lo que yo pensé en la sombra, pues todo es inútil. Si estuvo dispuesta a la huída, sin pensar que la sombra, que pertenece a dos, no se puede dejar sola, porque se llena de miedo, de posible fallecimiento, de hambre inaudita, pues entonces, ¡adiós!

Sólo la angustia de la sombra, la precoz heroicidad de las sombras reune.

Sombras sin diálogo, se entiende sombras puras de caer y elevarse.

En la sombra se ve que la vida no puede ser sino un compromiso de amor, una obsesión de amor, y que fuera de eso es la vanidad de las formas o la quietud de la muerte.

Si los amantes no reconocen su abnegación de amor en la muerte, ya pueden separarse. Si no se

(c) Ministerio de Cultura 2006

juran seguirse en la sombra siempre, todo será cuestión de modas y futesas en su vida.

Pobre enfermo que no consiguió su lección de sombras, porque siempre estuvo la luz encendida durante su enfermedad. Acaba equivocado por no haber tenido sombras.

Nuestra sensación de muerte es que vamos a caer en la sombra. ¿Y, entonces, por qué no fraternizar más con la sombra?

La sombra está ahí con su paraguas negro, dando oídos que no se tienen, agrandando los ojos, impregnada de ausencias, discreta y ocultadora. Si se asimila la sombra, no hay locura ni muerte.

Lo peor de la luz del alba es que rompe la som-

(c) Ministerio de Cultura 2006

bra. No debía inmiscuirse en ella. Debía dejar la sombra intacta hasta más entrado el día. ¡Qué contraste haría entonces madrugada y sombra!

Tiene la risa burda de la vida la luz del alba.

La sombra es lo compensativo. Si no existiese sombra no existiría compensación.

Buscar sombras donde meterse, sería la mayor sed en un mundo en que la luz fuese insistente y no se encontrase sombra.

La sombra que se desaloja al entrar en la sombra es igual a la irritación de la luz sojuzgadora que envuelve el cuerpo más la cubicación de la sombra interior.

Se ve en la sombra el agujero del mundo, el ojo sensible de lo indescubierto.

¡Qué extraño que haya pinturas de sombra! La sombra no debía poderse pintar. El negro de la paleta es el color más mentiroso.

Se puede perder el cuerpo, pero no la sombra, siempre acostada a nuestros pies.

Todo lo que no ve está en sombra. La propia naturaleza está en sombra de sí misma.

Si no hubiese ojos de aves y hombres—y todos los otros animales—, todo equivaldría a ensombrecido.

Tengo amistad con las sombras, cuento con ellas

(c) Ministerio de Cultura 2006

y me lleva como un lazarillo por en medio de ellas.

Tenemos un contacto con el mundo definitivo de las sombras y por ahí nos arraigamos en el subsuelo definitivo.

(c) Ministerio de Cultura 2006

No podemos quedarnos tranquilos diciendo que las sombras son la ausencia de luz. No he visto definición más pobre.

La sombra es algo más que eso, y tiene una personalidad aséptica de fantasmas y severa de ideas.

No se puede desplazar la sombra en símbolos y personajes; las sombras sobrepasan lo antropomórfico. La sombra es un mar comunicante con otros mares.

La sombra es el hipervolumen, y en la sombra se evade el preso como si encontrase la cuarta dimensión. De un girar en la sombra saldrá la evasión definitiva. Sin vuelta por la mañana.

En la sombra se ven puertas donde no hay puertas, y las puertas de las habitaciones en sombra se cree que están en otro sitio.

Hay que dejarse cachear por la oscuridad y admitir que se quede con todo lo que llevamos encima.

La oscuridad no siembra más que oscuridad.

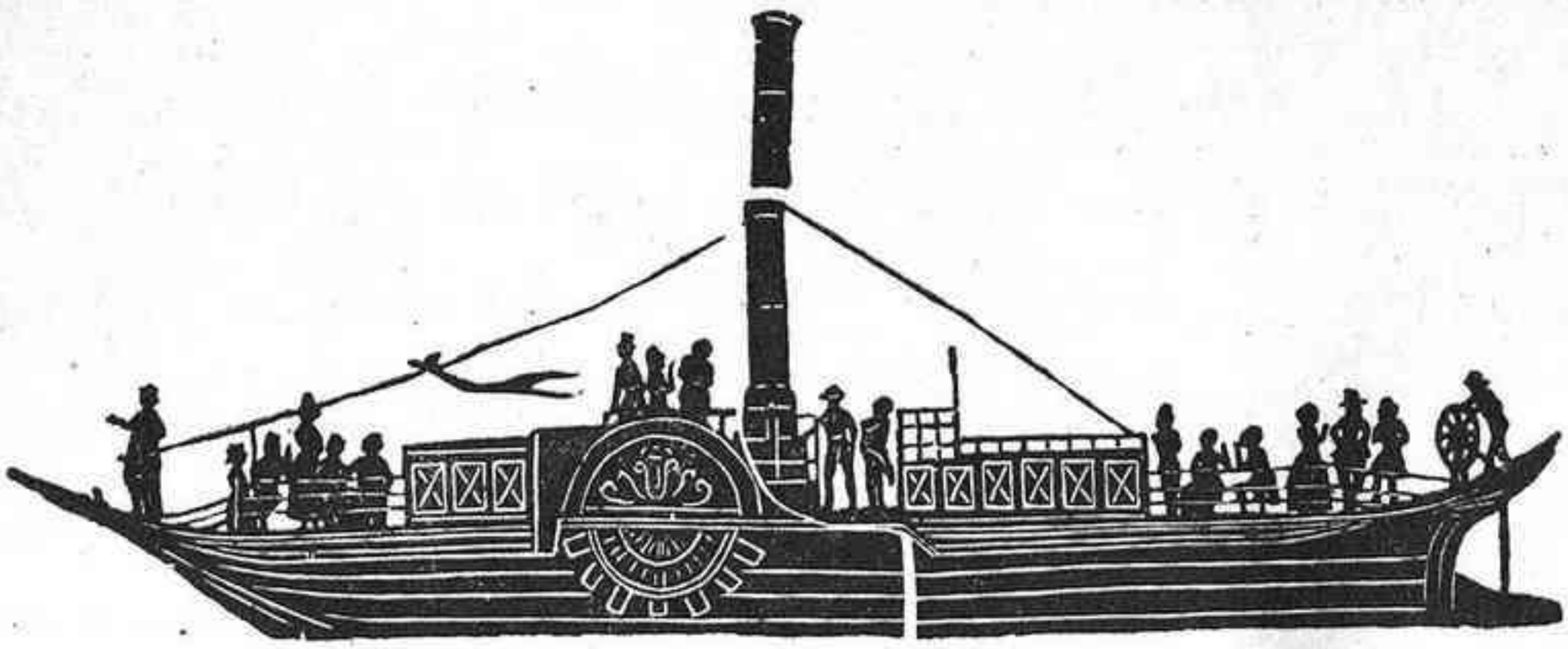
En los túneles que se pasan, sin luz en los vagones, es donde se operan más cambios de destino, y todos han emparentado cuando el tren entra otra vez en la claridad.

No hay región de las sombras, pues la sombra es esparcida y universal.

(c) Ministerio de Cultura 2006

En la sombra perdemos el contorno y vivimos bajo bóveda de vaguedad.

Hacer una cura de sombras es lo que a ningún médico se le ocurre recomendar. Hay que reponerse de sombras de vez en cuando, y conste que hay que saturarse de oscuridad fuera de las alcobas, pues la oscuridad de la alcoba apenas sirve.



El sentido circunferencial ensanchado en onda creciente sólo se tiene en la oscuridad.

En la oscuridad parece que hemos llegado a la habitación apagada del hotel definitivo.

Lo del *siglo de las luces* ha equivocado la mayor parte de los casos y en el error se han guiado por la luz, cuando la luz de la razón es una luz negra.

La sombra es abundante y en ella se sacian nuestros anhelos.

El espiritismo lo poco que logra es gracias a la sombra, que es su mayor ingrediente.

(c) Ministerio de Cultura 2006

En la sombra no tenemos límite, y, por lo tanto, lo inconveniente no tiene puerta.

En la oscuridad está el secreto de la creación, porque de esa primera y anterior oscuridad salió la luz.

Todo se siente otra cosa en la tiniebla, otra criatura, y ya nada borrará con la luz esa idea primera, esa comprobanza de lo oscuro.

En los niños hay aún una idea de esa oscuridad suprema y se van desviando de ella según los pedagogos les van metiendo en el conocimiento lógico.

Los niños tienden a concebir la noche como una inmensa nube negra que envuelve la atmósfera, despidiendo desde lo alto sus rayos tenebrosos y creen que la sombra es una substancia que emana del objeto.

Los pedagogos les someten a esos interrogatorios, de los que tan malas deducciones sacan.

Gall (cinco años): ¿Por qué hay sombra ahí? (la hemos proyectado con la mano) –*Porque hay una mano*. –¿Por qué es negra? –*Porque... porque hay huesos*.

Bob (seis años): En seguida proyectamos sombra con una cartera. –¿De dónde viene esta sombra? –*Del cielo*. –¿De qué está hecha la sombra? –*De los árboles*.

(c) Ministerio de Cultura 2006

¡Sumarios tristes a los que se somete a los niños, en los que la sombra tiene aún netitud!

Habría que preguntar a los hombres: *¿Cuánto tiempo hace que usted no ha estado en la oscuridad, sentado frente a frente de la sombra?*

Toda oscuridad es estelar.

Esa gran sabiduría que tienen los hombres de campo depende de que viven muchas horas en la oscuridad sin ninguna lumbre.

La sombra no tiene empeño de poner termómetros a la inspiración; es antiinspirada y anegante.

La sombra está atravesada de espadas de agua con vainas de paraguas.

La sombra ni es tiempo ni es dimensión. Es un tercer ingrediente de calidad parecida y sin embargo diferente a los dos.

La sombra no dice concretamente nada. La sombra no dice más que es sombra, y cuando se la pregunta si gasta sombrero hongo no responde.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Cotejando sombras, me he dado cuenta de que no hay dos sombras iguales.

¡Qué de cosas se conseguirían manipulando las sombras!

El Santo Segoviano de la cueva hablaba con Dios porque tenía una piedra profundamente horadada donde metía la cabeza en oscuridad de oscuridades. Por eso podía dialogar con Él.

Lo más grave de la vida son las sombras, precipitarse en las sombras, pasar puentes de sombra, ahondarse en las sombras.

Yo no sé cómo nadie puede salir presumiendo de las sombras.

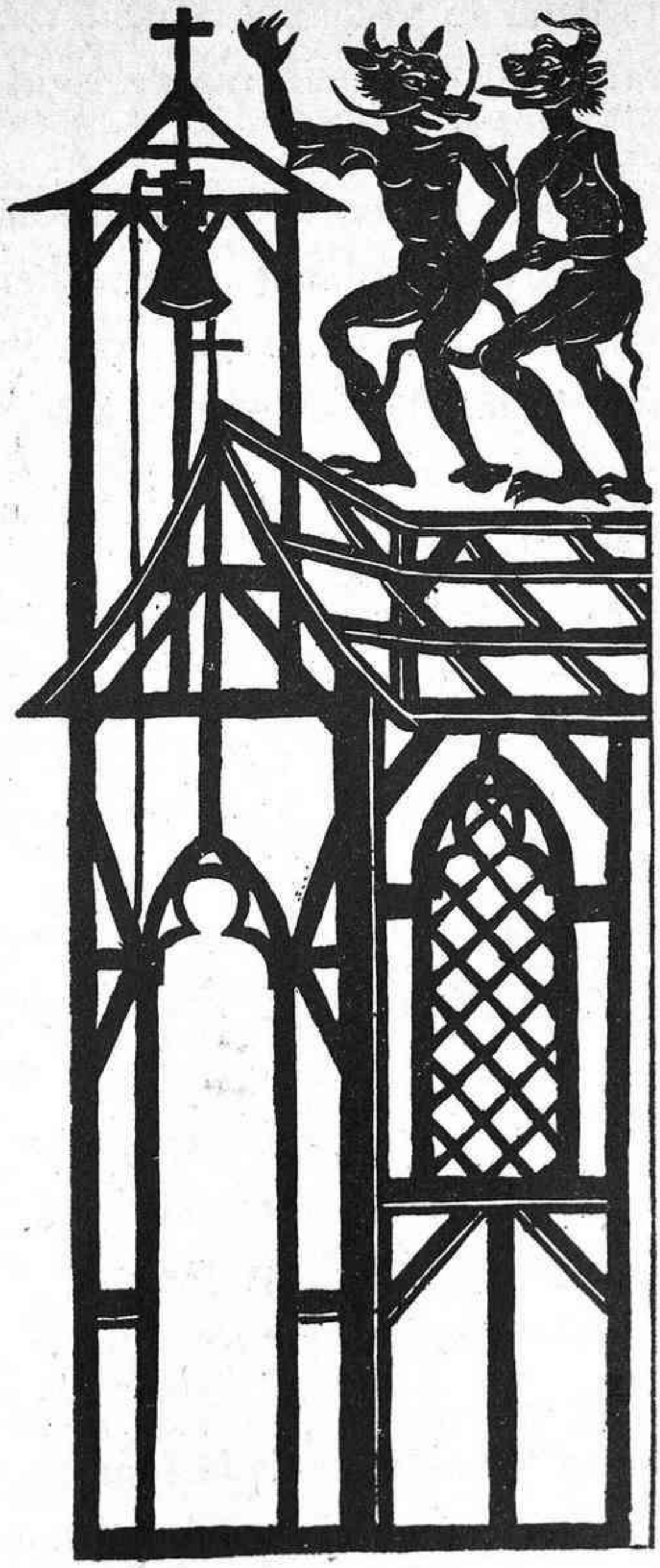
¡Y hay quien nunca ha mirado a las sombras con ojos de amor! Ha estado suspenso en ellas solamente, esperando la luz sin alentar.

Los indicios de suerte que más nos han convencido son los que proclaman que hay mala y buena sombra. Se duda de toda superstición, pero de esa no.

La buena sombra se empeña en salvarnos y la mala sombra en hundirnos. Sólo cuando teniendo mala sombra se da un cambiazo a la sombra todo comienza a ir bien.

A la habitación en que abunda la sombra puede llegar el convidado.

(c) Ministerio de Cultura 2006



(c) Ministerio de Cultura 2006

Toda queja del destino se amortigua en la sombra que está llena de paz en la guerra. Y a propósito de guerra: morir en trincheras de sombra debía ser feliz.

Soy ex ministro de sombras y sé que la sombra es otra geografía y otro planeta y está llena de camillas.

La sombra hace labor de punto para los niños que no nacerán nunca.

Soy almacenista de telas de sombras, y toco su ocarina negra.

¿Qué me importan que piten y salgan los trenes, si yo estoy gozando del sofá supremo de la sala de espera oscura, con las puertas cerradas para que no venga nadie a avisarme?

¡Y qué corrección la de la sombra, qué echar mantas sobre las piernas con un cuido maternal exquisito!

No podéis nada contra mí, porque tengo sombras en casa, sombras que me encierran en sus sacos y me transportan, sombras que me dejan ciego de todo lo que he visto, y que tiene un orgullo material y satánico.

Convivo con las momias de la sombra, conozco su dulzura, me mecen en el otro mundo, o sea en el mundo final e irremediable.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Ya todo está empeñado, y, sin embargo, nos queda el quedarnos empeñados en la sombra. ¡Qué última reventa la de la sombra de la papeleta de la papeleta del papeletista!

Nos juntamos a todos en la sombra y Quevedo dice chistes en la sombra.

A todo lo pensado le pone un copete como una tiara negra.

La sombra es nariguda y deja a todo el mundo con un palmo de narices.

La sombra no necesita lección, y nos hace modestos como si nos hubiera dejado en una estación sin luz.

¿Y por qué voy a decir eso, si la sombra me

(c) Ministerio de Cultura 2006

aconseja que no lo diga? ¿Y para qué voy a polemizar, si la sombra me disuade de polémicas?

La teoría de las sombras es que son el mausoleo del mundo definitivo, el alerta infinito.

Está entrando por ellas contrabando del mundo secreto en el mundo evidente.

En las sombras se presenta la mujer que nos tapa los ojos y nos pregunta:

–¿Quién soy?

–La que te fuiste y la que no volverás, porque gracias a tu marcha tuve sombra otra vez.

En la sombra nos quedamos en los bastidores de la vida.

En la sombra se nos acercan jóvenes aparceros que nos cuentan de cómo van las besanas y los olivos que no tenemos y llegan mozos que convierten las sombras en una factoría negra y van dejando baúles de sombras.

Los diccionarios negros y enciclopédicos despliegan sus alas de falenas negras en la oscuridad.

El pastor de la sombra llega y nos dice: –Quedan encerradas las ovejas negras en la majada.

Hay extrañas variaciones de sombras innotadas, pero hemos sentido que a veces nos ha salido sombra de farol, sombra de árbol o sombra de hipógrifo.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Lo que menos puede aguantar el bicorne es su sombra. Se resigna a lo que le dicen, a los anónimos, a su visión en el espejo, ¡pero la sombra!

Estamos despidiendo sombra como la pipa despide humo. Sombras variadas, monjes de sombra, diablos de sombra, jaquecas de sombra.

Por lo que la sombra tiene en sí de riqueza, es casa con extensos pasillos sin luz, es casa acomodada de sombras.

En los pasillos oscuros sentimos una integración que sólo en ellos se produce, y somos tan avaros de lo que hay en esos pasillos, nos es tan propio, provoca de tal modo nuestros celos, que encendemos con prisa luces cuando alguien nos amenaza con recorrer los pasillos codeándose con sus sombras íntimas, y con todo eso sin sitio en las habita-

(c) Ministerio de Cultura 2006

ciones y que merodea por los pasillos como por un claustro.

Del campo oscuro nos llevamos a casa arqueologías de sombra, fogones de estrellas primitivas, negras piñas, luto en borlas, pájaros sólo de sombra, gabán de ciprés.

Recordando el caminar por bosques oscuros se acuerda uno de que por encima del miedo, que es lo más vulgar de la sombra, se encontraron marineros del mar de la sombra, relojes de sombra, cómodos ataúdes de sombra, osos de sombra, hermanos de sombra, estatuas de sombra.

Los cocodrilos y todos los animales están en la sombra. Podría serse naturalista de las sombras.

Toda esa fauna liquidada de las sombras está esperando vernos caer en ellas para devorarnos.

En la oscuridad está la máquina de escribir con que se escriben los anónimos y se agazapan muebles, gatos ciegos, baúles de viajes a la India, sartenes muertas, sombra de billetes de Banco, gorros de piel, coletas chinas, descarrilamientos, incendios consumados, teclas negras, botones grandes de traje de Pierrot.

Afortunados humos de las sombras, acogedoras trepanaciones, transfusiones de sangre más flúida, traslados sin movilización a sofás de pueblo, aproxi-

(c) Ministerio de Cultura 2006

mación a pesebres aliviadores, caídas por tobogánes de caracol, pignoración de pliegos negros, reposo en mantos de luto, soltería de los obituarios, licencia de las narices, traslado tranquilizador al último pueblo del mundo y al gabinete ideal de la carbonería ideal.

ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

En la sombra cuelgan nuestras capas del pasado y tenemos el batín para el pasillo interminable.

Ya no nos perseguimos a nosotros mismos en la sombra, no tenemos esa cosa de policías reconocidos y apremiantes que tenemos en la luz. Ya estamos con nosotros mismos a salvo.

Se acabó la sospecha en la sombra como si acabásemos de identificarnos sin examen ni pruebas de conciencia.

En la sombra de debajo de la mesa está en cu-

(c) Ministerio de Cultura 2006

clillas lo que jugamos de chicos y lo que tuvimos de estereros. En ese refugio constante de sombras de debajo de la mesa, estamos huídos del trabajo incesante, escondidos por si acaso. Un soldado de plomo, una zapatilla que quisiéramos que fuese de este tiempo, un libro perdido que hemos buscado siempre, la verdadera medicina del hígado, el olvido consolador del desengaño de mujer.

En la sombra, cuando estamos completamente sumergidos en ella, estamos vestidos con traje de baño antiguo y tenemos de la mano los niños de nuestros tatarabuelos.

¡Qué poco jugamos a las sombras!

El *orí* de los niños goza de sombras; lo juegan precisamente por apurar sombras, por penetrar oscuridades. Encuentran sus padres putativos de la sombra, los gabanes tuteladores de su vida. Caricias sin inquina ni severidad.

Antes nos respaldaban las sombras como reposorio del vivir y el trabajar. Ahora es difícil conseguir sombras. Algún que otro corte de luz.

La sombra está llena de rosarios, de muletas para andar por el interminable y seguro camino de oscuridades eternas.

Nos quiere regalar pelucas inmortales, sillones sin hueso, desmemorias sin nuca.

(c) Ministerio de Cultura 2006

En la sombra está todo lo ganado, todo lo no conseguido y las cosechas infructuosas. Hay que entrar en ella con el agrado que se entra un día de lluvia en un portal oscuro.

Porque toda la casa es zaguán en la sombra y tiene pozo de rincón, pozo de rincón de zaguán.

¡No nos comprenden! ¡No nos comprenden! Pero la sombra se encarga de comprendernos, de absorber con sus esponjas negras lo que queremos soltar.

Nos hace pobres de solemnidad, Jobs caídos; pero nos da vino de su lagar morado para que olvidemos nuestra pobreza.

(c) Ministerio de Cultura 2006

En la sombra está el armario del escotillón, el armario analgésico.

Quiero repisas de sombra, librerías de sombra, togas de sombra, carpetas de sombra en que ser un ser encarpetado y sin tarea tan fuerte como la que pide la luz.

Revaloricemos las sombras y busquemos sus monasterios escondidos.

Nos quitan evidencia de lo limitado y oscila en ellas la procreación de las otras casas en la fecundidad del cubo hiperdimensionado.

He comenzado a vivir más sombras que nunca rectificando luces excesivas, desengañado de que el paso hacia delante lleve a ningún lado, lleve a algo más que al no llegar.

Prudente de sombras tengo nuevos legajos, espacios de repuesto, fondos de reloj sabrosos, salidas de ratonera, posibilidad de resistir la ingratitud de las mujeres.

La sombra tiene testamentos del futuro, confusiones graciosísimas entre pasado y porvenir.

¿Qué? ¿Creíais que no nos quedaba nada? Eso no lo pueden creer más que los obreros analfabetos e iracundos.

Nosotros tenemos que saber que tenemos las sombras en que no hay consulta de médico, en que

(c) Ministerio de Cultura 2006

no hay fiesta de cumpleaños, en que aun casi no se ha nacido y se está detrás del telón de las cortinas.

Hay que meterse hacia dentro, retroceder a ese salir a crudas luces en que se ha creído equivocadamente que estaba la indicada salida.

Perdón, sombra.

No fuimos más que de ti, aunque te pisamos en tranvías y te engañamos en cafés.

Recógenos en tu seno, parienta de pueblo llena de blusas.

Volvemos convictos a ti, a que nos cuelgues en tu abismo con broma paternal que levanta al niño por debajo de los brazos y lo aupa.

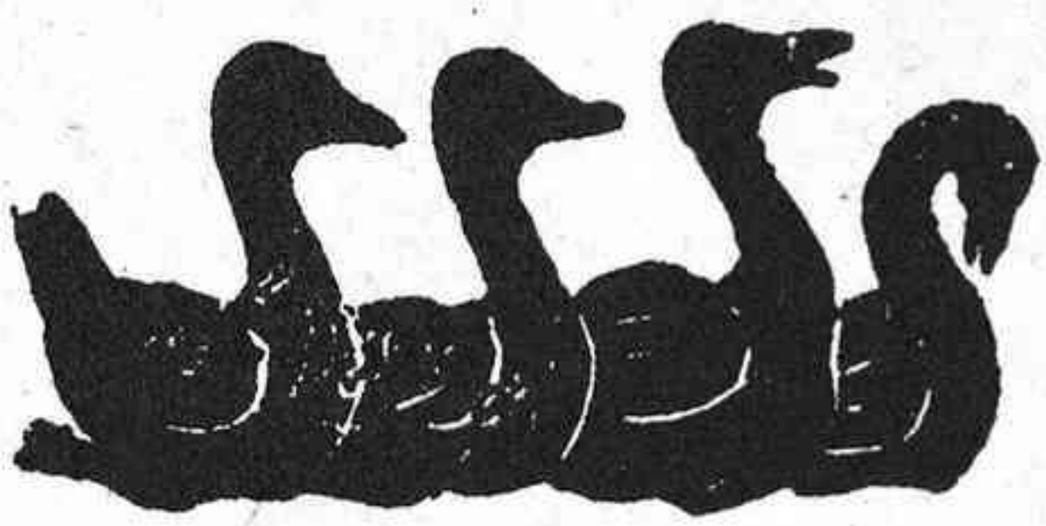
Mareados de procesiones venimos a descansar en ti.

ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

21

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006